



SOR CELINA

UNA MUJER AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD

MIGUEL ÁNGEL VALLECILLO TEODORO
PAOLA CORTÉS CABALLERO

SOR CELINA

UNA MUJER AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD

SOR CELINA

UNA MUJER AL SERVICIO DE LA SOCIEDAD

MIGUEL ÁNGEL VALLECILLO TEODORO

PAOLA CORTÉS CABALLERO

|FUNDACIÓN**CB**

© De la presente edición: Fundación CB - 2019
© De los textos: Miguel Ángel Vallecillo Teodoro
y Paola Cortés Caballero
© De las imágenes: los autores y la colaboración
de Celia Lozano Soto
Depósito legal: BA-666-2019
Diseño y maquetación: linea4.eu
Impresión: Iberprint Artes Gráficas

AQUÍ ESTOY SEÑOR, LLAMASTE A MI PUERTA Y
NO TE HICE ESPERAR, ¿QUÉ QUIERES SEÑOR DE MÍ?

FUNDACIÓN CB

¡Al fin podemos presentar una biografía en torno a una mujer!

En este caso la de una mujer con mayúsculas; la de una mujer, en palabras de Mateo Blanco, de personalidad desbordante y auténtica fe.

Tirso Lozano Rubio, José Antonio Marcos Blanco, Santiago Corchete Gonzalo, Francisco Rodríguez Arias, Félix Soto Mancera o Julio Cienfuegos Linares han sido los primeros personajes dentro de la colección. Pero teníamos un especial interés en inaugurar en la colección la presencia femenina. Y al fin lo hemos conseguido con sor Celina Sosa Monsalve. ¡Seguro que no será nuestra última mujer singular!

Sor Celina, como la llamamos aquí en nuestra Fundación, es un auténtico volcán de actividad; una criatura de la naturaleza nacida para el estudio y el trabajo. La conocimos a través de nuestras colaboraciones con esos concienzudos estudios sobre el Convento de Santa Ana; después con la colaboración en la ordenación y catalogación de los tesoros que alberga el referido Convento.

De este último proyecto en común, fruto del trabajo de Paola Cortés Caballero y Miguel Ángel Vallecillo Teodoro, nace la idea de escribir en torno a la figura de sor Celina Sosa Monsalve.

Y aquí nos encontramos, prologando el libro de sor Celina; una mujer que como bien ha comentado nuestra protagonista en alguna ocasión «tiene más valor que un torero» y a la que ha gustado eso de ser historiadora y escribir libros.

Sor Celina, bienvenida a nuestra “Colección de Personas Singulares”; es para nosotros un placer y una obligación contar con su figura dentro de la misma.

PRÓLOGO

Con gusto escribo estas líneas de presentación del este libro, que me pidió que escribiera mi viejo y entrañable amigo don Emilio Vázquez; libro en el que se ofrece una semblanza de sor Celina Sosa Monsalve.

Hace casi cuarenta años que las monjas del Convento de Santa Ana solicitaron mis servicios como confesor de la comunidad. Estoy seguro de que esa petición estuvo fundada exclusivamente en el hecho de que dos religiosas de dicha comunidad habían sido alumnas en la Facultad de Educación. Mis conocimientos de la vida de una comunidad de religiosas de clausura eran prácticamente nulos. Allí descubrí una maravillosa familia, "*la más alegre y luminosa de la ciudad*", compuesta por casi una veintena de religiosas que tenían como madre abadesa a sor Celina. Desde el principio me di cuenta de que era una mujer excepcional, tocada por la mano bondadosa de Dios con su llamada a la clausura.

En el libro que tiene entre sus manos se describe una parte importante de la personalidad desbordante de esta gran mujer y auténtica creyente. La otra parte, la más importante sin duda, la conocen solamente Dios y ella.

Durante los casi veinte años que estuve asistiendo semanalmente, a veces quincenalmente, a las religiosas, he tenido innumerables ocasiones para conocer más a fondo -lógicamente en el fuero externo- a madre Celina. De ella quisiera destacar unas características que, a mi entender, diseñan la personalidad de esta monja llena de sabiduría: la que dan los años y las responsabilidades y, también, la que solamente regala el Espíritu Santo.

Sor Celina es **una roca**. Con ello quiero significar que tiene una fe firme y segura. Consecuentemente, una confianza absoluta en Dios. Es sólida. Es segura porque sabe de quien se ha fiado y a quien sirve.

Esta solidez infunde una gran seguridad y serenidad a los que la rodean. Me da la impresión de que esta es una de las razones que explica la cantidad de veces que fue elegida abadesa. Ella da seguridad a toda la comunidad, convencida esta de que lo que ha decidido la abadesa es lo más acertado, porque lo ha pensado, lo ha llevado a la oración y tiene como único deseo el bien de la comunidad.

Esta virtud es imprescindible para quien tiene que prestar el servicio de gobierno, pues la duda permanente, la incertidumbre e indecisión pro-

vocan en aquellas personas a las que se sirve, inquietud, sufrimientos e inseguridad.

Es verdad que, siendo abadesa, ha prestado su servicio fundamentalmente como madre. Así lo reconoce ella en algún momento de su escrito, recogido en este libro. Y así lo he visto yo, y puedo testificarlo, en el funcionamiento ordinario de esa santa casa.

Otra característica de la madre Celina es **la audacia**. Es también fruto de la fe y la confianza en el Señor. No hay quien la pare, si lo que se pretende es para el bien y para la gloria de Dios. Dos detalles que viví directamente avalan este convencimiento. Uno de ellos tiene relación con la entrada de la era digital en el claustro de Santa Ana.

Le llevé un *Macintosh Classic*, que ya no utilizaba, para que las monjas fueran entrando poco a poco en este mundo que, a todos, pero especialmente a los mayores, nos resultaba extraño, complicado y difícil. Les dejé el aparato y los componentes básicos y les di alguna breve explicación para que pudieran escribir alguna carta, preparar unos apuntes, etc., con la seguridad de que a la semana siguiente me tocaría repasar la teoría básica dada. No fue así.

Cuando fui a la siguiente semana, una vez terminadas las confesiones, pregunté a la religiosa encargada: ¿cómo va el ordenador? ¿Han escrito alguna carta? Sí, me contesta, pero la madre ha decidido escribir un libro: la historia del Convento. Ya hemos metido en el ordenador más de cuarenta páginas. ¿Y con las notas a pie de página? No lo podía creer.

El otro detalle peligroso y atrevido de audacia es encaramarse dos monjas, durante varias semanas, a las 4'30 horas de la madrugada a restaurar el retablo. ¡Esto no se le ocurre a nadie!, pues ellas lo comentaban como si estuvieran haciendo polvorones. ¡Increíble!

Sor Celina es trabajadora incansable, una verdadera artista, una mujer con verdadera pasión por aprender, etc.

Pero no quiero pasar por alto que sor Celina es **Madre**. He visto la preocupación y el cariño en el trato con las hermanas, sin mojigatería, especialmente con las ancianas y enfermas. Consiguió preparar una zona de enfermería cómoda, acogedora, luminosa, para que a las hermanas mayores y enfermas les resultase más llevadero esos días, semanas y años de enfermedad y sufrimientos, atendidas en todo momento por sus hermanas.

Este estilo de ser madre creaba un ambiente de familia en la comunidad; ambiente que se notaba enseguida que uno entraba en la clausura. No había

que explicarlo, sencillamente se notaba ese tono de hogar de una familia numerosa y cristiana.

Tuve la experiencia de atender a varias religiosas en el momento de su paso a la Casa del Padre. En medio del dolor de la separación, había un ambiente de serenidad y gozo. Se rezaba en voz alta para que lo escuchara la moribunda, quien estaba rodeada de pequeños detalles de cariño, que siempre iniciaba la madre, que en esos días dedicaba la mayoría del tiempo a estar con la enferma. Después del esperado desenlace, lloraba lo que hiciera falta y, posteriormente, a preparar con esmero el funeral de la hermana. Para quien no haya participado nunca en las honras fúnebres de una religiosa, solo puedo comentar que es impresionante el derroche de fe y cariño que rodea toda la celebración: llena de detalles y de gozosa esperanza de una familia cristiana que tiene la certeza de que su hermana está ya gozando del cielo que esperó.

Ese saber ser madre ha creado en la comunidad un estilo que, junto al esfuerzo y el cariño de las hermanas, hace que ese grupo de religiosas sea una gran familia, la más grande y gozosa familia.

Mateo Blanco

INTRODUCCIÓN

El día 13 de diciembre de 2018, quienes damos vida a estas páginas, nos reunimos con Emilio Jiménez Labrador, Director General de la Fundación CB, acompañados de Olvido López y Eulalia Vivians, para tratar algunos temas relacionados con la labor de catalogación del fondo documental y artístico del Real Monasterio de Santa Ana de Badajoz, que comenzó en 2018.

En dicho encuentro se nos propuso que, ya que la Fundación estaba dando a conocer la vida de personajes singulares de nuestra Comunidad, se podía llevar a cabo la biografía de alguna mujer que destacase por su labor social, cultural... Fue entonces cuando prácticamente, sin querer, una voz femenina nos aconsejó la posibilidad de escribir sobre sor Celina de la Presentación Sosa Monsalve. La aceptación fue plena pues, quienes la conocemos, disfrutamos de su sabiduría, escuchando las vivencias de esta incansable mujer, quien nos ha deleitado con sus publicaciones, con su palabra, con su ejemplo, que sirven para enriquecer a cualquier persona. Esta biografía es, entre otras cosas, un testimonio del respeto y admiración que sentimos hacia ella. Una mujer que tiene mucho que decir a la sociedad actual.

Quienes escribimos esta biografía, estamos acostumbrados a tratar con documentos, a interpretarlos. Se nos presentaba un nuevo reto, intentar concebir un libro cargado de emociones, de sentimientos que nos ha proyectado una monja de clausura incombustible, dedicada en cuerpo y alma a sus hermanas de Fraternidad, siguiendo la sencillez franciscana. Como dice: " ... *no hago ni más ni menos que machacar reiteradamente el amor desinteresado que siento por cada una de mis hermanas*"⁽¹⁾. Para sor Celina, al igual que sucedía con San Francisco y Santa Clara, la vida es bella y hay que vivirla con alegría. "*Nada es tuyo, nada es mío, todo es de Dios y a Él se lo devolvemos si lo vivimos con humildad*"⁽²⁾.

Partimos de unas breves notas que nuestra biografiada había redactado, "*Movida por las indicaciones del Confesor de nuestra Comunidad, Rvdo. D. Mateo Blanco Cotano, (...) pues en ella, tal vez, sin darme cuenta, se vería reflejada la obra que Dios ha realizado en mí y en mi Comunidad y ésta me servirá para dar muchas gracias al Señor*"⁽³⁾.

Aunque, en principio, se resistió a aceptar la proposición de don Mateo, a quien intentaba desanimar con expresiones como: "*¡Qué disparate! ¿Qué voy a poner yo, si soy un desastre, si en mi vida solo se puede encontrar el movimiento de*

la balanza?". No obstante, las horas que pasó con él, le sirvieron para buscar la paz y tranquilidad necesaria. Insistía, el confesor, en el hecho de que "Lo creía muy fructífero para el bien espiritual de mis hermanas"⁽⁴⁾. Fue así como consiguió convencer a sor Celina.

- ¡Por Ti, Señor, y por ellas, todo, todo, todo! ¡Amén, Amén, Amén!
¡Hágase tu voluntad!

Rápidamente sor Celina, ante la presencia de Cristo en la Eucaristía, comenzó a escribir, por obediencia de su vida cristiana y religiosa, sus memorias, a las que pensó titular, bien **Luces y Sombras**, bien **Retazos de una Vida**. Al final, se inclinó por la primera, insistiendo en que desea todo se cuente con claridad y sencillez y que si quiere que salga a relucir es "... por obediencia, por creer sea del agrado de Dios. Amén"⁽⁵⁾.

Nunca con estas memorias de sor Celina se ha pretendido faltar a la caridad fraterna, uno de las muchas virtudes que nos ha mostrado a lo largo de nuestras visitas al monasterio.

Además de los apuntes que nos procuró y los encuentros continuos que mantuvimos, Paola casi diariamente, se han consultado los tres libros que ha escrito sobre la *Historia del Real Monasterio de Santa Ana de Badajoz*, en los que no sólo se ha procurado recoger su historia, sino también quedar constancia de cómo se desarrolló y desarrolla la vida de su *Fraternidad*. En palabras de nuestra biografiada, con estos tres tomos se pretende "... revivir un pasado que siempre hemos ignorado y que hemos de pretender no siga siendo así en el futuro de nuestra Comunidad Religiosa"⁽⁶⁾.

A lo largo de este trabajo, sor Celina, que transmite energía, a pesar de su edad, por sus cuatro costados, nos descubrirá cómo lo más importante es dejar que sea Dios quien nos busque, quien nos encuentre. De esta manera nos daremos cuenta de que la vida tiene que ser vivida con bondad. Como dijo el Papa Francisco en su mensaje navideño de 2018, "Señor, ayúdame a ser como tú, dame la gracia de estar cerca del hermano que lo necesita". Esta es la bondad que hemos percibido en nuestra biografiada y que hemos pretendido sacar a relucir, con el único propósito de que en ella se vea reflejada la obra de Dios.

Desde estas páginas podemos decir que hemos conocido a una sierva de Dios llena de naturalidad, amor, gracia, a la vez que obediente, fuerte

y audaz; defensora de la oración como medio de llegar al Padre; una persona que ha sabido ser instrumento en sus manos. Sin olvidar que ha sido guardiana inalterable de tantos bienes como posee su Monasterio, "En el Archivo de nuestro Monasterio, del cual me honro ser Archivera del mismo"⁽⁷⁾. Para ello tuvo que formarse, asistiendo a diferentes cursos en este sentido; el último, en 2005, en Madrid, una conferencia para Archiveras y Bibliotecarias de las contemplativas de los monasterios españoles. De su boca siempre surge la expresión, "Somos guardianes de nuestro patrimonio, nunca los dueños".

El libro se divide en seis capítulos; en el primero, uno de los más amplios, recopilamos los primeros 22 años de vida de Flora Sosa Monsalve, antes de pasar a ser conocida como sor Celina, su relación fraterna con sus padres y hermanos; niña inquieta, alegre, revoltosa..., con gran capacidad para querer. También remarcamos una de las vivencias más horribles para una chiquilla de 8 años, los sufrimientos de la Guerra Civil. Sin haber cumplido los 14 años, ingresa en la Escuela de Artes y Oficios; aquí absorbió las enseñanzas de Adelardo Covarsí, Manuel Fernández Mejías, Carmen Lucenqui y, principalmente, de Antonio Juez Nieto.

Su devoción hacia María Santísima le viene de pequeña, transmitida por su madre y abuela. La visita de la Virgen de Fátima a Badajoz, el 25 de noviembre de 1947 marcó un antes y un después en su vida. A esto hay que unir el empujón que recibió de su confesor, don Rafael Sánchez García, quien la motivó para ser instrumento de Dios, animándola a ingresar en el convento de Santa Ana, lo que realiza el 15 de abril de 1951.

En el capítulo II, sor Celina nos cuenta cómo, gracias a la oración, pudo adaptarse a una nueva forma de vida. Seis meses después de su ingreso, tomó el hábito, adoptando el nombre de sor María Celina de la Presentación. Cuatro años más tarde realizó su Profesión Solemne. A lo largo de este capítulo descubriremos como la tenacidad de nuestra biografiada y su profunda fe, propiciaron grandes mejoras en el edificio, a la vez que se conseguían nuevas fuentes de ingreso. Apartado destacado es, sin duda, el que se ocupa de dar a conocer a una serie de hermanas, cuyos valores y virtudes aprehendió sor Celina. A ellas se dedica el apartado final de este capítulo, recogiendo el testimonio que sobre nuestra biografiada nos transmiten personas con las que ha convivido y lo sigue haciendo.

Una breve historia del Real Monasterio de Santa Ana se presenta en el capítulo III. Quien desee más información debe consultar los tres tomos que

se han publicado; el primero, en 1995; el segundo, en 2014 y, el tercero, en 2016, todos han salido de la mano de sor Celina. En él se dará a conocer la forma de entender y vivir la fe cristiana de esta Orden, que pone especial énfasis en la pobreza y sencillez de vida. Destaquemos la vinculación del Real Monasterio con el arte; como dice sor Celina, es una manera de llegar a Dios.

El capítulo IV nos acerca a la vida en clausura, a la Orden, a sus Constituciones. Descubriremos la razón de ser de este tipo de conventos, a la vez que describiremos cómo es el día a día de unas Hermanas, con mayúsculas, donde prima la Fraternidad. Un monasterio unido al mundo y a Badajoz, que se alegre y sufre con sus acontecimientos. Como lo demostró el 5 de noviembre de 1997, a causa de la riada que asoló la capital pacense. *“Resolvimos inmediatamente apoyar a los afectados. Cada una se desprendería de una manta de su cama y se mandaría a los damnificados. Iría acompañado de un donativo económico, según nuestras fuerzas alcanzaban y llenas de ilusión ante este hecho fraterno”*⁽⁸⁾. En palabras de sor Celina, *“Aunque somos monjas de clausura, nunca nos hemos olvidado del mundo que nos rodea. El mundo necesita quien lo escuche”*.

Las principales dificultades que afronta el Real Monasterio es el tema del capítulo V, mientras que en el siguiente se recogen los actos que se han celebrado para conmemorar el V Centenario de su fundación.

No quiso sor Celina que terminásemos este libro con las Conclusiones, pues para ella la vida significa estar siempre agradecida. Es por ello que, antes de este apartado, nos regala unas palabras de gratitud que salen de su corazón, un corazón lleno de amor.

CAPÍTULO I

MI VIDA HASTA INGRESAR EN EL REAL MONASTERIO DE SANTA ANA DE BADAJOZ

1.1. Mis primeros años de vida

El día 5 de enero de 1922, en la parroquia de *El Sagrario*, enclavada en la catedral de Badajoz, contraían el sacramento del matrimonio mis padres, Florencia Monsalve Gallardo, de 23 años, dedicada a sus labores, y Francisco de Sosa Guillén, tipógrafo de primera en la Imprenta Provincial, de 29 años. Ambos eran naturales de Badajoz. Francisco nació el 1 de febrero de 1893, en la calle Larga, en una casa que su padre, Antonio de Sosa Agúndez, conserje de la Diputación Provincial, tenía por derecho, donde vivió en compañía de mi abuela, Flora Guillén Delgado, natural de Burguillos del Cerro. Puedo asegurar que mi padre fue un gran músico de cuerda. Cada tarde, después de su jornada laboral, pasaba una hora y media tocando el violín. ¡Esto le daba vida! Su soltura con este instrumento hizo que muchas compañías de teatro que actuaban en Badajoz, lo contratasen. Actualmente, este violín se encuentra en el Museo de nuestro Real Monasterio, suscitándome gratos recuerdos.

Mi madre, Florencia, nació el 2 de octubre de 1899, en la calle Hernán Cortés, esquina con la calle Larga; sus padres, Antonio Monsalve Doctor, de Badajoz, y María Gregoria Gallardo Ponce, natural de Campanario, eran propietarios de una hospedería, con capacidad para 40 camas, a la que se conocía como *Hospedería La María*. Hoy más que nunca mis pensamientos son un canto de gratitud hacia una madre que fue fiel vigilante de mis pasos, permitiéndome ser feliz.

Una servidora nació un 28 de junio de 1928, a las cinco de la tarde y, en cierto modo, venía a calmar el dolor provocado por la muerte de la tercera hija, mi hermana Flora, con 22 meses, cuyo nombre, adopté. Me convertía en el cuarto retoño. Mis tres primeros hermanos, Maruja, Antonio y la fallecida Florita, nacieron en la calle Gobernador, actualmente Muñoz Torrero, donde nuestros abuelos maternos regentaban la hospedería mencionada, siendo bautizados en la parroquia de San Juan Bautista.

A mí me bautizaron en la parroquia de Santa María la Real; su párroco don José Lanot, me impuso el nombre ya mencionado de Flora. Desde entonces, "*Dios Padre me adoptó como hija suya*". Actuaron como padrinos mis abuelos maternos, Antonio Monsalve Doctor y María Gallardo Ponce.

"Siempre fui una niña alegre, inquieta, revoltosa, con gran capacidad de querer a los demás, aspectos y valores que aún mantengo hoy día, a pesar de mi edad. Mis padres y hermanos nos transmitieron la importancia del amor y la unidad familiar"⁽⁹⁾.

Con ocho años viví los efectos de una cruel guerra entre hermanos. *"La vida política española no funcionaba, y degeneró en una Guerra Civil, cruenta en todos los sentidos. Fue una lucha fratricida. Todo este tiempo lo recuerdo perfectamente. Es como si pasara por mi mente una película"*. Sentía gran dolor por la sangre que se derramaba, por la quema de iglesias y conventos. En este ambiente, nuestras vidas se fraguaban en la fe y confianza en Dios. Junto con mi madre y abuela materna, quien desde la muerte del abuelo vivía con nosotros, rezaba para que el conflicto bélico terminase cuanto antes.

El 13 de agosto, bajo un calor sofocante, los milicianos nos echaron de la casa que habitábamos en la barriada de *La Estación*, en la carretera de Campo Maior nº 6. Mi padre la había arrendado al abogado Manuel Torralba quien, en compañía de su familia, vivía en la planta baja. Nosotros ocupábamos el principal. El edificio, de dos plantas, gozaba de dos jardines y una hermosa terraza donde los milicianos hicieron ondear su bandera.

Recuerdo a la perfección la entrada de este grupo en nuestro hogar. Nos disponíamos a comer. Aunque sabían que la ideología de mis progenitores no era la misma que la de ellos, no tomaron represalia alguna por dos grandes virtudes de mi padre: su prudencia y cortesía.

El miliciano de mayor graduación se dirigió hacia él en tono amistoso y con gran respeto le dijo: *"Señor Sosa, márchese enseguida con su familia si quieren salvar sus vidas. Nuestras tropas avanzan apresuradamente"*. ¡Aún tengo grabadas en mi memoria estas palabras!

Al instante, todos nos levantamos de la mesa, sin probar bocado. Mi madre cogió en sus brazos a mi hermano Federico, de tan solo veintisiete días, quien descansaba en la cama. ¡Con qué fuerza lo aprisionó en su regazo! Ya había sufrido la pérdida de una hija. No quería pasar por otra experiencia similar. Mi padre agarró dos botijos de agua; mi abuela, a la que llamábamos cariñosamente *Mamamía*, unos trozos de pan y chocolate. En escasos minutos, mis padres, mi abuela, mis hermanos Maruja, de 14 años, Antonio, de 12, una servidora, con 8, Paco, de 6, y Federico, del que ya se ha hablado, comenzamos nuestro exilio hacia Portugal, a las dos y media de la tarde, bajo un sol abrasador. Al momento se nos unieron los propietarios de la casa que habitábamos.

Nos dirigimos hacia Campo Maior. ¡Qué penosa fue la travesía! Cada vez que nos sobrevolaba un avión, aconsejados por mi padre, nos tirábamos al suelo. Una de las veces, el aeroplano pasó muy bajo, sin duda para inspeccionarnos. Recuerdo la sentencia de mi padre: *"... el piloto debe de ser un*

padre de familia. Los niños nos han salvado". No sé si fue por nosotros, lo que sí es cierto es que, fruto del cansancio, de la falta de comida y bebida, del susto que nos proporcionaban los aviones y del temor por el tronar de las bombas que percibíamos a lo lejos, los más pequeños no parábamos de llorar. Ahora, después de tantos años, pienso cuánto debieron sufrir mis padres y mi abuela.

Tras un duro caminar y después de mil peripecias, llegamos a la frontera, sobre las diez de la noche. En el puesto fronterizo de Caya nos detuvieron los carabineros españoles, quienes nos custodiaron hasta el puesto donde se encontraban los *guardinhas* portugueses. Allí, los más pequeños, agotados, nos echamos sobre las rodillas de nuestros progenitores hasta que, sobre las once y media de la noche, se acercó un coche bastante destartado que nos condujo hasta una casa de labranza, en Campo Maior, que hacía esquina con la rúa de la Misericordia, así conocida porque allí se encontraba el Hospital de la Santa Casa de Misericordia.

- ¡Qué bien fuimos recibidos por la familia que allí vivía! ¡Cuánto cariño, cuánta comprensión, cuánta caridad para con nosotros!

Ahora, después de muchos años, llevo esta vivencia en mi corazón. Como Cristo, estoy convencida de que todos somos hermanos y las diferencias, en cualquier sentido, nos deben unir pues son elemento de riqueza.

La familia que nos acogió con tanto cariño y misericordia estaba compuesta por Manuel y Ana Rita, junto a sus hijos Manuel y Juan. En una habitación amplia nos acomodaron a mis padres, a mi abuela y a los tres más pequeños: Paquito, Fede y a una servidora; mis hermanos Maruja y Antonio se fueron con otra familia que ocupaba otra casa cercana.

Lo primero que hicieron, prepararnos la cena.

- ¡Madre mía, qué hambre teníamos!

Muchos vecinos se acercaron hasta el hogar de Ana Rita y Manuel para ver si precisábamos de alguna cosa: comida, ropa... ¡Qué gran ejemplo de caridad!

Recuerdo que, aunque no entendíamos lo que hablaban, los gestos eran suficientes.

A mi madre, debido a tanto sufrimiento, se le retiró la leche, por lo que tuvo que alimentar a mi hermano Federico, de 27 días, una vecina, muy amiga de Ana Rita, quien estaba criando a un bebé de la misma edad.

Todas estas experiencias quedaron muy marcadas en mi vida.

Badajoz fue tomada por las tropas nacionales el 14 de agosto, el día siguiente a nuestra marcha.

Hasta Campo Maior llegaban noticias de lo que acaecía en la capital. Aún rememoro las conversaciones de mis padres y abuela, aludiendo al vil comportamiento del ser humano. ¡Cuánta sinrazón! Me planteaba como podemos llegar a esas actitudes tan deplorables.

Casi diariamente salían camiones de Campo Maior, cargados con personas. Según mis padres su destino era la muerte en las tapias del cementerio de Badajoz. ¡Qué vileza!

Un día se presentó en la vecina localidad portuguesa un falangista, quien comunicó a todos los que allí estábamos exiliados que se había publicado un bando para que todos los españoles internados en Portugal, quienes no estuvieran implicados en delitos de sangre, se presentasen, en 48 horas, en los puestos de trabajo que ocupaban, en caso contrario, perderían dicho empleo. Mi padre era auxiliar administrativo del Ministerio de Obras Públicas. Él no quería volver, pero lo animaron y garantizaron su seguridad y la de la familia. Esto último fue lo que lo convenció para volver pues estaba decidido a quedarse en Campo Maior y buscar aquí trabajo. Durante el regreso, que realizamos en coche, por la ventanilla miraba la cruel realidad de la guerra.

También llega a mi memoria el día en el que los españoles que huimos de Badajoz fuimos convocados en la Plaza de España, tanto mayores como niños. Toda la familia nos encontrábamos junto al *Bar España*. Una mano amiga nos retiró del lugar, introduciéndonos en el interior de mencionado local y apartándonos de lo que podía suceder.

Pocos meses después, a mi padre se le ocurrió alistarse como voluntario para combatir al lado de las tropas nacionales. Mucho fue lo que lloramos por su partida. Lo destinaron al frente de Alange, gracias a Dios, la separación fue breve. Regresó a casa para no marcharse más.

A pesar de la guerra, mi vida continuaba. Mi hermano Paquito y yo estudiábamos en la escuela *Santo Tomás de Aquino*, en la barriada de *La Estación*. Diariamente marchamos los dos juntos; no nos separábamos el uno del otro. Tras regresar del colegio, cogía una mecedora pequeña y me sentaba en el

jardín de nuestra nueva casa que lindaba con el cuartel de la Guardia Civil. Allí agarraba a mi hermano Paquito, lo sentaba sobre mi falda y comenzaba a mecernos recitando canciones populares, hasta que terminábamos durmiéndonos y pasaba lo que tenía que pasar: mi hermano se caía al suelo; él lloraba por la caída y yo por haberlo dejado caer.

El 30 de mayo de 1937 recibí, junto con otros muchos niños y niñas de la escuela *Santo Tomás de Aquino*, mi Primera Comuni3n. Fue en la parroquia de San Fernando y Santa Isabel. A3n tengo en mi mente la canci3n *V3ante mis ojos, dulce Jes3s bueno*, que nos cantaron ese d3a. ¡Quién iba a pensar que luego mi Comunidad la entonar3a en mi toma de h3bitos! Cada vez que la recitamos en la iglesia del convento, siempre me remonto, sin esfuerzo alguno, a ese momento.

En 1939 nos vinimos a vivir cerca de Puerta de Palma, en la Av. Joaqu3n Costa n3mero 3, 2^o Derecha. Era un grupo de casas que acababa de construir el Ayuntamiento. Yo contaba, por entonces, 12 a3os, mi hermano Paquito, 10.

El 8 de marzo de 1940 mi familia aumentaba con un nuevo miembro, mi hermana Rosa Mar3a. En total 3ramos seis hermanos.

Al cambiar de domicilio, tambi3n lo hicimos de colegio, pasando a la Graduada n^o 1 de la calle Abril. All3 estudiamos Antonio, Paquito y yo. Mi hermana Maruja, la mayor, comenz3 a aprender mecanograf3a con la finalidad de incorporarse, junto a mi padre, en la Jefatura de Obras P3blicas.

Recuerdo que, al finalizar las clases de la ma3ana, se cantaba, en el patio, el himno nacional, brazo en alto y, mientras esto se hac3a, una ni3a sacaba la bandera de Espa3a. Normalmente la portaba aquella que mejor comportamiento y notas hubiera obtenido durante el d3a anterior. He de confesar que fruto del gran amor propio que me ha dominado siempre, yo deseaba ser una de las ni3as que la llevase; m3s de una vez lo fui, sintiendo un gran orgullo.

No tard3 mucho en alistarme en el Frente de Juventudes. Hoy, con el correr de los a3os, pienso en el esp3ritu tan patri3tico que me embargaba, y que a3n hoy d3a pervive en m3. Aunque por encima de ello est3 el respeto al otro.

1.2. El despertar al arte

Desde peque3a exist3 en m3 un gran amor por el arte, hacia todo lo bello. Por esta raz3n, ped3 permiso a mis padres para matricularme en la *Es-*

cuela de Artes y Oficios, que se encontraba en la calle San Pedro de Alcántara, en el mismo edificio donde vivió y murió Luis de Morales.

Cuando entré en Secretaría, leí que, a partir de los 14 años es que se podía formalizar la matrícula. Yo, por entonces, tenía 13 recién cumplidos. Me desanimé, pero reaccioné en un instante y pensé:

- ¿Quién se va a enterar de mi edad?

Por aquel entonces no se pedía la partida de nacimiento. Me presenté en el despacho indicado y, sin más, dije que acababa de cumplir los 14 años. Mi entusiasmo por el arte era tal que no me veía capaz de esperar un año.

Al llegar a casa, conté a mi padre mi *fechoría*. Tras escuchar su oportuna regañina por haber mentido, comprobé que no me remordía la conciencia de lo que había hecho. Para mí era un gran orgullo haberme matriculado en la Escuela que dirigía don Adelardo Covarsí, de quien recibí poca instrucción, pues siempre iba con prisas por la escuela, pero nunca dejaba de interesarse por la evolución del alumnado. Una vez que ingresé en el convento, supe que en 1929, don Adelardo estudió los frescos de nuestro claustro, como pude comprobar en su artículo de la Revista de Estudios Extremeños, que rescate para hablar de ellos en el tomo III "... *los frescos de Santa Ana poseen sin embargo importancia en el ambiente anodino del Badajoz de sus tiempos, y dignas de su conservación*"⁽¹⁰⁾. Otros profesores fueron don Manuel Fernández Mejías, doña Carmen Lucenqui y don Antonio Juez Nieto, a quien recuerdo con especial cariño por sus enseñanzas y consejos. También él sentía gran predilección hacia mi persona, siempre se le oía decir:

- ¡Esta chica tiene madera!

Como profesor era formidable; me enseñó a dar color al cuadro, a mirar y moverme ante el lienzo. Sus palabras aún resuenan a pesar de los años que han pasado:

- No mires el lienzo de cerca, aléjate, percibe el movimiento desde distintos puntos.

Siempre seguía sus instrucciones al pie de la letra. Sólo quería aprender.

También tengo presente en mi memoria el momento en que don Antonio se enteró de mi idea de ingresar en el convento. Se presentó ante mí para, con voz amable, decirme:

- ¡Vete a Madrid!;Sigue estudiando!;No cierres tu don bajo llave!

¡Cómo me gustaría contarle a mi estimado profesor todo lo que he aprendido tras esa llave, y todo ello sin perder mi vocación por la pintura, por el arte!

Mucho es lo que podía contar de mis años en la Escuela de Artes y Oficios; destaco el hecho de que no había caballetes independientes, los alumnos nos sentábamos en fila y, enfrente, teníamos unas tablas donde pinchábamos el papel que íbamos a usar. En aquellos primeros días pinté Puerta de Palma a carboncillo, posteriormente pasábamos a la pintura. He de comentar que me costó bastante adaptarme al dibujo a carboncillo, pues conseguir diferentes matices y sombras con un solo color me resultaba imposible.

Me gustaba tanto ir a clases que las vacaciones eran un sufrimiento para mí. Tal fue mi pesadez, mi insistencia, que conseguí que el conserje, que vivía en la Escuela, me la abriese por las tardes.

- ¡Qué años tan felices pasé en la Escuela desarrollando el arte que llevaba en mi interior!

Aquí permanecí hasta los 22 años que ingresé en el Convento de Santa Ana. Fueron muchos los premios que conseguí, año tras año, al final de cada curso. Me animaba muchísimo el llegar a casa y recibir el beso de mi padre y sus palabras:

- ¡Ya llega mi artistaza!

Para mí era el mejor piropo que me podían decir en esos momentos.

Mi padre soñaba con que llegase a ser una gran artista manejando el pincel y yo, con triunfar en el mundo. ¡Cuántas ilusiones! Ahora pienso que el mundo me parecía pequeño para desarrollar y hacer volar tantos pájaros como albergaba en mi cabeza. Yo amaba lo bello, todo aquello que me sublimaba.

Sin duda, quien mejor me conocía, mi madre, siempre me decía:

- Aún no ha nacido quién satisfaga tus deseos, tus aspiraciones. ¡Has nacido para reina! ¡Está claro que el carro se estrelló en el camino!

Dando vueltas a las palabras de mi madre, pienso que profetizó mi futuro sin saberlo. ¡Ya lo creo que nací para reina! A mi entender, la profecía se cumplió al desposarme con el Rey de reyes.

La marcha de la escuela trajo consigo muchas preguntas por parte de mis compañeros y profesores; la más frecuente:

- ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? ¿Cómo vas a desperdiciar tu vida y un don así?

A día de hoy, ya han pasado años, sigo sin entender cómo podían comprender que la pintura te llenase, y, sin embargo que difícil es entender que puede pasar lo mismo con la vida religiosa, te llega y te llena.

Lo mejor es que, al final, pude hacer ver a mis compañeros y profesores que no había enclaustrado mi don, que en el convento podía seguir desarrollando la actividad artística.

El 21 de julio de 2019, Paola Cortés Caballero consiguió que sor Celina, tras el oportuno permiso de la madre abadesa, cumpliera uno de sus grandes deseos, visitar las diferentes aulas del actual edificio que alberga la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz. Guiados por Ángela Cortés Caballero, actual directora de la Escuela, nos fuimos adentrando en el día a día de cada aula, a la vez que conseguíamos que de la mente privilegiada de sor Celina aflorasen grandes recuerdos relacionados con sus profesores, compañeros, forma de impartir las clases... Gran alegría fue la que nos deparó encontrar su ficha de matriculación en la Escuela, con fecha 1 de octubre de 1947, matriculada en Dibujo Artístico. Una lectura detenida de dicha ficha nos permite comprobar que su ingreso data del curso 1941-42, permaneciendo en la Escuela hasta el curso 1949-1950. A lo largo de estos años, consigue diversos premios en metálico, como fueron las 25 pesetas que obtiene en los cursos 1942-43, 1945-46, 1946-47, o las 50 pesetas con la que la premian en los años 1948-49 y 1949-50, siempre por la calidad de sus dibujos (Lámina 1).

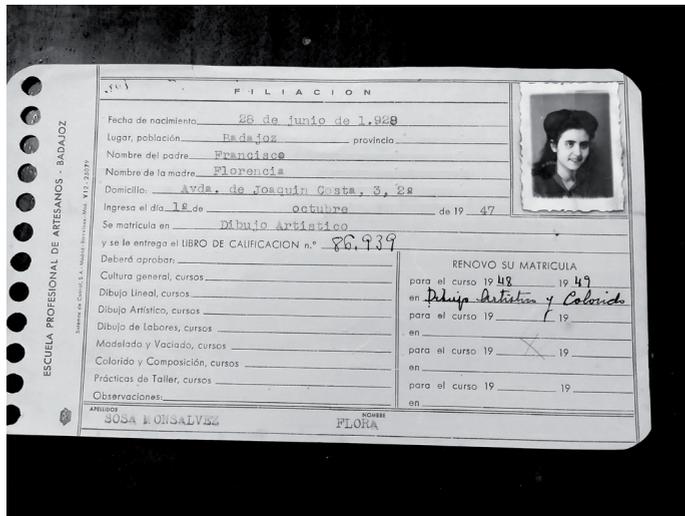


Lámina 1

Sin lugar a dudas, lo mejor de esta visita fue ver disfrutar a nuestra biografiada con el trabajo que aquí se realiza. Nunca dejó de alabar la labor del profesorado, a la vez que alentaba a Ángela Cortés Caballero a seguir trabajando por el arte. A continuación recogemos, en palabras de sor Celina, lo que ha supuesto esta vivencia.

“Gracias a la insistencia de Paola, y con el permiso de la Abadesa, pude hacer un viaje al pasado, a mi juventud.

La noche previa a la visita casi no pude dormir; esperaba con ansia el sonido de los cinco toques de campana, avisándome de que mis compañeros habían llegado y había que disponerse a marchar. Me acompañaban Miguel Ángel Vallecillo, Paola Cortés y Ángela Cortés, actual directora de la Escuela, quien nos haría de guía.

Nada más poner un pie en la Escuela me emocioné enormemente, me sentí como una madre que acaba de ver a su hijo después de mucho tiempo. Paseando por las aulas pude ver el trabajo que han hecho a lo largo de los años el profesorado y alumnado, maravillándome con todas las comodidades de las que disponen.

Fue una mezcla de sentimientos, volví a ser esa niña que engañó a todos con su edad para poder entrar, sentí nostalgia de los compañeros, de las clases, de las horas entre pinceles.



Lámina 2

Al finalizar la visita, tuve el mejor regalo de todos, pude ver mi ficha de matrícula. En ella había una fotografía de una servidora y he de confesar que no me recordaba tan guapa.

Ángela me ofreció escribir en el libro de visitas, y si no fuera por Miguel Ángel Vallecillo, quien me paró, aún seguiría escribiendo. Pero he de decir que si yo lo disfruté, más lo hicieron mis compañeros; Miguel Ángel fotografiaba todo, y aunque yo hacía que no me daba cuenta, veía en él el mismo gozo que yo sentía. Me creía en el cielo.

De vuelta al convento, a casa, puedo decir que me encontraba plena, llena de gratitud, y así se lo hice saber a toda la Comunidad; no paré de hablar en todo el día. Sor Sagrario, nada más verme, dijo: "Vienes como un pavo real, no te falta ni una sola pluma, creo que hasta te veo más alta". Y así me sentí. Si os soy sincera, esa noche tampoco dormí". (Lámina 2).

1.3. La llamada divina. La Virgen Blanca

Cumplidos los 17 años, se me presentó el amor de mi juventud; no quiero dar nombre. Era un chico mayor que yo seis años. ¡Qué feliz me sentía! Experimenté que comenzaba a ser una mujer que amaba con locura a otro sexo. Durante tres años *estuvimos como novios*. Soñaba con formar un hogar ideal, como el que mis padres nos habían proporcionado, donde dominase la unidad, el cariño y el orgullo por los hijos. Creía percibir que ésta era la voluntad de Dios.

Recuerdo a mis hermanos, mucho más delicados de conciencia que yo. Para ellos, la misa dominical era sagrada; yo, por el contrario, siempre buscaba un pretexto para no asistir; al final, siempre sentía mucho remordimiento por haber faltado. Me proponía confesarme el lunes, pero llegaba ese día, y otro..., y no lo hacía. Muchas veces pensaba si mi vida me satisfacía, si era feliz. Aparentemente sí, pero interiormente era una chica insatisfecha. Recibía y daba amor, pero había algo que no funcionaba. Era natural, mis relaciones con Dios eran muy *fuleras*. Sentía un gran deseo de triunfar en la vida y, encima, era muy coqueta.

En este correr del tiempo, se anunció la visita de Nuestra Señora de Fátima a Badajoz. Me pareció una noticia distinta a tantas otras que había escuchado. Mi amor, mi cariño a la Santísima Virgen era inmenso. Con ello no

quiero decir que fuese una devota auténtica, ni mucho menos; muy escasamente rezaba el Rosario. Aunque también digo que creo que jamás me acosté sin rezar tres veces el Ave María y lo mismo hacía cuando me levantaba, una costumbre que había adoptado de mi madre y abuela.

– ¿Cómo era mi amor hacia la Señora?

Sencillamente, cualquier imagen, estampa o fotografía de Ella me seducía con intensidad. Había un intercambio de miradas en mi interior. Ella, sin darme cuenta, me atraía, me subyugaba. De hecho, jamás iba al trabajo o venía de él, sin pasarme por la ermita de Nuestra Señora de la Soledad, y rezarle una Salve. Siempre sentía la necesidad de ver su imagen.

Llegó por fin el día de la visita de Nuestra Señora de Fátima a Badajoz, era un 25 de noviembre de 1947. En mí había un gozo incontenible. La Virgen venía a robar mi corazón, que buena falta le hacía. La Gracia empezaba a actuar en mí con gran fuerza. Para recibirla, en la frontera, no fui sola, me acompañaban mi hermana Maruja y su novio, además de mi prometido. El puesto fronterizo estaba adornado con flores y banderas de ambos países. El tiempo de espera se nos hizo eterno. Al fin la vimos aparecer en procesión. Una vez en territorio hispano, recuerdo como el alcalde de Badajoz, junto con varios concejales, la portaron hasta el altar que se erigió frente a la aduana española. Allí fue venerada y aclamada; a continuación, se llevó en andas hacia el altar que se instaló próximo a la fachada principal del Ayuntamiento de Badajoz, y de aquí a la Catedral, hasta donde fue acompañada por una ingente multitud. Aún recuerdo los cantos y oraciones. Una vez comenzamos a caminar, todo se volvió diferente para mí. Logré acercarme lo más posible a ella y mantenerme allí para no separarme durante todo el trayecto.

La Virgen Santísima me atraía más y más a cada paso que dábamos, cada minuto y segundo que pasaba. Caminaba con gran gozo al lado de la Señora; no quería que me arrebatasen el lugar que yo ocupaba. Cantaba y rezaba con todo mi fervor; mi voz se mezclaba con la de tantas personas que caminábamos junto a Ella. Yo vivía absorta, parecía que las dos marchábamos solas; me olvidé de las miles de personas que la acompañaban, de las tres avionetas que la escoltaban, de las flores que se arrojaban a su paso. Al llegar a la calle del Obispo, hoy San Juan de Ribera, me separé del paso para unirme a mis primitivos acompañantes. En el Instituto de Enseñanza Media,

hoy Bárbara de Braganza, ocupamos uno de los balcones, gracias a la amistad con el conserje de dicho Instituto.

- ¡Qué ilusión!;Qué cerca de mí vería a Nuestra Señora!

Llegó aquel deseado momento y, al contemplarla tan cerca de mí, en mi locura de amor mariano, en mi frenesí, como si me hubiera subyugado, me pareció que su cara se iluminaba. En ese momento, con todas las fuerzas de mi ser, proclamé en mi interior:

- ¡Madre mía, guárdame solamente para tu Hijo, no permitas que mi corazón lo posea otra persona!

Fue en ese instante cuando descubrí que Cristo ha nacido por nosotros. Mis acompañantes no entendían mi actitud, no hacía falta. Había que vivirlo para comprenderlo.

La Virgen Blanca se marchó de Badajoz dejando una señal indeleble en mí. De cara al mundo exterior, en mi vida de piedad, seguía igual que antes. Muchas veces me preguntaba:

- ¿Es que la gracia de Dios no ha hecho cosa alguna en mí?

Claro que lo había hecho, y mucho. Pero estaba claro que yo no quería renunciar a tanto como había conseguido. Me costaba decir que no a tanto bien material y afectivo. Es por ello que continuaba con mi ilusión de formar un hogar.

Jesús, al igual que hizo con Saulo, se interpuso en mi camino.

1.4. En busca de un proyecto que no muriese

Tras un año, el de 1947, de enorme alegría para mí, el siguiente fue de gran dolor. Mi padre, al que tanto amaba, cayó gravemente enfermo. El 9 de abril de 1948, Jesús se me hizo presente con su muerte.

- ¡Qué horror!

Era la primera vez que sentía la presencia de la muerte tan de cerca y tenía que ser la de un ser al que quería con toda mi alma. Dejaba tras de sí una esposa de 49 años y seis hijos. Aún resuenan en mi corazón las palabras de mi madre:

- ¡Dios mío, qué dolor es perder a un esposo!

Para mí fue un golpe durísimo. Me preguntaba, ¿dónde estaba la promesa de que nadie nos separaría? ¿Nadie? La muerte se encargó de ello.

No obstante, he de decir que este hecho me abrió los ojos; me hizo ver que debía poner mi ser, mi corazón, mi alma en un proyecto que no muriese, que no se marchitase. Mis ilusiones de futuro, de formar un hogar, se vinieron abajo.

Tarde mucho tiempo en conseguir superar esta dura experiencia; únicamente pensaba en que ya no lo volvería a ver más. Fruto de mi desolación, al mes del fallecimiento caí gravemente enferma. Se me presentó un derrame pleural. Durante tres días estuve al borde de la muerte; a pesar de la semiinconsciencia que mostraba de cara al exterior, en mi interior había plena lucidez; sentía llorar a mi pobre madre, a mi familia; ellos nunca se enteraron de que era consciente de todo lo que se hablaba. Uno de esos días oí comentar al médico:

- ¡De ciento, uno se salva!

Por mi mente sólo pasaba una obsesión:

- ¡Cómo me iba a presentar con las manos vacías ante Dios!

Ante tantas cavilaciones, percibí una luz; en mi silencio interior invoqué a la Virgen y, en aquella tremenda encrucijada que me marcó para siempre el camino, me agarré al áncora de mi salvación:

- ¡Madre mía. Acude en mi ayuda! ¡No permitas que me presente así ante tu Hijo!

Con toda mi alma, volví a hacerle la promesa que le había realizado en su venida a Badajoz en su bendita imagen de Fátima:

- ¡Si me concedes la vida, se la consagro a tu Hijo!; Ya no viviré para mí, sino para Él!

Tras la pérdida de mi padre, no me importaba morir, lo que me aterraba era, como ya he comentado, presentarme ante Dios con las manos vacías.

Me fui recuperando poco a poco. Apenas si podía andar. Durante tres meses estuve sin salir de casa; empleaba el tiempo en reflexionar sobre mi vida futura:

- ¿Qué quieres Señor de mí?

Recuerdo que en mi casa existía la costumbre de recibir, con frecuencia, la visita domiciliaria de las capillitas o pequeños altares de la Sagrada Familia, del Amor Misericordioso y, otras veces, de la Virgen del Carmen con Santa Teresita. Solían permanecer en nuestro hogar entre 1 ó 2 días, continuando su deambular por domicilios cercanos.

Poco a poco mejoraba mi salud, pero el interrogante sobre mi futuro seguía cada vez más presente. Me aterrorizaba renunciar a tantas cosas y personas, una de ellas, mi prometido. Me sentía como el pajarillo que tiene atada una pata y no puede volar. Tenía que armarme de valor para romper con una persona que cada día era más correcta y cariñosa conmigo y con mi familia. Ese día llegó; coincidió con la visita a nuestra casa de la capilla domiciliaria de la Virgen del Carmen y Santa Teresita. Mi madre, como de costumbre, puso citadas imágenes cerca de mí para que pudiera verlas desde mi hamaca. Las palabras de mi madre aún resuenan en mi mente:

- ¡Anda, hija mía, pídele a la Santísima Virgen que te ponga buena!

Miré a Nuestra Señora con cariño filial y le pedí fuerzas para llevar a cabo lo que ese día quería realizar, para acompañar esa lucha interna y externa que había en mí. No sabía cómo hacerlo y me puse en sus manos.

Llegó la tarde, sobre las ocho, un aldabonazo, que por repetitivo se me hizo familiar, se oyó en la puerta. Se me aceleró el corazón; parecía que se me salía. Ante mí se presentó mi prometido. Como era habitual, me preguntó:

- ¿Cómo sigues?

- ¡Mejorando, gracias a Dios!, le respondí.

Continuamos conversando sobre temas banales; él hablaba de nuestro futuro, del hecho de que si seguía mejorando pronto podríamos formar un hogar. Creo que ese fue el momento decisivo. Miré a la Virgen y le dije a mi prometido:

- ¡No quiero casarme!

Se quedó totalmente paralizado. Tardó en reaccionar para preguntarme:

- ¿Te das cuenta de lo que has dicho?
- Sí, le contesté.
- ¡Vuélvemelo a decir!, insistió.

Se lo repetí sacando fuerzas sobrehumanas.

Rápidamente llamó a mi madre para comentarle mi decisión. Ella, asombrada, me preguntó:

- ¿Qué has dicho, hija mía?
- ¡Lo que oyes, mamá! ¡No voy para casada! Fueron palabras que salían de mi boca, pero creo que no era yo quien las pronunciaba.

Mi madre insistía:

- ¿Después de tantos años, ahora se te ocurre pensar así?

Mi respuesta fue breve:

- ¡Nunca es tarde!

Al grupo se unió mi hermana Maruja, intentado, entre los tres, hacerme razonar. La decisión ya estaba tomada. Yo lo único que hacía era mirar la

imagen de la Virgen y pedirle que me diera fuerzas, pues me encontraba flaqueando.

Tras un buen rato intentando convencerme de que la decisión no era la correcta, se oyó un adiós casi imperceptible que se clavó en mi ser. Cuando vi alejarse a Juan, que así se llamaba, sentí deseos de seguirle.

Mi madre y hermana continuaban intentando convencerme. Incluso me llegaron a decir que no tenía corazón. ¡Claro que lo tenía, pero estaba destinado a Dios!

¿Qué sucedió después?

Pues que mi salud se resintió de nuevo, la fiebre aumentó. Pero conseguí recuperarme.

El tiempo iba pasando y ahora me sentía más libre para tomar decisiones.

1.5. Dios mío, ¿qué quieres de mí?

En principio no comprendí lo que Dios me pedía. Fue un día, al regresar del trabajo, que sentí cómo una voz interior me interrogaba:

-¿Por qué no lo haces ahora? ¿Por qué no te confiesas?

No llegué a entrar en casa. Sin saber lo que hacía, comencé a correr sin darme cuenta de lo que podían pensar quienes me vieran. Llegué a la iglesia de Santo Domingo. Allí estaban confesando varios Padres Paúles. Me arrodillé ante mi confesor y reconocí mis culpas y dudas. Puedo decir que terminé con una alegría inmensa y gran paz interior. Me sentía diferente, otra persona. Volví a hacerme la misma pregunta que llevaba planteándome todos los días:

-¿Qué quieres de mí, Dios mío?

Aún no lo había averiguado. Sólo sentía una necesidad inmensa de amar al Señor, de dejarme querer por él. ¡Qué feliz me encontraba!

Empecé a comulgar diariamente en la parroquia de Santa María la Real; otras veces en la ermita de la Soledad.

En mi casa empezaron a notar un cambio en mi persona, en mi actitud y forma de ser.

Comencé a trabajar en la *Farmacia Liso*, situada en la antigua calle *Echegaray*, hoy *Virgen de la Soledad*, donde desempeñaba tareas de contabilidad aunque, cada vez que podía, ayudaba en la atención al público. Para llegar a la farmacia mencionada tenía que pasar por la calle *Joaquín Sama*, al final

de ella se encontraba el convento de Santa Ana. Cuando me aproximaba a su puerta, sin detenerme, miraba para su interior. Allí veía una puertecita que no era más que el torno por el que las monjas se relacionaban con el exterior. Me resultaba difícil comprender, al ver su fachada en estado tan ruinoso, que allí pudieran vivir monjas.

Lo cierto es que cada vez sentía una mayor curiosidad por conocer la vida que allí se desarrollaba.

- ¡Qué gran misterio!, solía exclamar en mi interior. A continuación me surgían preguntas:
- ¿Qué harán esas monjas ahí dentro? ¿Cómo será su vida?

Tras muchas elucubraciones siempre llegaba a una conclusión:
Deben ser santas, deben ser ángeles.

Después de muchos años pasando por allí, ahora concebía a estas monjas de otra manera.

Supe que a las ocho de la mañana, diariamente, había Eucaristía en el convento, comencé a frecuentar el templo.

- ¡Cuán feliz me hallaba en él!

Empecé a sentir envidia santa hacia sus moradoras. Ahora la pregunta frecuente que me hacía era:

- ¿Qué quieres Señor que haga?

Entré a formar parte del grupo de Acción Católica en mi parroquia de Santa María la Real; aprendí a dar catequesis, que impartía de 16,00 a 17,00 horas. ¡Cuánto me gustaba! Descubrí nuevas amistades.

Un buen día me invitaron a visitar a una persona enferma, doña Agustina Rincón quien, a pesar de su enfermedad, llevaba un grupo de *Esclavas de María*. La recuerdo como un alma locamente enamorada de la Virgen. Esto era lo que me faltaba a mí. Tenía dos hermanas que pertenecían a la congregación de las Adoratrices del Santísimo Sacramento; entre las tres, me dieron el espaldarazo definitivo.

Hice mi pre-esclavitud el tiempo que tenía designado y, al fin, llegó el día de consagrarme a María como su esclava. En la casa de Agustina existía un oratorio y el 8 de diciembre de 1949, en presencia de todas las Esclavas, mediante una consagración mariana, hice mi voto de virginidad, renovado de año en año el día de la Inmaculada.

Aunque no lo recuerdo bien, creo que fue en 1949 cuando tuve un sueño en el que me veía entre las monjas del Convento de Santa Ana, con las que aún, por esas fechas, no había mantenido contacto. Dejé a un lado este sueño, pues los sueños, sueños son.

Pasaban los días y he de confesar que surgió en mí una inquietud enorme. Continuamente me preguntaba:

Señor, ¿qué quieres de mí?

Por entonces no comprendía que el Señor nos habla, se nos hace presente, a veces, por medio de personas, de acontecimientos. He de confesar que la muerte de mi padre, incluso mi enfermedad, fueron aldabonazos en mi vida.

1.6. Primeros contactos con las hermanas del Real Monasterio de Santa Ana. Comienzos de una vocación

Un buen día, al igual que a los Reyes Magos de Oriente los encaminó una estrella, a mí me vino a ocurrir algo parecido. Salí con antelación de mi puesto de trabajo y, en lugar de ir a casa, mis pies se encaminaron hacia el convento de Santa Ana para hablar con las monjas. Mientras caminaba, me preguntaba:

¿Qué he de hacer para hablar con ellas? ¿Hablarles de qué? ¿Me saldría alguna palabra?

Mi único deseo era mantener un primer contacto con las mismas. Me acerqué al torno, pero allí no se veía persona alguna. Di unos golpecitos en él y, de repente, una voz casi celestial me contestó. Mi corazón latía apresuradamente. Cuando recuerdo este momento, me pregunto:

– ¿Por qué me latía así, si yo no sabía a qué iba?

Ahora, pasados los años, comprendo ese palpitar. La vocación, mi vocación había comenzado sin yo saberlo.

Cada vez que rememoro la pregunta que le hice a la portera, estoy convencida de que no fui yo quien pronunció:

- ¿Qué necesito hacer para llevar su uniforme?

Mi interlocutora esbozo una sonrisa sincera y me comentó que lo normal era que hablase con la superiora. Me invitó a pasar a la sala de visitas. Aquí esperé hasta que llegó la madre abadesa, por aquel entonces sor Soledad del C. de María Bautista Navas, acompañada de la Madre Maestra. Me encontraba con un gran ventanal enrejado cubierto por una cortina negra. Pensé para mis adentros:

- ¡Dios mío, dónde me he metido!;¿Qué voy a decir!

En esos momentos, confieso que en mí había una fuerza interior que me arrastraba.

- ¡Cuántas ilusiones!

Al fin, sentí el chirriar de una puerta y un saludo:

- ¡Ave María Purísima!
- ¡Sin pecado concebida!, contesté un tanto absorta.

Instantáneamente una mano descubrió la cortina que tapaba la reja y pude vislumbrar la imagen de las monjas mencionadas.

- ¡Con qué cariño me trataron!

Me hicieron las preguntas de rigor:¿cómo me llamaba?,¿cuántos años tenía?, ¿trabajas?..., pero la pregunta esencial fue:

- ¿Qué quieres de nosotras?

Con gran espontaneidad, les contesté:

Solamente quiero saber qué se necesita para llevar su uniforme.
Y me quedé tan ancha. ¡Cómo si el de monja fuera eso, un uniforme!
Ahora que recuerdo, una de sus preguntas me dejó totalmente noqueada:

– ¿Tienes vocación?

¡Y yo qué sabía si tenía vocación!, pensaba para mis adentros. Para ganar tiempo, las obligué a que me hicieran de nuevo la pregunta:

– ¿Qué?, les respondí.

– ¡Qué si quieres ser monjita!, me repitieron.

En mí se creó un silencio externo, que dio paso a un debate interno.

Continuamos hablando un buen rato y ambas hermanas me invitaron a volver. Cuando traspase el umbral del pórtico de entrada, irradiaba felicidad, sentía una gran alegría interna que transmitía al exterior.

Al llegar a casa noté unas ganas locas de decirle a mi madre, a mi abuela y a mis hermanos que había visitado a las monjas de Santa Ana, que había hablado con ellas. No obstante, decidí callarme, ¿por qué? Tal vez porque en mi casa ya se barruntaba la transformación que en mí se estaba produciendo.

El caso es que continué frecuentando a las monjas. Me sinceré con ellas, principalmente con la madre abadesa, a quien incluso comenté, con gran temor, que había tenido novio. Ella se limitó a contestarme con gran humildad:

– ¡Hija mía, eso no es malo!

¡Qué gran alivio sentí!

Al fin decidí comunicar a mi confesor que quería, mejor dicho, que deseaba ser monja de clausura, ¡cuánto me costó decírselo! Su respuesta fue contundente:

– ¡Tú no estás llamada para eso!

Dicho esto, me invitó a visitar y probar con las hermanitas de los Ancianos Desamparados.

No se me olvidará el entusiasmo con el que fui a visitarlas en su casa de Pardaleras; era un día de San José, de 1949. Una vez en el interior del edificio, sentí como una voz que ronroneaba mi cabeza:

– ¡Éste no es tu camino!

¡Y qué razón!, yo buscaba la austeridad y pobreza que había descubierto en el convento de Santa Ana. A pesar de que las hermanitas me hablaron de su vida, de su labor, y me animaban a experimentar su vida, he de confesar que no me sentí tan identificada como en Santa Ana.

Muy decidida me dirigí a mi confesor y le expuse que aquello no estaba hecho para mí, que no era mi vocación. Me propuso que visitase la congregación de las Hijas de la Caridad. Abiertamente le contesté:

– ¡Quiero vivir con las monjas de Santa Ana!

No sé cómo llegó hasta mi madre y hermanos la noticia de que yo quería ingresar en el convento de Santa Ana.

– ¡Virgen Santísima, la que se armó ese día!

Hasta el 15 de abril de 1951, fecha en la que ingresé, la oposición fue enorme.

Bien es cierto que cuanto más se oponían, mi vocación se hacía más fuerte. Tanto mi familia como mis profesores y compañeros de la Escuela de Artes y Oficios querían quitarme de la cabeza esta idea. A pesar de la oposición, cada día que pasaba, notaba en mí que el amor a Jesús era más firme.

– ¡Cuánto sufrí!

1.7. Señor, ayúdame a ser instrumento de tu fe. El aliento de don Rafael Sánchez García

Hubo un hecho que creo necesario mencionar. Por estas fechas comencé a frecuentar a otro confesor, me refiero a don Rafael Sánchez García, cape-

llán del Hospital Provincial de Badajoz. No predicaba la oración, sino que la practicaba, tampoco la pobreza, sino que daba ejemplo, siendo más pobre que el propio pobre. Era un hombre que irradiaba la figura de Jesús, contagiaba. Le abrí de par en par mi alma.

Don Rafael supo captar a la perfección lo que pasaba en mí. Sus palabras, a pesar de los años transcurridos, siguen resonando en mi cerebro:

- ¡Hija mía, no hagas caso a nadie!;Cuidado con las tentaciones!;Sigue adelante!;Dios te quiere allí!;Dios te elige como su instrumento!

Él me aportó la seguridad de saber que Dios me quería en el convento de Santa Ana para, desde allí, *ser su instrumento*.

Pero, ¿cómo estaba el ambiente en mi casa?

La oposición a que ingresase en el convento era continua pero, como he dicho, esto me reafirmaba aún más en mi vocación. No obstante, he de decir que todo mi ser se llenaba de pena al ver que una servidora era causa de sufrimiento. Mi madre enfermó y yo me culpaba de ello; también lo hacían mis hermanos, quienes me achacaban que sería la causa de su muerte.

- ¡Qué sufrimiento me produjo aquella situación!

Ante tanta adversidad, decidí romper mi comunicación con las monjas de Santa Ana. Un mes estuve sin visitarlas, sin frecuentar la Eucaristía. Mi aflicción y tristeza crecían día a día. Incluso me reservé de comunicar la decisión que había tomado a don Rafael.

En mi interior resonaba un continuo reproche:

- ¡Cobarde!;Cobarde!;Cobarde!

Tres veces, las mismas que Pedro negó que conocía a Cristo.

Al fin, un día, casi sin fuerzas, mis pasos se dirigieron hacia la capilla del Hospital Provincial. En el confesionario me arrodillé y exclamé:

- ¡No puedo más, Padre!;No puedo más!;Me hundo!

Don Rafael, con una voz angelical que se me clavó en el corazón me contestó:

- ¡Calma, hija mía! ¡Calma! ¡Sigue adelante! ¡Sigue luchando! ¡Jesús te llama, te necesita para su obra!

Sentí un nuevo gozo en todo mi ser. Tras un rato de reflexión mi respuesta fue:

- ¡Seguiré adelante, Padre! ¡No volveré a retroceder más, pase lo que pase!

Ahora entendía que don Rafael fue el instrumento del que se valió Dios para llegar hasta lo más profundo de mi ser. Yo también quería ser instrumento de Dios para aquellos menesteres que fueran posibles e incluso imposibles al ser humano.

1.8. Mi ingreso en el Real Monasterio de Santa Ana

El 15 de abril de 1951 fue la fecha fijada para mi ingreso en el convento. Cinco días antes mi madre me dijo que quería visitar a las monjas y deseaba que la acompañase. Estaba claro que tenía que agotar los últimos recursos para evitar dicho ingreso. Se sinceró conmigo y me dijo que debía comentarles que lo mío no era una vocación verdadera. ¡Acepté!

Una vez en el locutorio, la madre abadesa y la madre maestra nos recibieron, como era habitual, con gran cariño y gratitud.

Mi madre tomó la palabra. Me describió como una hija buena y obediente, pero que desde que frecuentaba el convento parecía otra, pues hacía lo que quería.

La respuesta de la madre abadesa no se hizo esperar:

- ¡Su hija hace lo que quiere Dios! ¡Es un instrumento de su fe!

Tras un debate que mi madre veía perdido, la madre abadesa le dijo:

- Doña Flora, ¿por qué no fijamos una fecha para la entrada de su hija en el convento? ¿No le parece bien que entre otras pudiera ser el domingo 15 de abril?

Mi madre se levantó como si un resorte la hubiera empujado y, agarrándome, salimos a la calle. Fue entonces cuando me dijo en tono alterado:

- ¡Vete a casa!

No me dejó acompañarla. No sabía hacia donde se dirigía. Durante varias horas, todos estuvimos esperando su llegada.

- ¡Qué angustia, Dios mío! Me echaba la culpa de lo que estaba pasando.

Al fin sonó el llamador; era mi madre del alma. Todos la recibimos con alegría. Me acerqué tímidamente para besarla, como mis hermanos, pero su respuesta no fue la que yo deseaba. Se encontraba ofuscada, dolida. Jamás se lo tuve en cuenta. Era mi madre. Poco tiempo después nos enteramos de que había estado rezando en la iglesia de la Soledad, pidiendo fuerzas a la Virgen.

La madrugada del 15 de abril nadie pudo pegar ojo en nuestro hogar. Durante la cena, mi última cena en compañía de mi madre y hermanos, mi amada madre se dirigió hacia mí y con gran ternura me dijo:

- ¡Hija mía, no tengo valor para acompañarte al convento!

No contesté.

A las 8,00 horas, mis hermanos bajaron hasta el portal. No querían presenciar la despedida con mi madre. Me encontraba en mi alcoba, arrodillada ante la imagen de Cristo que tenía en la cabecera de la cama, solicitándole fuerzas para arrancar, pues veía que mis piernas flaqueaban.

Salí de la alcoba y abracé fuertemente a mi abuela, a mi *Mamamia*. Intenté hacer lo mismo con mi madre pero, para mi sorpresa, la hallé de rodillas y con los brazos en cruz interponiéndose en la puerta, llorando desconsoladamente. Con una cara de dolor que destrozaba mi alma, exclamó:

¡Hija mía, por última vez te lo suplico, no me dejes!

Ante tanta angustia, y cada vez que lo pienso estoy convencida de que no era yo quien hablaba, le contesté:

¡Mamá, por favor, no me lo pidas! ¡Dios me llama!

Mi madre se agarraba al quicio de la puerta con fuerza para impedir mi marcha. Incluso le oí comentar:

- ¡Si tienes valor, quita mis manos de aquí!

Con gran delicadeza, temblando mis manos y con el corazón destrozado, las retiré. Ahora puedo decir que no era yo quien actuaba. ¡Imposible! Yo no disponía de esa fuerza ni de ese valor.

Salí apresuradamente. No sé cómo las piernas me sostenían. Bien es cierto que no volví la vista hacia atrás. Recuerdo que de mis labios sólo salieron estas palabras:

- ¡Virgen Santísima, ayuda a mi pobre madre! ¡Ayúdala con tu gracia!

En unión de mis hermanos, y en un silencio sepulcral, nos dirigimos hacia la iglesia del convento para celebrar la Eucaristía.

El templo estaba lleno. Noté una gran afluencia de jóvenes; mis compañeras de Acción Católica querían acompañarme. La Eucaristía se me hizo interminable. No veía el fin. Pensaba en mis seres queridos: mi madre, mi abuela, mis hermanos..., todo daba vueltas en mi cabeza.

Terminado el acto, nos dirigimos hacia la entrada al Real Monasterio, ¡qué gran emoción sentí!

Llegado el momento, las puertas de la clausura se abrieron de par en par. Toda la Comunidad, con el rostro cubierto por un velo, formaba un pasillo. Me arrodillé ante el capellán, don Isidro Lomba quien, después de bendecirme, me recordó las palabras del Evangelio de San Lucas: "... *quien pone las manos en el arado y vuelve la vista atrás, no es apto para el reino de los Cielos*" (Lc. 9,62).

Dicho esto, alzó la voz y dijo:

- ¡Adelante, jovencita!

Me levanté y acto seguido me dirigí y arrodillé ante mi hermana Maruja, a la que supliqué:

- ¡En nombre de mamá, bendíceme!

Mi hermana, llorando, levantó su mano temblorosa para hacer sobre mi cabeza la señal de la cruz. La abracé, al igual que a mis hermanos Paco, Federico y Rosa María. He de comentar que también sentía la presencia de mi hermano Antonio, quien no pudo acompañarnos por estar destinado en Tenerife (Lámina 3).



Lámina 3

- ¡Señor!, ¿tanto cuesta seguirte?

Al fin traspasé mi amada Clausura. Las puertas se cerraron. Las monjas se levantaron el velo que cubría sus rostros. Una a una las fui abrazando, era un abrazo fraterno. Ahora se convertían en mi nueva familia. En mi interior sólo pedía a Nuestra Señora que me condujese a Jesús.

Durante este período, mi vida estuvo regulada por la obediencia, virtud muy importante en el día a día de nuestra Comunidad.

CAPÍTULO II.

EL SEÑOR GUÍA MIS PASOS.

Entre los múltiples dones que hemos recibido y diariamente recibimos del que nos da con esplendidez el Padre de las misericordias, y por los que mayormente debemos dar gracias al mismo Padre Glorioso, está el de nuestra vocación (Testamento de Santa Clara).

2.1. Aprendiendo a ser instrumento de Dios

Una vez atravesé las puertas del Real Monasterio de Santa Ana, puedo decir que me costó muchísimo renunciar a tantas cosas: mi forma de vestir, al trabajo, al hogar, a la familia... Aunque perdí estos roles, sentía el deseo de comenzar una nueva vida. Bien es cierto que tuve que adaptarme a labores duras y a un horario muy exigente. Buscaba en mi celda y en la capilla, a través de la oración, la armonía interna.

Mi compañera de noviciado fue sor Maria Josefa del Corazón de Jesús Bautista Navas, a quien la madre abadesa le dedicó bastante tiempo en su formación, eximiéndola de realizar tareas domésticas que, por otro lado, recayeron en una servidora. En mi interior pensaba:

- ¡No quiero ser criada de otras! ¡Quiero ayudar, pero de otra manera!

No obstante, también consideraba que podrían echarme a la calle por mi orgullo. Esta idea me persiguió constantemente en mis primeros meses de novicia. Nunca puse mala cara, pero me recomía por dentro. Fue un proceso duro hasta que comprendí que era parte del camino y otra prueba más de fe. Fue una lucha conmigo misma. Disciplina y obediencia fueron mis campos de batalla. Cuando tenía que desarrollar una tarea que no iba acorde a mis habilidades, me rebelaba. No obstante, aprendí a callar, pues en la obediencia radica buena parte del saber estar.

Y hablando de obediencia que mejor manera de describir esta virtud que recogiendo las palabras que la madre abadesa, en 1805, dirige a la hermana profesa María de la Encarnación y que me ayudaron, y lo siguen haciendo, en mi día a día:

“La obediencia identifica a la persona con Dios(...). Esta obediencia no se contenta con el sacrificio de la propia voluntad; pide además el del entendimiento. Por esa causa dice mi angélico maestro Santo Tomás que el voto de obediencia es el más principal de los que se practican en la profesión religiosa(...). Esta virtud es madre y origen de todas las virtudes; como dice San Agustín, es la música que engendra en el alma todas las virtudes; una vez engendradas, las conservas, en sentir de San Jerónimo. Pero esta obediencia no ha de consentir solamente en la exterior ejecución, poniendo por la obra, lo que se nos manda, en lo que consiste

el primer grado de obediencia, sino que ha de ser de corazón y buena voluntad, conformando la nuestra con la del superior, lo que forma el segundo grado de esta virtud; debe además adelantarse nuestro juicio a identificarse con el del superior, que es lo que constata ya el tercer grado de obediencia.

¡Que consuelo produce la obediencia! Obedecer al superior, es obediencia a Jesucristo, como asegura el mismo Salvador. ¡Qué satisfacción para un alma saber, que todas sus acciones reguladas por la obediencia, están dirigidas por la voluntad de Dios.

Se identifican los obedientes con Jesucristo(...) Tal es la felicidad del obediente que todo le alegra(...) Hermana María de la Encarnación este es el día mas dichoso de tu vida, el cumplimiento de tus deseos, y el principio de una felicidad que no tendrá fin. Ya puedes decir arropada en el más puro amor, riquezas, honores, consideraciones, propia voluntad, padres, parientes y amigos, no vivo ya para vosotros, porque no vivo para mí, sino para mi Esposo celestial que me enriquece y conoce con flores cuya fragancia y dulzura no puede gastarse en la vida del siglo"⁽¹¹⁾

Como bien dijo San Benito, "El primer grado de humildad es una obediencia sin demora".

Solía desahogarme con el sacerdote con quien me confesaba, quien siempre me animó a continuar pues percibía mi vocación. Él me ayudó a comprender que hubo una llamada clandestina entre Dios y mi ser. Una llamada que solo la persona es la que la siente y la vive, siendo motivo de gran felicidad para ella. Resulta difícilísimo explicarlo con palabras.

Transcurridos seis meses de mi ingreso en el Real Monasterio, tras una votación secreta, fui admitida mediante la toma de hábito. Esto sucedió el 28 de octubre, fecha en la que la Santa Madre Iglesia celebraba la fiesta de Cristo Rey.

- ¡Cuánto gozo, cuánta alegría al pensar que mi Comunidad me admitía para formar parte de la Orden de Santa Clara!

Con gran entusiasmo las hermanas prepararon la ceremonia:

El traje para este acto me lo cedieron las hermanas Carmelitas Descalzas(Lámina 4). Todo estaba dispuesto: hábito, cordón, toca, velo, san-

dalias, el libro de la Santa Regla y Constituciones, el crucifijo y, por último, el Breviario para unirme a la Comunidad en el rezo diario del oficio divino.



Lámina 4

Se inició la ceremonia y cuál no sería mi sorpresa cuando, tras colocarme el hábito, el cordón franciscano, la toca, el velo blanco y las sandalias, tomó la palabra la madre abadesa para decir:

- ¡Desde ahora en adelante te llamarás sor María Celina de la Presentación!

En aquellos años te cambiaban el nombre sin que lo supiese la interesada hasta el momento de vestir el hábito. Pero, ¿por qué este nombre?

Al parecer la beata sor María Celina de la Presentación, de origen francés, cayó enferma nada más ingresar como novicia. El poco tiempo que vivió en el convento, hasta su muerte, dio un testimonio maravilloso de santidad, que permitió a la Iglesia aprobar su beatificación. Dicho testimonio se propagó de inmediato por muchos conventos de nuestra Orden. Nuestra Comunidad gozó bastante con tener una hermana que adquiriese este nombre.

En estos años, uno de los problemas más graves con los que se encontraba nuestro Monasterio era la falta de recursos económicos. Se planteó esta situación al obispo José María Alcaraz y Alenda quien, después de una larga reflexión y siempre con el consentimiento de la Comunidad, solicitó ayuda al monasterio de Santa María de Jesús, de hermanas Clarisas de Ávila. El día 15 de julio se personó, en el Real Monasterio, el obispo, para comunicar que llegarían dos hermanas, que habían sido solicitadas. Tres días más tarde, ¡cómo recuerdo aquel 18 de julio de 1951!, sobre las 12 de la mañana, las puertas de nuestra clausura se abrían nuevamente, con gran alegría y esperanza de solventar los problemas, para recibir a las dos hermanas procedentes del monasterio mencionado, quienes desempeñarían los cargos de madre abadesa y vicaria ⁽¹²⁾.

Recuerdo que lo primero que hicieron las dos madres fue introducir el *Libro de usos y costumbres* por el que se regía su comunidad, sustituyendo al nuestro; un cambio que no agradó, sin embargo se aceptó con humildad.

Mi grado de afinidad con la madre abadesa, M^a Isabel del Corazón de Jesús Jiménez Vasco fue magnífico pues tuvo gran cuidado en la formación de la juventud, destacando por su espíritu renovador, lo que me llamó mucho la atención. Ocho años permanecieron las madres abulenses en nuestro Real Monasterio, aumentaron las vocaciones a pesar de que los problemas económicos se mantenían, llegando a pasar grandes vicisitudes, que fueron solventadas gracias a nuestra fe.

Terminado el postulante, siguiendo las normas, estuve un año de noviciado. Durante esta etapa, trabajé duro para que mi carácter fuera un tanto agrídulce, es decir, amable pero, a la vez, despegado. Tenía miedo de que cualquiera pudiera apartarme del camino. Incluso dentro de la Comunidad

me encontré con que alguien levantó falsos testimonios sobre mí. Insistía en que yo no tenía vocación y que lo mejor era que me pusieran en la calle.

- ¡Cuánto sufrí!

No obstante, he de decir que en mi memoria se quedaron grabadas las palabras de aliento de mi antiguo confesor, don Rafael:

- ¡Hija mía, no hagas caso a nadie! ¡Cuidado con las tentaciones! ¡Sigue adelante! ¡Dios te quiere allí! ¡Dios te elige como su instrumento!

Sus palabras y las de ánimo de mi confesor en ese momento me ayudaron a convertirme en un frontón donde todo lo malo rebotaba.

Recuerdo un día en el que oí ciertos comentarios despectivos hacia mi persona, tratándome como enemiga de la Comunidad. Supe no contestar, pese a mi carácter impetuoso. Me limité a dirigir mis pasos hacia el coro alto. Aquí, de rodillas, ante la reja, lloré amargamente. Pero, ¿por qué lloraba? ¿Por lo que había escuchado? ¡No! Me dirigí a Jesús en la cruz y le dije:

- ¡Bien sabes, Jesús mío, que mi pena es pensar que si yo soy enemiga de la Comunidad, también lo soy de Dios!

Una de mis cohermanas de formación, sor María Dolores de San Francisco echó en falta mi presencia y comenzó a buscarme. Una vez me localizó, me tranquilizó y me hizo ver que esos comentarios lo único que pretendían eran desorientarme. Me rogó paciencia.

Sin duda, fui instrumento de Cristo. Sin quererlo, mi actitud positiva, de resiliencia como la llaman ahora, caló en mis cohermanas de formación; en total éramos ocho.

Aunque la hermana vicaria nos traía a las más jóvenes por la calle de la amargura, especialmente a mí, por defender a capa y espada a la madre abadesa y a mis cohermanas, comprendí que a mayor sufrimiento, más cerca de Cristo me encontraba. A él me había consagrado. También aprendí que conforme venía la tormenta, una vez soportada, se marchaba.

- ¡Sólo Dios sabe cuánto sufrí en comunión con mi Comunidad!

Finalizado éste período, pasé a la ceremonia de la profesión de votos simples o temporales, que tuvo lugar el 1 de noviembre de 1952. Consiste en cambiar el velo blanco por el de color negro. Durante tres años estás ligada a vivir, bajo juramento, los votos de castidad, obediencia, pobreza y clausura. A lo largo de estos tres años vas comprobando si ésta es la vida que Dios te pide, si es la que tú deseas, y si la Comunidad te ve apta para la misma. Si así sucede, profesas, como fue mi caso, los votos solemnes, que son para toda la vida. Durante esta etapa, mi fe se fue acrecentando, a pesar de los obstáculos. Desde este momento puedo decir:

– ¡No vivo yo, es Cristo quien vive en mí!

Me ayudó mucho la celebración, en 1953, del *VII Centenario del Glorioso Tránsito de Santa Clara de Asís*, mujer que vivió una pobreza austera, de corazón abierto a Cristo gracias a su continua oración, que supo descubrir que cada una de las Hermanas era un don de Dios. Nuestra madre abadesa, M. Isabel del Sagrado Corazón de Jesús Jiménez Vasco me entregó el programa de actos para esta conmemoración, con el fin de que los pasara a máquina. El día 12 de diciembre, se clausuraba este centenario, que tanto nos hizo vibrar. "*¡Qué año más fructífero!, ¡cuánto gocé en él!*"⁽¹³⁾. Este acontecimiento me estimuló en mi vocación contemplativa. Otro hecho decisivo fue mi amor a la Santísima Virgen, que me inculcó mi madre y que supo aumentar la madre Soledad, camarera de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso. Pero a ello dedicaremos un capítulo aparte.

El 1 de noviembre de 1955, realicé mi profesión solemne, ¡qué gran día aquel en el que me entregaron el anillo! (Láminas 5 y 6).

A acrecentar mi fe y mi unión con mi Fraternidad, también influyeron muy positivamente los mensajes radiofónicos que, desde el 10 de julio hasta el 2 de agosto de 1958, se escuchaban en Radio Nacional bajo los siguientes eslóganes: *¡Amad lo que sois! ¡Vivid la vida contemplativa!* Al escuchar la voz del Santo Padre, quien desde El Vaticano se dirigía a cada una de las contemplativas españolas, sólo sentía ganas de gritar: "*¡Gracias Señor por haberme creado!*"



Lámina 5



Lámina 6

En 1958 la madre abadesa cayó gravemente enferma. Aguantó entre nosotras hasta el 2 de octubre de 1959, falleciendo a los 48 años de edad.

La Comunidad sintió una gran pérdida pues en ella se habían puesto grandes esperanzas de futuro.

Atendiendo a nuestras Constituciones, la madre vicaria debía asumir dicha responsabilidad hasta nuevas elecciones. Se presentaba una buena tormenta, que nuestra Comunidad supo capear de la mano del obispo don José María Alcaraz y Alenda, quien consiguió que la madre vicaria retornase a su Comunidad de Ávila, un 11 de junio de 1960. Con silencio y oración afrontamos unos años muy duros.

En noviembre de 1960, la madre presidenta federal, María del Sagrario García Sanmartín, me aconsejó que fuese a Sevilla, junto con otra hermana, a la *Casa de Formación*, que nuestra Comunidad tiene en esta ciudad. El 23 de noviembre de mencionado año, partimos. Éramos recién profesas.

Aquí estuvimos hasta el 18 de julio de 1961. Fue un período muy productivo. Regresé acompañada de sor Inmaculada de San Francisco, quien profesó solemnemente el 22 del mismo mes.

He de advertir que, con nuestra marcha, el obispo don José María Alcaraz y Alenda suspendió, hasta nuestra vuelta, el proceso de elección de la nueva abadesa, nombrando, hasta tanto, a la hermana María Rosa del Santísimo Sacramento quien, a pesar de su avanzada edad, se sacrificó, amó y guardó a la Comunidad.

Por fin, el 20 de julio de 1961 se celebraron canónicamente elecciones para elegir madre abadesa, saliendo electa la Madre María Rosa del Santísimo Sacramento.

Para vicaria, la Comunidad comenzó a postularme, pero carecía de dos requisitos: edad y años de profesión, por lo que no obtuve los votos necesarios. Ocupó el cargo la Madre Soledad del Corazón de María, quien lo desempeñó por espacio de año y medio, momento en el que Dios la llamó a su presencia.

Uno de mis grandes objetivos fue conseguir que la Comunidad pudiera defenderse económicamente por sus propios medios. Es por ello que pensamos dedicarnos a la encuadernación (Lámina 7). Nos arriesgamos y con la ayuda de bienhechores compramos un primer material para la puesta en marcha. La publicidad que se nos hizo desde Radio Badajoz contribuyó a adquirir más y más clientes.



Lámina 7

El 4 de febrero de 1962 nos reunimos para elegir nueva vicaria. Postulándome nuevamente, y tras obtener los votos precisos, se elevaron preces a Roma para mi confirmación.

Mi único objetivo fue ayudar a la madre abadesa al máximo. Siempre obedecí. Junto a este cargo, mi Comunidad me ofreció el de secretaria, que también acepté, aunque puse como condición que tenía la necesidad de abrir un libro de Actas Discretoriales, donde se detallase el desarrollo de nuestras reuniones, para ser, posteriormente firmado por todas las discretas. Aún recuerdo las palabras de la madre abadesa, al hacerle esta propuesta:

- ¡Madrecita, a ver qué va a poner en él!

De modo espontáneo y sincero le contesté:

- ¡Lo que digamos, Madre. Lo que digamos!

La madre abadesa confiaba plenamente en mí.

Permanecí en el cargo un año y medio, hasta la nueva elección trienal, que se celebró en junio de 1963. Por entonces contaba con 34 años y mi Comunidad me postuló para el cargo de abadesa.

¿Cómo recibí este deseo de mis hermanas de servir las durante un trienio?

Para mí fue un zambombazo. Como anécdota puedo decir que tras el recuento de votos, sólo uno no me había apoyado; era el mío.

Terminado el proceso, cuando el presidente nombrado para llevar a buen término esta elección, sacerdote enviado por el obispo, me preguntó si aceptaba el servicio que me pedían mis hermanas, contesté:

- ¡Sí!

En mi interior sentía temor de lo que el cargo podía suponer. Incluso muchas veces pensaba que había usurpado el puesto a alguna de aquellas Madres Venerables que me habían visto ingresar en la Comunidad. Muchas veces me planteaba:

- ¡Dios mío!, ¿qué has hecho conmigo?

En la Comunidad se rompía el molde de elegir a una abadesa de edad avanzada y con experiencia religiosa. Yo no cumplía con los cánones establecidos, pues para que te postulen como abadesa se deben tener más de 40 años de edad y, al menos, 10 años de Profesión. Por tal motivo, había que solicitar a Roma, mediante postulación, se me dispensase de estos impedimentos.

Dios me dio fuerzas para reunir a mis hermanas y presentarles el programa del trienio, planteando como objetivo el restablecimiento de la Comunidad en el orden espiritual y material. Para ello les solicité, a todas, su ayuda. También recuerdo que les comenté que si no encontraba su seguimiento y apoyo estaba dispuesta a no aceptar el cargo cuando llegase la confirmación desde Roma. Lo dije con energía, pero con mucha humildad.

Fue entonces cuando mis hermanas mayores se pusieron a mi disposición para acatar cuanto dispusiese, siempre por el bien de la Comunidad.

Entre mis primeras actuaciones estuvo el ordenar el despacho de la madre abadesa; empecé a sacar cosas y a delegar responsabilidades en otras hermanas. Así el arca de tres llaves, pasó a las dependencias de la ecónoma; las telas, a la hermana encargada del ropero; los comestibles, a la provisoria... Ahora, con el paso de los años, pienso que debería haber hecho todo esto no con tanta impulsividad y rapidez, así daría tiempo a asimilar tanto cambio.

Pero, ¿cómo me encontré la Comunidad para afrontar el nuevo trienio?

Moralmente estábamos destrozadas por los problemas económicos de una Comunidad llena de deudas, en caja sólo hallé 200 pesetas; por otro lado, el edificio necesitaba de obras de gran envergadura.

- ¿Qué podía hacer?

Acudí a Dios, oculto en el sagrario, y con gran atrevimiento le dije:

- ¡Señor, la obra es tuya! ¡Ayúdanos! ¡Toma tú las riendas de la Comunidad!;Yo sólo soy un instrumento en tus manos!;Sin ti, nada podemos; contigo, todo!

Recurrimos a nuestros bienhechores, comenzamos a desarrollar trabajos; en la lavandería recogíamos más ropa proveniente de hoteles y particulares; pusimos en marcha el taller de encuadernación y restauración. Aún re-

cuerdo los encargos que pinté y las obras que restauré, algunas procedentes de Portugal. Así, con muchas estrecheces, nos mantuvimos.

Sin duda, lo mejor de todo esto fue que todas nos unimos como nunca. Todas caminamos como un solo ser, con gran entusiasmo, restableciendo nuestra forma de vida, el vivir en comunidad.

Mientras dirigí los destinos del Real Monasterio, uno de mis grandes deseos fue humanizar la vida de mis hermanas de Fraternidad, procurar una vida más acorde a los tiempos, hacer ver que la clausura es un medio para llegar a un fin. He de reconocer que este trienio fue de gran ajetreo para mí, de graves preocupaciones y sufrimientos, pues muchas cosas no se interpretaron con la humildad y pureza con las que se hacían: aumentar la instalación de luz eléctrica, mejorar y aumentar los cuartos de baños, pues sólo teníamos uno, instalar el agua caliente... Los cambios siempre suponen alteraciones, pero si son para mejor, como así fue, rápidamente se aprecia su valor.

Durante cuatro trienios consecutivos, hasta 1976, mis hermanas me siguieron pidiendo que desempeñase el cargo de madre abadesa. Nunca supe decir que no. Desde siempre he tenido muy claro mi voto de obediencia y servicio hacia mi Comunidad, a la que me entregué en alma y cuerpo el día de mi profesión y sigo en ese propósito de continuarlo hasta el último instante de mi vida. En todo este tiempo siempre he visto la mano providente y misericordiosa de Dios.

El año 1970 fue muy importante para nuestra Comunidad, pues desde su fundación había profesado la 2ª Regla de Santa Clara; el 27 de enero del año mencionado abrazamos públicamente e hicimos el tránsito a la primitiva Regla de Santa Clara, atendiendo a la renovación que se nos demandaba desde el Concilio Vaticano II, que nos pedía volver a las fuentes de los fundadores: vivir en obediencia, en castidad y en clausura, según los Sagrados Cánones y nuestras Constituciones.



Lámina 8

En 1970 pusimos en marcha la lavandería, cuyo local ampliamos dos años más tarde(Lámina 8). Trabajamos incesantemente, pero no nos importaba. Nos llenaban las palabras de Cristo: *"Venid a mí todos los que os sentís cansados y agobiados, que yo os aliviaré"*.

Siendo abadesa he de recordar un hecho que me llenó de alegría pero también de pena. De alegría porque en 1975 las hermanas del Monasterio de Nuestra Señora de los Dolores, de la localidad de La Parra, solicitan su incorporación a nuestra Comunidad; gradualmente se irían integrando. De tristeza porque se cerraba una puerta para acercar a Dios al pueblo.

En el trienio 1976-1979 me vino muy bien no salir elegida madre abadesa. El 21 de noviembre de 1977 celebré mis Bodas de Plata de vida religiosa; dos años después fui al Monasterio de Clarisas de *Regina Coeli*, de Santillana del Mar(Santander), donde existía un buen taller de restauración en el que aprendí parte del oficio que luego tanto nos serviría (Lámina 9).



Lámina 9

En septiembre de 1979 fui elegida nuevamente madre abadesa. Al igual que había tomado decisiones con anterioridad buscando las mejoras en el Real Monasterio, ahora continué con esta tarea. Una de mis primeras determinaciones, en 1980, fue el arreglo de las criptas de enterramiento que la Comunidad tiene en el coro. En cada una de las mencionadas se hicieron seis nichos y otros dos más pequeños donde se recogerían los restos de las hermanas aquí enterradas. Otra obra consistió en colocar persianas en el claustro alto para mitigar el excesivo calor... Pero una de las que más llenó de alegría mi corazón fue el que se consiguiese que, desde el 1 de mayo de 1981, todas las religiosas contemplativas españolas quedasen inscritas en el Régimen de la Seguridad Social como trabajadoras autónomas. *"Que Dios premie a todas las personas que han hecho posible la integración de las monjas de clausura españolas en la Seguridad Social"*⁽¹⁴⁾.

Un momento importante en mi vida fue la conmemoración del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa de Jesús. Por este motivo, el Papa, Juan Pablo II, convoca, para el 1 de noviembre de 1982, a todas las contemplativas españolas en el Monasterio de la Encarnación de Ávila. De cada monasterio se eligieron a cuatro hermanas por sorteo. Al ser madre abadesa, fui una de

las agraciadas. Recuerdo el viaje hasta Ávila; el autocar nos esperaba junto a Puerta de Palma. Nada más subirnos, colocamos una gran pancarta en la que se leía *"Las Clarisas y Concepcionistas de la Diócesis de Badajoz saludan al Santo Padre"*⁽¹⁵⁾. Rebosábamos alegría y gran inquietud. Por este motivo, a las tres de la madrugada nos fuimos a la explanada donde se celebraba el encuentro. Nos colocamos en primera fila; "... *era una noche con brisa fría que nos traspasaba el alma*"⁽¹⁶⁾, pero la ilusión por ver al Santo Padre superaba cualquier obstáculo. Llegada la hora, apareció el Papa, cubierto con su capa roja. La misericordia divina se hizo presente en su alocución a las monjas y monjes de clausura reunidos en el Monasterio mencionado. Nos mostró su gran satisfacción y alegría por estar con las monjas de clausura española. Allí estábamos benedictinas, cistercienses, dominicas, clarisas, capuchinas, concepcionistas, carmelitas..., todas dando muestra de nuestra unión eclesial. Nos habló del papel fundamental de la vida contemplativa en la Iglesia; nos dijo que desde el claustro, "... *vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*"⁽¹⁷⁾. Una vida que ha supuesto el seguimiento a Jesucristo, centro de nuestra existencia. Nos exhortó a seguir en la tarea, bajo una vida humilde y obediente, donde la oración es elemento esencial, pues éramos la avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino de los Cielos. Pero aún más recuerdo sus últimas palabras de aliento: *"El mundo necesita vuestra presencia y vuestro testimonio. Es necesario mostrar los valores auténticos del Evangelio a un mundo que exalta los valores relativos a la vida... El Papa os llama a seguir cultivando vuestra vida consagrada, todo exige una formación permanente que enriquezca vuestra vida espiritual. ¡Mantened vuestra fidelidad a Cristo!"*

Tras impartir su bendición, puedo decir que me sentía, aún más, instrumento de Cristo en la Tierra⁽¹⁸⁾.

En diciembre de 1982, se celebró Capítulo electivo para el trienio 1982-85; de nuevo mis hermanas me otorgaron su voto de confianza. Durante estos tres años continuamos adaptando el edificio; conseguimos que la nueva enfermería dispusiese de cuatro celdas, pasillo, salita de estar y cuarto de baño. También se reformó el pabellón del Ave María con siete celdas, un servicio y dos cuartos de baños completos. Muchas veces mis hermanas, con suma caridad, cuando me veían parada, me animaban a no estarlo, pues sabían que alguna obra estaba tramando (Láminas 10 y 11).



Lámina 10



Lámina 11

En 1984 con motivo de la celebración del segundo milenio del nacimiento de la Santísima Virgen, nuestra Fraternidad quiso conmemorar este acontecimiento nombrando abadesa perpetua de ella a la Virgen Santísima. Para ello, se adaptó la talla de Nuestra Señora de la Encarnación, disponiéndola en posición sedente en la sillería del coro, en el lugar que corresponde a la madre abadesa (Lámina 12). En su mano izquierda se dispuso el sello de la Comunidad y las llaves de clausura del Monasterio; en la otra, el báculo, como signo de madre abadesa perpetua; su cintura portaba el cordón franciscano.



Lámina 12

Sor Celina, como madre abadesa, postrada de rodillas ante Nuestra Señora, fue la encargada de dirigirle unas palabras de las que entresacamos las siguientes, porque ayudan a conocer, un poco más, la personalidad de nuestra biografiada: *"Madre: hoy deposito el cargo de servicialidad que estas mis Hermanas un día me entregaron haciendo confianza inmerecida en mi persona. Purifícalo de todas las imperfecciones e infidelidades con las cuales he podido mancharlo"*⁽¹⁹⁾.

En diciembre de 1985, nuevamente mis hermanas me eligieron como madre abadesa, siempre pensaba, ¿Pero es que no se aburren de mí?

Tres años más tarde nos llegan las nuevas Constituciones Generales para la Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara, que habían sido aprobadas, el 13 de mayo de 1988, por el Papa Juan Pablo II, quien siempre ha animado a las monjas a permanecer fieles a la vida de clausura. Dichas constituciones, un notable impulso al futuro, son expresión auténtica de nuestra peculiar espiritualidad y el medio para fomentar la unidad espiritual entre los monasterios extendidos por todo el mundo.

Nada más comenzar el año 1989, y como regalo de Reyes, mis hermanas me volvieron a postular como abadesa.

Tampoco puedo dejar de mencionar el año 1990; el 10 de mayo se abrió el proceso diocesano para la beatificación y canonización del sacerdote don Rafael Sánchez García, mi antiguo confesor y capellán del Hospital Provincial de San Sebastián, en Badajoz. Los días 30 y 31 de octubre de citado año se iniciaron, en el Seminario Diocesano de San Atón, 84 preguntas prescritas por el Postulador de la causa. Una servidora, como tuve a don Rafael como confesor y director espiritual, fue citada para declarar como testigo y bajo juramento. Después de tantas y tantas preguntas, terminé diciendo que don Rafael destacó por su sencillez, humildad y caridad para con todos, pero especialmente para con los más necesitados. Un hombre tocado por la vara de Dios.

Cuando salí de aquella habitación sólo pude exclamar:

- ¡Todo sea para la mayor gloria de Dios y exaltación de su siervo Rafael!⁽²⁰⁾.

Con alegría y sin esperarlo, en 1992, fui de nuevo elegida; se ve que mis hermanas estaban contentas con la labor que estábamos llevando a cabo. Siempre pensé que si Jesucristo murió por nosotros, que mejor manera de

agradecérselo que dedicar mi vida a servirle. Si su deseo era que lo hiciese desde el cargo de abadesa, servidora lo haría con gratitud. Amor con amor se paga.

Ahora, reflexionando sobre los años que estuve al frente de nuestra Fraternidad, puedo decir que me preocupé más de ser madre que de ser abadesa. Siempre intenté conseguir el voto de obediencia del resto de mis hermanas procurando el mismo amor a cada una de ellas, renunciado a mi propia voluntad para mantener un servicio innato al Monasterio, presidiendo a base de virtudes y el ejemplo.

2.2. Una historia de amor mariano. Camarera de la Virgen de las Virtudes y Buen Suceso.

A día de hoy puedo afirmar, como ya he dicho, que mi devoción mariana, el gran amor que siento hacia la Santísima Virgen, me fue inculcado desde pequeña por mi madre. A medida que fui creciendo, el fervor fue aumentando. Sirva de ejemplo que antes de incorporarme a trabajar, siempre visitaba a la Santísima Virgen de la Soledad. De aquí saco, sin duda, mi devoción mariana.

Desde mi ingreso en el Real Monasterio de Santa Clara, comenzó a surgir en mí un gran amor por nuestra morenita de las Virtudes y Buen Suceso. ¡Qué linda me parecía!

Una vez entré en el Monasterio, conseguí la confianza de la Madre Soledad, camarera de la Santísima Virgen, y de la madre abadesa. Aún recuerdo la delicadeza de sus manos; con ella aprendí a bordar. Obtuve permiso para estar presente mientras la primera vestía la Sagrada Imagen. Mi gozo era muy grande.

Con el paso de los años, mi muy querida Madre Soledad se encontraba bastante agotada, además padecía artrosis y le costaba, cada vez más, cumplir con su labor. Por tal motivo, se dirigió a la madre abadesa informándola de que, muy a pesar suyo, no podía seguir haciéndose cargo de la Santísima Virgen. Me propuso para el cargo; corría el año 1962. Fue todo un honor pues la camarera es la única que puede tocar y vestir a nuestra santa Virgen, lo que se viene realizando, ininterrumpidamente, desde el 21 de noviembre de 1617.

Sin dejar otras obligaciones, revisé el ropaje de la Santísima Virgen de las Virtudes, que se guarda en una cómoda, en la Sacristía. Comprobé el estado de toda la ropa y me di cuenta de que valía la pena confeccionar varios trajes completos. Para mí, lo único interesante y de gran valor que se guardaba era el traje de la Santísima Virgen y del Niño, como el manto de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso. Todo él es de terciopelo, color verde, sobresaliendo el bordado fino de oro, con abundantes perlas, de gran valor. Fue bordado expresamente por la Excma. Sra. Duquesa de San Germán. Dicho vestido y manto se conservan en nuestra Comunidad y siguen siendo utilizados en las grandes fiestas litúrgicas. Es una gran reliquia que mantenemos.

Poco a poco fui confeccionando el vestido completo de Nuestra Señora, su manto y vestidito del Niño. ¡Cuánto gocé con esta labor!

Actualmente, como camarera, dedico parte de mi tiempo personal a sus cuidados y a su veneración entre la ciudadanía, por eso, siempre que puedo, escribo sobre ella.

¿Qué siento cuando la visto y adcento? Es un sentimiento muy difícil de describir con palabras. La miro y me mira con entrañas de misericordia. Para mí es un instrumento de devoción mariana que me sirve para recordar a mis antecesoras, a las innumerables hermanas que la han vestido y desvestido, a la vez que profesarle un amor incondicional.

Doy gracias a Dios y a mis benditas hermanas por haberme concedido, en 1962, y a perpetuidad desde 1966, el privilegio de ser la camarera de Nuestra Señora (Lámina 13).

Cuando me pongo delante de la Virgen, le rezo para que me ayude a mirar con sus ojos, a hablar por su boca, a escuchar con sus oídos y, principalmente, que me ayude a amar con su corazón.



Lámina 13

2.3. Cada hermana es un don de Dios

Uno de los rasgos de sor Celina, es su capacidad para aprehender las virtudes de otras hermanas. Su deseo de estudiar la historia de la Comunidad le ha permitido descubrir cómo eran muchas de las religiosas que pasaron por el convento en siglos pasados, sus valores. Con otras convivió, con otras convive. De todas aprende. Todo ello le ha dado una gran seguridad y

prudencia, que junto a su confianza absoluta en Dios, ha originado que fuese elegida madre abadesa tantas veces.

Es frecuente escuchar a todos los miembros de la Comunidad pedir a Dios por el incremento de vocaciones. No obstante, sor Celina comenta que para ella esto no es fundamental, " ... *sino tener conciencia en nuestras Comunidades con nuestra vida ordinaria y dar testimonio a nuestras jóvenes de lo que es nuestra vida*"⁽²¹⁾. Uno de los hechos que llena de mayor gozo a sor Celina y a cualquier hermana es la incorporación de un nuevo miembro a la Comunidad, pero aún más cuando se profesan votos, que siempre son emitidos de manos de la madre abadesa, prometiendo seguir a Cristo según el camino propuesto por San Francisco y Santa Clara de Asís. Es emocionante cuando, a los acordes del himno *Veni Creator Spíritu*, salen de la sacristía los sacerdotes que han de concelebrar la Eucaristía, a la vez, desde la clausura, lo hacen dos hermanas que sirven de testigos, acompañadas de la neoprofesa y de la madre abadesa de la Comunidad. Son días de gran gozo para la Fraternidad.

Recogemos, en este apartado, las palabras de la actual madre abadesa agradeciendo la fidelidad a Dios de tantas generaciones de hermanas que formaron parte de la Comunidad y a las que actualmente le dan vida pues "*Todas ellas han sido y son mujeres enamoradas y valientes a quienes les urgía donar su existencia al Amor Absoluto, seguras de ser profundamente fecundas desde las entrañas de Cristo. Hermanas que viviendo con amor para el Amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, han sabido vivir con alegría el don de la consagración religiosa, han sabido dar testimonio de la riqueza y belleza de una vida totalmente dedicada a Dios(...) han sabido irradiar la eficacia apostólica desde el silencio de los claustros y ser antorchas para todos los que a ellas se han acercado. Con sus vidas escondidas fielmente en Dios, han sido cauce de santidad para nuestra iglesia universal y local, además de sostenedoras de sus miembros vacilantes, como dice Santa Clara de Asís.*

El testimonio de entrega y donación amorosa a Dios y a las personas, de todas las hermanas que nos han precedido en la fe, nos alienta y empuja a nosotras a renovar nuestra fidelidad creativa en este hoy que se nos ha regalado vivir"⁽²²⁾. El 12 de mayo de 2018, en vísperas de la celebración del V Centenario de la fundación del Real Monasterio, la madre abadesa, María Domínguez Blanco se dirigió a sor Celina para manifestarle " ... *públicamente un especial agradecimiento puesto que con su investigación y dedicación perseverante al estudio de*

nuestra Historia ha hecho posible que la conozcamos más y mejor. Gracias querida hermana por la preocupación e interés constante de conservar, proteger y custodiar tan celosamente el patrimonio histórico de la Comunidad y por esa labor entregada, silenciosa y generosa que a lo largo de estos años has mantenido viva"

Para sor Celina, quien desempeñó el cargo de abadesa durante muchos años, cualquier persona que ocupe este puesto siente una alegría inmensa cuando recibe los votos solemnes que una hermana le deposita en sus manos. Después de un largo proceso desde que ingresa en la Fraternidad, la abadesa ha estado siempre pendiente de su formación, su noviciado, su profesión de votos simples por tres años y, al final de este período, sus votos solemnes. Nos recalca sor Celina que la madre abadesa " ... debe servir de ejemplo, con las virtudes y buenas costumbres de nuestra Regla, ayudando en el camino a las nuevas profesas, a veces guiando, otras, aprendiendo".

Leyendo y releiendo el tomo III, en su capítulo II, nos acerca a algunas de las hermanas con las que convivió en fraternidad. Como ella mismo dice, " ... cada una de las Hermanas es un don de Dios, un regalo del mismo". Son muchas a las que describe con gran naturalidad afecto y gracia, llevándonos de la mano para conocer el día a día del Monasterio. Sin duda que nuestra biografiada aprendió mucho de Santa Clara de Asís, quien supo renunciar a todos sus títulos. Nombramos a algunas hermanas de Fraternidad con las que convivió sor Celina, por ser imposible mencionar a todas. Hubo otras que fallecieron antes de que sor Celina ingresase en la Comunidad, pero las hermanas las tenían siempre presentes hablando continuamente de ellas, caso de sor Eugenia del Corazón de Jesús Bengoechea y Galarza o sor María de San Buenaventura Noriega Lobato, quienes sobresalieron en muchas virtudes, pero especialmente en la obediencia.

Atendiendo al mencionado tomo III, hacemos referencia a varias hermanas cuyas virtudes siempre marcaron la vida en comunidad de sor Celina.

- **Sor María del Pilar de Cristo Rey Forte Herranz**, nacida en Mérida, el 5 de enero de 1928, de quien dice: " ... se convierte en semilla de trigo que cae en tierra y muere para dar fruto"⁽²³⁾. De ella, sor Celina comenta: "Gracias Señor porque la creaste"⁽²⁴⁾. Y es que, a través de su enfermedad, las hermanas fueron descubriendo la paz y serenidad, a pesar de la impotencia por no poder aliviar sus dolores.

- **Sor María Dolores de San Francisco Cándido Durán**, quien ingresó en el Monasterio el 31 de marzo de 1953, consagrándose definitivamente cuatro años más tarde. Destacó por su caridad y fraternidad⁽²⁵⁾. Su sensibilidad la plasmó en muchas poesías que sor Celina recopiló en un pequeño libro. Antes de que nuestra biografiada dejara su cargo como abadesa, sor María Dolores le escribió unos versos en los que agradecía la felicidad y amor que había procurado a cada hermana por igual, su entrega y testimonio. Rescatamos dicho poema, pues nos aproxima a la personalidad de Sor Celina.

*A nuestra Madre Abadesa M. M^a Celina de la Presentación
Sosa Monsalve, en prueba de gratitud.*

*No quiero decirte adiós
no quiero decirte pena,
ni paradoja que suena
y sí, dar gracias a Dios.*

*De tantos y tantos años
que has sido nuestra Pastora,
en silencio que no aflora
de una entrega sin engaños.*

*Con salud y enfermedad
has escalado montañas.
Con alegrías y entrañas,
has dado felicidad.*

*A fuerza de sacrificios
dejas nuestra hermosa Historia,
que a Dios dará mucha gloria
porque es un tiempo propicio.*

*Que la Virgen te conceda
todo cuanto tú mereces,*

*y recoja nuestras preces
de amor, cariño y verdad.*

*Sor María Dolores de San Francisco Cándido Durán, o.s.c.
Badajoz, 26 de Junio 1995.*

- **Sor Corazón de María Gariás Martín**, quien se incorpora, en 1931 al Monasterio de Nuestra Señora de los Dolores, en La Parra. Su vida estuvo marcada por el anonimato, procurando pasar continuamente inadvertida. Siempre buscaba los trabajos más humildes para servir a Dios y a su Fraternidad. Pasaba largas horas de oración. A sor Celina siempre le llamó la atención su fe y su espíritu reparador, pero sobre todo el respeto y veneración que le profesaba ⁽²⁶⁾.

- **Sor María de Santa Clara Galdós Isundegui**. Nació el 31 de julio de 1905 en Escoriza(San Sebastián). Trabajaba como auxiliar en una clínica de tuberculosos de su tierra, regida por las Hermanas Mercedarias. Con su ingreso, nuestra Comunidad ganó en apostolado de los enfermos. Destacaba por su sonrisa y gratitud por el menor detalle. Era un alma que siempre se olvidaba de sí en beneficio de los demás⁽²⁷⁾. En el tomo I de la historia del Real Monasterio, sor Celina es a quien describe con mayor extensión, tal vez porque, en ella se veía muy bien reflejada, " *Era muy asidua a las buenas lecturas y le gustaba mucho escribir y sacar apuntes, lo que le valía para su cultivo espiritual. Incansable en su orar libre para dedicárselas al Prisionero del Sagrario*"⁽²⁸⁾. En sus últimos momentos, en los que yo, como madre abadesa la acompañé, no pude contener las lágrimas cuando se dirigió a mí para decirme: " *No sufra, Madre, que yo voy al Cielo y desde allí rogaré por Vd*"⁽²⁹⁾. Fue un ejemplo de fraternidad, un alma cándida, siempre olvidada de sí y preocupada por el bienestar de los demás.

Sor María de Santa Clara fue un ejemplo de lo que dice el Evangelio: " *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto*"⁽³⁰⁾. Ella lo dio.

- **Sor Bernarda de San Joaquín Jaramillo Lobato**. Era natural de la villa de Feria, donde nace un 14 de octubre de 1904. Ingresó en el Real Monasterio en 1933, realizando su profesión solemne en 1937. Sor Celina se identificaba

mucho con ella, pues eran de temperamento parecido. Comenta nuestra biografiada que en sus últimos días, le proporcionó una gran lección de vida, al acercarse hasta ella para animarla, no como madre abadesa, sino como el gran ejemplo de fraternidad que siempre les había mostrado. Rescatamos su respuesta pues es merecedora de que quede grabada en este libro: "Yo ya he cumplido mi misión sobre la tierra. Dígale a todas las Hermanas que las quiero mucho, que me perdonen si en algo las he ofendido". No quiere terminar sor Celina sin dar las gracias a Dios por el don de la fraternidad representado en sor Bernarda.

2.3.1. Nuevas hermanas de Fraternidad

Una persona tan agradecida como es sor Celina no quería dejar pasar este momento para, con gran alegría y satisfacción, como un regalo fraterno de Dios, dar a conocer las muchas virtudes de las Hermanas que se han ido incorporando desde finales del siglo pasado.

-**Sor Felicitas de la Santísima Trinidad García Quispe**, natural de Huanta-Ayacucho(Perú), quien tomó el hábito el 8 de diciembre de 1999. En nuestra Comunidad ha mostrado sus grandes valores y su capacidad de amor fraterno.

-**Sor Martha Lucía Rincón Molina**, toma los hábitos el 25 de enero de 2000. Su mirada fraterna nos llena de gran satisfacción. Siempre servicial.

-**Sor Clara Inés Cárdenas Montenegro**, natural de Colombia, llega al Real Monasterio en enero de 1999. Su toma de hábitos coincide con la de Sor Martha. Desempeña en la actualidad el cargo de maestra de novicias. Destaca por su gran capacidad intelectual. De la página web de las Hermanas Clarisas, rescatamos parte de su testimonio:

"El primer choque es con una misma al comprobar que la voluntad del Señor no se parece ni un poquito a la propia; me resultaba absurdo e imposible, pero era más apremiante el amor de Cristo que no me dejaba escapatoria. Así, luchando contra mis propios razonamientos y yendo contra corriente, después de un proceso de discernimiento vocacional, me rendí y decidí echar las redes en el nombre de Jesús(...); olvidando mi pueblo y la casa paterna, he llegado a la tierra que me tenía prometida: el Real Monasterio de Santa Ana(...), día tras día he intentado responder al Señor desde mi limitación en lo pequeño y cotidiano

que constituye nuestra forma de vida: liturgia, oración, formación, comunión fraterna, trabajo y oficios domésticos”

-**Sor Carolina de la Madre del Salvador Espinosa**, incorporada a nuestra Comunidad en el año 2001, recibiendo el santo hábito el 13 de mayo de 2003. Es de temperamento muy alegre y sencillo, destacando por su capacidad comunicativa.

-**Sor Malgorzata(Gosia) Otylia Szybalska**. Toma el hábito el 3 de junio de 2007. A pesar de venir de Polonia, se ha adaptado perfectamente a la forma de vida del Real Monasterio; a ello ha influido su gran capacidad cultural.

-**Sor Florence Mwilu**. Recogemos textualmente las palabras que sor Celina nos transmitió sobre ella: *“¿Sabíamos que nuestra hermanita Florence existía? No. Pero ella, por otros medios, llegó a entrevistarse con nosotras y pidió su admisión. ¡Qué lista es nuestra hermanita Florence! Trae una gran cultura. Vive en nuestra Fraternidad, no contenta, sino contentísima”*. El 21 de mayo de 2011, recibió el hábito.

-**Sor Giselle-Rocío Cortés Rodríguez**, natural de Colombia, toma el hábito de la Orden de Santa Clara el 12 de diciembre de 2015. Tres años más tarde emite sus votos temporales. Como ella misma dice desde la página web de las Clarisas, *“ Los primeros meses fueron un poco duros, cambiar de estilo de vida, de espacio, de horario, estar lejos de la familia, pero ahora me doy cuenta de que el Señor permitió todo esto para ayudarme a crecer y madurar un poco”*.

Como nuevas candidatas, sor Celina nos presenta a Inés(Adnieszka) Koziot y a Renata-María de la Encarnación Slejk, quienes han percibido la llamada divina para formar parte de la comunidad contemplativa de hermanas Clarisas de Santa Ana. Aunque parecía una locura empezar una vida donde todo era nuevo, idioma, costumbres..., no tienen más que palabras de agradecimiento para una Fraternidad que les ha mostrado *“El valor de la vida y de sí mismas”*.

Por último, sor Celina, con esa gran sencillez y bondad que la caracterizan, nos acerca a otras dos hermanas: **Magdalena Wolarek y Viviana Gómez Estrada**. La primera de ellas, procedente de Polonia, recoge en la web de las Clarisas lo siguiente: *“... conocí esta Comunidad en 2006(...) Dios, sirviéndose de medios humanos, me ha regalado una forma concreta de vida: la Fraternidad de*

Hermanas Clarisas que viven dentro de la clausura en pobreza, obediencia y castidad, aquí en Badajoz(...) La llamada de Dios es irrevocable y aunque en mi vida religiosa hay también un tiempo de ruptura, de vuelta a la vida anterior, he podido comprobar que Dios mantiene sus promesas(...) en el año 2017 regresé nuevamente al Monasterio y comencé de nuevo el postulantado. Y sólo Él es quien me hace verdaderamente ser feliz(...) Poder experimentar ese amor a través de las personas que me ha regalado como hermanas de esta familia franciscana es un gran don que quiero agradecerle”.

Viviana Gómez Estrada, procedente de Colombia, entró en nuestro Real Monasterio dos veces, la última, para quedarse. Nos hacemos eco de sus palabras a través de la web de las clarisas, *“Doy gracias a las hermanas que abrieron de nuevo las puertas de esta Santa Casa para recibirme nuevamente(...), esperaron pacientemente y en oración a que me dejara abandonar en los brazos del Señor”.*

Una pregunta nos hace Sor Celina, ¿por qué pensáis que perseveran nuestras jóvenes? Después de entablar un fructífero diálogo, llegamos a una conclusión: Todas han visto, desde que llegaron a la Fraternidad de Santa Ana, a un grupo de mujeres que han dejado atrás su trabajo, comodidades, sus familias, para no tener más libertad que el amor de Dios (Lámina 14).



Lámina 14

2.3.2. Sor Celina, un regalo de Dios

Quedaría un poco cojo este capítulo sin la opinión que las hermanas del Real Monasterio tienen de Sor Celina, al igual que la de otras personas que han estado muy vinculadas a ella. Una de sus hermanas es **sor Bernarda Lorenzo Pérez**, quien ha convivido, desde 1969, es decir, durante más de 50 años, con nuestra protagonista.

Sor Bernarda llegó al Real Monasterio de Santa Ana procedente del convento de La Laguna. Por entonces sor Celina ejercía de madre abadesa. En palabras de sor Bernarda, *"He convivido con una madre y una hermana totalmente entregada a Dios y a la Comunidad, llevada siempre por su gran amor al arte y a la historia, virtud que Dios ha infundido en su alma, y que ha sabido poner al servicio de la Comunidad y de la Iglesia. Es una persona que se ha entregado con todas sus fuerzas a custodiar nuestro archivo y piezas de arte. Con grandes sacrificios fue dando forma al archivo y museo, fruto de muchas horas de trabajo. Todo esto había que combinarlo con la principal obligación de un alma contemplativa: la oración personal y la liturgia de las horas. Del rezo a media noche, del que nunca se dispensaba, a pesar del cansancio y de su poca salud, recobraba fuerzas para seguir adelante"*.

Trabajando a su lado y bajo su dirección, sor Bernarda se ha sentido dichosa de haber cooperado en la restauración de tallas, orfebrería, lienzos, retablo del templo, así como en las obras de albañilería del edificio. *"Aprendimos a usar la gubia, la paleta, a mezclar la pasta, siempre orientados por Sor Celina, quien se hacía entender y nosotros comprendíamos. Continuamente me preguntaba a mí misma, ¿de dónde saca fuerzas para tanto? La respuesta siempre me la daba ella: de la oración, del contacto diario con Dios, que me da fuerzas para seguir"*.

A través de estas líneas me gustaría decir que sor Celina ha sido para mí, y para toda la Comunidad, un don, un regalo del Señor.

Otra de las hermanas que ha querido colaborar en este libro ha sido **sor María Sagrario Daria Alemán** quien, proveniente del convento de San Cristóbal de La Laguna, en Santa Cruz de Tenerife, lleva 40 años en el Real Monasterio. Nos recuerda como, después de un pesado viaje, llegó al claustro donde la estaban esperando todas las hermanas, encabezadas por sor Celina, madre abadesa por aquel entonces. Aunque le costó adaptarse, pues los cambios no son sencillos, sor Celina, con su carácter contribuyó a favorecer su adaptación. Transcribimos literalmente las palabras que sor María del

Sagrario dedica a su hermana de Fraternidad:

“Si tengo que contar algo sobre sor Celina y su personalidad lo que más me gustaría destacar es su generosidad y dedicación. Siempre estaba pendiente de cada una de nosotras, ayudando en todo lo que le era posible. Sobra decir que ahora, con 90 años ya cumplidos, sigue igual.

Sobre su dedicación, me gustaría decir que nunca entendía un no como respuesta; pese a la falta de dinero de la Comunidad, sacó adelante las obras del torno, la encuadernación, las labores, lavandería, creación del Museo y del Archivo. Cuando un proyecto se le mete en la cabeza, es difícil pararla hasta que lo consigue. De mí supo sacar lo mejor; me encantaba bordar; muchas de las túnicas que llevan ahora algunas de las imágenes de vestir llevan el sello de mis manos, caso de la Virgen de la Aurora, situada en el coro alto.

Doy gracias a Dios por la capacidad que ha dado a sor Celina para llevar a cabo cualquier iniciativa y su espíritu de trabajo, siempre pensando en lo mejor para la Comunidad.

Somos una fraternidad unida, que ha ido creciendo a la vez que lo hacen los nuevos tiempos y buena parte de todo esto, sin duda, se lo debemos a mi querida hermana, amiga y compañera de pabellón, sor Celina”.

A continuación recogemos el testimonio de otras personas, amigas y amigos de sor Celina quienes no han querido dejar pasar este momento para mostrar su consideración y respeto hacia ella.

Fr. Guillermo Cerrato Chamizo O.F.M., hermano Guardián de Santa María de Guadalupe, quien, una vez conoció a sor Celina, pudo reafirmarse en su idea de que la vocación y misión es gracia y hay que vivirla como un don. Como bien dice, el Señor nos da hermanos y hermanas que sirven a la causa de Cristo y a su Evangelio. Seguidamente recogemos sus palabras.

Transcurre el año 1972, quien esto escribe vive luna de miel en su ministerio sacerdotal. Cuenta con la ilusión y las ganas de transformar el mundo y servir a la causa de Cristo y su Evangelio. Tiene mucho que ver el clima de obligado cambio y conversión evangélica al que condujo a toda la Iglesia el postconcilio.

Realmente el Vaticano II supuso una sacudida del Espíritu para toda la Iglesia. En esos años la familia franciscana vivió genuino proceso de transformación

y sinceros propósitos de “aggiornamento”. Tengo que reconocer que nuestras hermanas Clarisas trabajaron mucho y bien, y lo hicieron con tanto corazón e ilusión como para no escatimar esfuerzos y exigencias, y terminar contagiándonos en su empeño.

Es en esos benditos años, lustros de la década prodigiosa para la Vida Consagrada, cuando el Señor, “dador de todo bien”, me concede la gracia de saber y experimentar que tengo no sólo hermanos, sino también hermanas y entre ellos y ellas, algunos con tal grandeza de corazón, que han resultado para mí, don y regalos del Padre.

Sor Celina por aquel entonces, con bastante más años de vida religioso-franciscana que el que esto escribe y con la sabiduría experimental que le ha concedido el libro impagable de la vida, tomaba notas y apuntes, interpelaba, escuchaba y moderaba mis osadías y atrevimientos. Cumplimentaba en intercambio de apreciaciones y pareceres el mutuo, fraterno y enriquecedor diálogo comunitario. Yo creo que desde aquellos años setenta nos apreciamos, nos profesamos amor fraterno y no nos olvidamos, pues nos hemos ayudados a ser intento serio de Dama Pobre de Santa Clara y Hermano Menor de S. Francisco.

Me atrevo a compartiros, de partida, unos pensamientos de personal apreciación. Junto a hermanas como Sor Celina, yo aprendí:

Que nuestra vocación y misión es gracia y hay que vivirla como don.

Cada día estrenamos vida y tarea, vocación y misión hasta que Aquel que nos eligió por amor nos llame y nos encuentre sin pagar tributo al sueño y a la ociosidad.

Que lo más nuestro es hacer lectura esperanzada de la realidad.

Hay que estar convencidos de que el empobrecimiento personal que sufren nuestras comunidades, si se vive desde el Evangelio, conduce a romper con los esquemas de la autosuficiencia y abre a confiar más en Dios y en los otros: familia franciscana, laicos de nuestras comunidades eclesiales... Nos toca hacer lectura creyente del presente y dedicarse a vivirlo con gozo, pues una vocación franciscana vivida con alegría contagia y potencia siempre la mejor pastoral vocacional.

Que hay que potenciar aquello que nos sustantiva

En nuestra vocación y vida franciscana lo más sustantivo es vivir desde Él, por Él, en Él y para Él y su Evangelio. Esto, que a mi juicio es fundamental, se encuentra perfectamente recogido en nuestra CC.GG., EE.GG. y EE. PP. Me sigue pareciendo capital que recuperemos la historia personal y secreta de seducción, la experiencia básica y fundante de nuestra fe y vocación, que reencontremos aquel primer amor que nos impulsó a abrazar esta vida.

La fraternidad nos ha de ser don y tarea, familia en la que empeñarnos por crear espacios y tiempo para el diálogo común y desde ese diálogo común seremos capaces de discernir, analizar, confrontar, aclarar, corresponsabilizarnos...

Impulsad máxima valoración de la minoridad y pobreza, dejándose aleccionar personal y comunitariamente por la experiencia de fe y el encuentro de tú a tú con Dios para continuar descubriéndolo como Único y Sumo Bien, y al Cristo anonadado como el verdadero modelo de identidad en nuestro caminar, en medio de un mundo que vive con angustia la quiebra de la sociedad y cultura del bienestar y la abundancia y requiere testimonios de un modo de vida sencillo, austero y solidario.

Habrà que apasionarse por vivir y testimoniar el Evangelio en medio de un mundo, aldea global, en la que percibo dos grandes retos: el del sentido de la vida y el de la construcción de una sociedad más justa y solidaria.

La formación y conversión permanente deberá conducirnos a valorar cada vez más nuestra debilidad, pobreza, (capacidad agraciada) para intentar con seriedad y desde la confianza en Dios: Fidelidad al Evangelio; fidelidad al carisma propio; fidelidad a la Iglesia y fidelidad a los tiempos.

Sor Celina, mujer de corazón ganado por el Dios Altísimo y Santo, pero también el Dios humanado, vive y continuará los días que Él le conceda de vida, dejándose por amar el Amor y restituyéndole cuánto de amor y bien pueda entregar a sus hermanas y hermanos.

Paola Cortés Caballero fue becada por la Fundación CB, en 2018, para llevar a cabo la catalogación del archivo del Real Monasterio, a la vez que

la de las piezas de arte que alberga su museo. Entre sor Celina y ella se ha producido una conjunción perfecta. Pero dejemos que sea el testimonio de Paola el que nos permita una visión más completa de nuestra biografiada y de la clausura.

“Dos de enero de 2018. Me encuentro a las puertas del Real Monasterio de Santa Ana para comenzar la labor de catalogación de su Archivo. En mi cabeza un sinfín de ideas preconcebidas sobre monjas, conventos, clausura y vocaciones. Cualquier día después en mi mente, sor Celina.

Porque así es ella, te llena, te atrae y te absorbe, de esos “personajes singulares” que uno no conoce todos los días. Es pura energía, naturalidad, tozudez y alegría.

Desde el 2018 formo parte del Programa de Becas para Empresas Extremeñas que la Fundación CB ha puesto en marcha, resultado del compromiso cultural que tiene como institución sensible ante los problemas que aquejan a nuestra Región.

Gracias a este trabajo tuve el placer de conocer la clausura de “puertas para adentro” y a la Comunidad. Desde el primer momento, las Hermanas me acogieron y me permitieron acercarme al rico patrimonio que con tanto celo han sabido conservar entre sus muros. Trabajo que empezó con la labor de sor Celina, cambiando una simple celda en lo que es ahora el Archivo, a la vez que un triste desván en Museo.

Nunca me he considerado una mujer de fe. Creyente, sí; algo religiosa, puede ser, aunque solo en fiestas señaladas. Por eso cuando empecé este camino en el convento no estaba muy convencida de que saldría de ello.

En mi andadura he aprendido curiosidades sobre, arte, historia, hábitos y costumbres que desconocía, normas que se escapaban a mi entendimiento, pero sobre todo he aprendido bondad, humildad, humor, compasión, generosidad y un profundo amor. Y todo eso ha venido de la mano de sor Celina. Me sorprendí a mí misma con mis nuevos sentimientos. Descubrí una mujer cuya forma de ser, su personalidad y sus virtudes son necesarias que demos a conocer a nuestro mundo. Creo que hemos conseguido plasmar una mínima parte de lo que ella es.

Cada mañana, sentada a mi lado, hemos charlado sobre su vida, sus amistades, que no son pocas, su labor en la Comunidad y como no, sobre Arte. Una vez que ingresó en clausura, lo que más le costó fue dejar los pinceles, incluso más que a su propia familia.

Si una palabra pudiera definir a sor Celina sería valentía. Hoy, con 27 años, sigo buscando quién soy y qué quiero hacer con mi vida. Sor Celina, con 22, se aferraba ya a su sueño, a su vocación, sabía perfectamente el lugar que quería ocupar en el mundo. Un mundo tan hermético y cerrado, donde no eran bien recibidos los cambios. No parecía un lugar propicio para expresar su talento, pero aun así consiguió entrar sus pinceles, dándole un nuevo color al Convento, en el sentido literal de la palabra, y a la Comunidad.

Ha llenado cada rincón de arte, ha pintado cuadros, escrito libros, restaurado esculturas, se ha subido a los andamios, ha mandado sobre arquitectos y albañiles, pero sobre todo, ha creado una conjunción perfecta entre su vida como religiosa y su vida como artista. El feminismo también puede vestirse de hábito.

En el tercer tomo del Real Monasterio de Santa Ana, el autor del Prólogo, Pece-llín Lancharro, se refiere a Sor Celina con estas palabras “desde su arquitectura aparentemente frágil, mínima, nerviosa, una Edith Piaf gregoriana tras las sólidas rejas del locutorio” y no podríamos estar más de acuerdo con ellas”.

Gran amigo de sor Celina es **Manuel Pecellín Lancharro**, a quien pedimos escribiese algunas líneas sobre esta Hermana, con mayúsculas, a la que tanto admira y que, a continuación, reproducimos.

“La llamada de Paola Cortés, historiadora del arte, me sorprendió por los arenales de Conil ocupado en el estudio sobre otra extremeña admirable, Jacinta Landa (Badajoz,1894-México, 1993), mientras escuchaba las canciones infantiles que esta recia mujer grabó durante el exilio y se recogen ahora en un CD dentro del volumen O legado sonoro de Jacinta Landa Vaz. Galiza, Portugal e Extremadura, patrocinado por la Diputación de A Coruña, en 2017.

Paola me pedía unas breves palabras para el libro homenaje a sor Celina, recordándome el prólogo que puse al tercer tomo de la Historia del R. Monasterio de

Santa Ana, donde la culta monja ofrece tantas muestras de sabiduría, entusiasmo, amor a su Casa y a la ciudad de Badajoz. Reitero aquí, incluso incrementados, los elogios que en aquel preliminar dedicase a la autora.

Se me ocurre que se pueden establecer no pocos paralelismos entre estas dos damas, tan diferentes por otra parte. Sor Celina ha declarado alguna vez que tiene por amigos a cuantos sientan profundamente Extremadura. Ese mismo afecto por la tierra patria lo mantenía también, ya casi nonagenaria, D^a Jacinta, quien desde México escribía a Bernardo V. Carande: "A mis 88 años sigo recordando cada noche mi querida plaza de San Andrés, mis amigos, nuestros juegos, saltar a la comba, cantar al corro, etc. Y en el cortijo de Cabezarrubias, donde pasábamos grandes temporadas, aprendí a bailar el fandango con los pastores, a buscar criadillas con Doroteo (hijo mayor de los caseros que era de mi edad) y el que me daba por las mañanas tempranas unos golpecitos en la ventana de mi cuarto para que me levantara y nos íbamos en burro a la majada a buscar la leche y al regreso al cortijo ya estaban hechas las migas y desayunábamos. Por las noches, alrededor de la lumbre, la guardesa (María Medrano), madre de Doroteo, nos contaba preciosos cuentos. En fin, por todos mis queridos recuerdos me siento muy extremeña"⁽³¹⁾.

Estoy seguro de que sor Celina, aunque desde parámetros espirituales bien distintos a los de la pedagoga formada en la Institución Libre de Enseñanza, se reconoce también en estos párrafos. Espíritu radicalmente laico, Jacinta Landa; consagrada a Dios por sus votos, sor Celina, una y otra de fidelidad absoluta a sus propios principios, adornadas las dos con un admirable sentido del humor, lúcidas y longevas ambas, se erigen para mí en modelos de conducta. Como pudo serlo aquella D^a Leonor Lasso de la Vega y Figueroa, fundadora del convento (1518) y su abadesa durante casi medio siglo.

Ojalá el claustro mudéjar de Santa Ana, que por varias razones me recuerda su homólogo de Guadalupe, cuyos pasillos recorrí muchas tardes escuchando a fray Sebastián García, también buen amigo y admirador de sor Celina, continúe acogiendo muchos más años, junto a las pinturas de Mures, la recia personalidad, cálida, amable, tierna, cariñosa, entusiasta e intrépida de sor Celina de la Presentación Sosa Monsalve. Que el Cristo de la Salud, tallado por fr. Miguel Galea (s. XVIII), y la "Morenita antigua", la virgen negra allí conservada, con-

tinúen sonriéndole. Todavía quedan en el Monasterio, con su formidable patrimonio documental y artístico, muchas tareas pendientes”.

Carmen Araya, una de las muchas amigas con las que cuenta sor Celina, nos invita a conocerla a través de las siguientes palabras, que leyó en la presentación del III Tomo de la Historia del Real Monasterio de Santa Ana.

Buenas tardes, nos convoca Sor Celina en esta Iglesia del Convento de Santa Ana, acogidos por su madre Abadesa y por la comunidad de Hermanas Pobres de Santa Clara. Señor Presidente, Autoridades, Miembros de la Fundación Caja Badajoz, Miembros de la Sociedad Económica Amigos del País de Badajoz, amigas y amigos: El escudo franciscano de su portada nos abraza e invita a conocer.

A través de sus 265 páginas, con más de 30 ilustraciones, bellamente diseñado y maquetado por Germán Grau Lobato y por la Imprenta Efezeta Artes Gráficas, bajo la dirección de Pedro Felipe, y con el patrocinio y la generosidad de Fundación Caja Badajoz y la Económica de Badajoz, tenemos el enorme honor de presentar hoy este tercer Tomo, que se abre con un cariñoso prólogo de Manuel Pecellín, amigo y ferviente seguidor de esta Edith Piaf gregoriana como él la define. En sus 16 capítulos nos ayuda a descubrir estos 500 años que todos queremos conmemorar.

En la introducción, nos sitúa un 15 de abril del año 1951, cuando llega al Cenobio de Santa Ana y desde ese momento un deseo insaciable por conocer la historia de este lugar y poder darlo a conocer. Su humildad franciscana le impedía dar y sacar a la luz toda esta historia. Ahora sus deseos, se ven reforzados por su afán incansable, sobre los documentos que guarda su Archivo y que ella va conociendo, día tras día. En uno de los documentos del año 1750, se certifica que se deben abrir y archivar los Libros de Tomas de Hábito, Profesiones, Capítulos para elegir Abadesas, donde figuran los nombre, biografías etc.

Este será el punto de partida para iniciar el vaciado de todas aquellas hermanas que la habían precedido en este lugar cerrado, donde la peste de 1507 casi hizo desaparecer a la Comunidad del único Convento de Clarisas de Badajoz. En este tercer Tomo, la autora nos llevará a la conmemoración de sus 500 años de existencia que se cumplirán en el año 2018.

Será un viaje apasionante por este reducto de paz y oración, que ellas han sabido preservar, con mujeres fuertes, valerosas y con unos deseos de salvaguardar los votos que les fueron encomendados. Ella nos conducirá en este recorrido de 500 años, permanentemente refrendado por sus documentos y archivos, que han sido sus mejores armas, para consolidar su verdadera historia. Mucha historiografía será desmontada, ante su búsqueda documental de las fundaciones que pudo haber en la ciudad con anterioridad al de Santa Ana. En esa difícil tarea de rastrear los libros de elecciones de abadesas, novicias, fallecimientos que se conservan desde 1648, 1649, y 1679.

Finaliza su crónica con un cariñoso apartado de gratitud, donde la autora se define como humana, ciudadana, cristiana, religiosa y familiar. Esa es sin duda la peculiaridad de su personalidad. Como nos describe Manuel Pecellín en el cariñoso prólogo del libro.

Gracias Sor Celina por su trabajo y por esta Crónica para la posteridad. Con este III Tomo, la historiografía de Badajoz se consolida un poco más al traspasar los muros de este bello lugar de 1508. Larga vida a este lugar que ya cumple 500 años. Es siempre un placer gozar de su amistad.

Fernando Rubio García, quien durante más de tres décadas ha mantenido un contacto continuo con Sor Celina, también quiere plasmar en estas líneas el aprecio que siente hacia ella.

“No solo el afecto, el respeto y la admiración por la fuerza de voluntad, el entusiasmo y el ansia insaciable de conocer de sor Celina han inspirado durante más de tres décadas nuestra amistad. En ella ha estado siempre presente también el aprecio y la sensibilidad que ambos compartimos y profesamos al patrimonio artístico y documental desde nuestros respectivos ámbitos vitales y profesionales. Fue en el ya lejano año 1986 cuando, tras ver la luz la primera edición de la Guía artística de la ciudad de Badajoz, conocí a sor Celina, esa pequeña-gran mujer que como abadesa rigió durante varios lustros los destinos del Real Convento de Santa Ana. Ya por entonces, tanto ella como yo y nuestra común amiga Carmen Araya, fuimos conscientes del extraordinario valor patrimonial conservado entre sus muros procedente no solo de lo atesorado con tanto mimo durante casi cinco siglos por las monjas Clarisas, también por aquellos bienes

muebles aportados por los distintos conventos y comunidades de la ciudad y de la provincia que desde la exclaustación del siglo XIX fueron acogidos en su clausura. Desde entonces sor Celina nos abrió las puertas de “su casa” guiada por su generosidad y su deseo de dar a conocer, y que fueran reconocidos, por la ciudad de Badajoz y sus propias hermanas el rico patrimonio custodiado y los relevantes hechos históricos vividos por la comunidad.

Por tanto fue en 1986 cuando, en las sucesivas visitas en las que estuve siempre acompañado por Carmen Araya, iniciamos la labor de inventario del patrimonio conventual que, aunque no ha visto la luz, nos sirvió para transmitir por medio de distintos estudios y publicaciones aspectos históricos y artísticos del mismo. A esta labor, por amor a la comunidad Clarisa y a la ciudad de Badajoz, también se ha dedicado con ahínco durante varias décadas sor Celina de manera incansable, y cuyos frutos como cronista de la intrahistoria conventual son reconocidos por todos.

Tales estudios nos sirvieron de base para incoar ante la Junta de Extremadura la declaración como BIC del convento. Su consecución ha tenido una enorme relevancia y trascendencia para su futuro, pues ha coadyuvado a que se acometieran importantes obras de restauración del edificio y a que su legado fuera divulgado y conocido por la ciudad a la que desde entonces se le ha abierto las puertas por medio de visitas guiadas. Paralelamente, gracias al trabajo y sensibilidad de sor Celina, hoy podemos disfrutar en la ciudad de un singular museo conventual.

Pero nada de estos felices acontecimientos hubiera sido posible sin haber bebido de las fuentes documentales. Y para ello el Real Monasterio de Santa Ana de Badajoz cuenta con un valioso y cuidado archivo organizado por sor Celina, al que no hace mucho tiempo vino a sumarse, mediante copias digitalizadas, 12.780 imágenes facilitadas por el Archivo Provincial de distintos documentos relativos a constituciones, elecciones, disposiciones, privilegios, adquisición y gestión de bienes y libros de cuentas del convento y otros, de fechas comprendidas entre el siglo XVI y el XIX. Tales documentos, escrutados con paciencia y dedicación durante largos años por sor Celina, son la base argumental y científica que sustentan los estudios aparecidos en los sucesivos tomos que sobre la Historia del mismo ha publicado, y en cuyo empeño la animamos a continuar”.

Otro gran admirador de sor Celina es **Álvaro Meléndez Toledo**, Bibliotecario de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, quien la conoció a mediados de los años ochenta del siglo pasado, destacando de ella su actividad inmensa y su deseo de dar a conocer la historia del Real Monasterio. Dejemos que sean las palabras de Álvaro las que muestren su agradecimiento profundo.

“Sirvan estas cortas letras para mostrar, de modo público, mi agradecimiento a una persona, ya personaje de la historia de Badajoz, como es sor Celina de la Presentación.

Hace ya muchos años me acerqué al convento de Santa Ana, eran mediados de los ochenta y ya por aquellos entonces la abadesa, sor Celina, comenzaba a desplegar una actividad señalada en lo referente al patrimonio artístico y documental del Monasterio.

Por aquellos años, la profesora Cristina Esteras había publicado un artículo, en la añorada revista Alminar, sobre las campanitas flamencas de Van der Eyden, mientras que don Francisco Tejada y don Carmelo Solís trabajaban en la catalogación de la orfebrería de Santa Ana.

De la mano de don Augusto Rebollo conocí a sor Celina quien siempre recibía amablemente a los visitantes, a pesar de la actividad intensa que desarrollaba y en la que implicaba a su Comunidad.

Años de cambio y despertar de una conciencia patrimonial, de catalogación, de limpieza y restauración, que sirvió para la declaración BIC del edificio monacal y las obras de restauración iniciadas.

Supe que trabajaban en la catalogación del patrimonio de Santa Ana, doña Carmen Araya y don Fernando Rubio, quienes sacarían a la luz, entre otros muchos trabajos, aquella magnífica Guía Artística de la ciudad de Badajoz, que conocería un par de ediciones más en los años siguientes y que, aún ahora, sigue siendo una referencia indispensable en el estudio de nuestra ciudad.

Yo andaba tras las huellas de uno de los Fonseca, aquellos señores de la Lapilla, los que hospedaron al gran rey Felipe II cuando vino a Badajoz para culminar

el Imperio en el que no se ponía el sol. Sólo encontré en el presbiterio las lápidas de Cristóbal de Fonseca y su esposa, Beatriz Manuel, únicos testimonios que perduran de aquella importante familia protectora de Santa Ana, movidas, sin duda, desde su ubicación original... no llegué muy lejos, más por mis carencias que por la inestimable ayuda de sor Celina. Menos mal que luego ella nos ofreció muchos datos en los libros y artículos que ha ido publicando, en los que se puede apreciar la cantidad de historia e "historias" que atesora la casa de Santa Ana. Muchas gracias, madre Celina, si me permite la expresión cariñosa y agradecida; quiera Dios que su trabajo, el impulso y ánimo que imprime a toda su labor, sea recogido y continuado por la Comunidad de sus hermanas; que los responsables del Real Monasterio de Santa Ana, clarisas franciscanas, sean adecuadamente conservados y estudiados, para que podamos agradecer, más aun si cabe, a su Comunidad, el haberlos conservados para deleite y enseñanza de las generaciones venideras.

Y, sobre todo, muchas gracias por haberme recibido, siempre con su sonrisa y amabilidad. Por hacerme sentir parte en el estudio de su Comunidad, aunque poco o nada tenga que aportar y sí mucho que aprender. Por tantas horas de conversación y consulta en torno a libros, papeles, documentos, testimonios de la vida cotidiana, de rezos y trabajos, de grandezas y miserias.

Siempre a su disposición".

2.4. El encuentro final con Dios

Nos comenta sor Celina que cuando una de sus hermanas de Fraternidad muere, se escribe al párroco al que pertenece nuestro Monasterio, pidiéndole un certificado de defunción, para ello se le da su nombre, apellidos y lugar de nacimiento. Al mismo tiempo se le incluye el nombre que adoptó al incorporarse al Real Monasterio.

La madre abadesa, junto con el párroco, se ponen de acuerdo para decirle la última misa, que se realiza en el coro bajo del Monasterio, siendo acompañada por todas las hermanas. Como viene siendo, desde tiempo inmemorial, el cuerpo se sepulta en una de las criptas que existen debajo del coro, ocupando, como todas, uno de los nichos vacíos. Siempre cerca

de nuestra Madre, la Virgen de las Virtudes y el Buen Suceso, que nos sirve de protección. Hacia Ella se dirigen nuestras miradas, al igual que nuestras oraciones, a fin de que la acoja junto a su seno y desde allí vele por todas las que aquí quedamos.

Bien es cierto que el fallecimiento de una hermana nos llena de tristeza, pero también nos alegra saber lo fructuosa que ha sido su vida, de servicio y oración.

Nos cuenta sor Celina que, antes de pensar como religiosa, tiene que hacerlo como seglar, como miembro de una familia de la que forma parte. *"En esta Comunidad nos encontramos muy unidas y, como acontece en cualquier otra familia, sufrimos por las pérdidas. En cambio, si pensamos como Religiosas, como hermanas de clausura, parece que duele aún más puesto que, a lo largo de toda nuestra vida, vivimos íntimamente unidas durante las veinticuatro horas del día, a lo largo de muchos años.*

La muerte nos permite descubrir que Dios es el TODO y nosotros, nada".

CAPÍTULO III.

SOR CELINA, GUARDIANA DE LA HISTORIA DEL REAL MONASTERIO DE SANTA ANA. SU VINCULACIÓN CON EL ARTE.

3.1. Historia del Real Monasterio de Santa Ana

Como bien dice sor Celina en la Introducción de su obra *Historia del Real Monasterio de Santa Ana de Badajoz(1518-2018)*, Tomo III, " desde el primer día de mi llegada a este bendito Cenobio de Santa Ana, el 15 de abril de 1951, comenzó a surgir en mí un deseo insaciable de conocer la Historia que encierran estos muros tan herméticamente guardada y no conocida"⁽³²⁾.



Lámina 15

En el archivo del Monasterio halló lo que buscaba, convirtiéndose en su guardiana, al igual que de otros bienes(Lámina 15). Desde entonces los custodia con inmenso cariño, como una madre cuida a sus hijos. Como ella misma ha llegado a comentar en una de las muchas entrevistas que le hemos realizado:

- *"Nos conocemos mutuamente"*.

Fruto de sus investigaciones, a día de hoy, han visto la luz tres tomos, hallándose en proceso un cuarto (Lámina 16).



Lámina 16

El Convento de Santa Ana debe su origen a Leonor Lasso de Vega y Figueroa, quien toma el hábito en el Monasterio de Nuestra Señora del Valle(Santa Clara), de la ciudad de Zafra. Sale del convento el 20 de febrero de 1506, en compañía de su tía, Doña Mencia de Figueroa, para fundar un nuevo cenobio de Santa Clara en Fregenal de la Sierra. Aquí permanecería hasta 1517, cuando se extingue el de Santa Clara, en Badajoz⁽³³⁾. Su deseo de que la Orden perviviese, le trae de nuevo a la capital pacense, en compañía de dos hermanas, para fundar, en 1518, el convento de Santa Ana, base del Real Monasterio, acogido a la regla de Santa Clara. Aquí estuvo como abadesa durante 40 años.

Leonor falleció el 17 de abril de 1558.

La fundadora siguió la Regla Religiosa escrita de puño y letra por Santa Clara de Asís, sin duda redactada bajo la inspiración del Espíritu Santo, siendo aprobada por el Papa Inocencio IV, el 9 de agosto de 1253.

“Al igual que nuestra Santa Regla, nosotras acatamos unas Constituciones que son aprobadas también por la Santa Sede. En ellas se establece la forma de elegir abadesa y las hermanas que le han de ayudar en el Gobierno durante un trienio. También se recoge cómo deben ser los trabajos y el vivir de cada día”.

El once de junio de 1771 el rey Carlos III firma una Cédula por la que otorgó el título de Real al Monasterio. Diecisiete días más tarde se organizó un acto institucional con motivo de la colocación del escudo de las armas reales en la puerta de entrada.

A lo largo de los siglos XIX y XX, por avatares de la historia, algunas comunidades religiosas se fueron uniendo al convento de Santa Ana de Badajoz. Así, el 31 de julio de 1857, se agregó la comunidad de Santa Catalina mártir, de la Orden de San Agustín, por la desamortización de Mendizábal; en esta misma fecha, corrieron idéntica suerte el de Santa Lucía, de Terciarias Regulares Franciscanas, y el de la Madre de Dios de Valverde de Leganés, de Terciarias Franciscanas. Todas estas religiosas profesaron la Regla de Hermanas Pobres de Santa Clara y, desde entonces, estas Comunidades quedaron convertidas en una fraternidad: la de Santa Ana. En 1974 se agregan las hermanas del Monasterio de Nuestra Señora de los Dolores, de la villa de La Parra y, en 2007, las hermanas del Monasterio de Nuestra Señora de Gracia de Jerez de los Caballeros. De todos estos traslados llaman la atención las

siguientes palabras de sor Celina " ... cuando una Comunidad, por causas justas, después de mucho pensarlo, decide trasladarse a otro Monasterio, lo primero que va por delante son los restos de sus hermanas difuntas, ya que en vida y en muerte, todas estamos unidas. Al mismo tiempo, cuando se hace un traslado, se traen todas sus pertenencias"⁽³⁴⁾. En 1933, debido a una deuda contraída con el Ayuntamiento de Badajoz, hubo que vender 750 m² del edificio, con el fin de cancelarla, además de colocar cañerías y bajantes en el resto del edificio⁽³⁵⁾.

En 1936 se inicia la Guerra Civil. Sor Celina, que entonces contaba con 8 años de edad, una vez ingresó en el Monasterio, recogió el testimonio de lo vivido por sus hermanas en esas fechas." *Sobre las 7,00 horas de la mañana del 2 de agosto de 1936, cuando la Comunidad estaba reunida en el coro bajo, orando y preparándose para asistir a la celebración de la Eucaristía, llegó un grupo de milicianos a la iglesia conventual con la orden de desalojar las instalaciones, a la vez que solicitaban a las religiosas que se quitasen sus hábitos y los sustituyesen por el vestido seglar. Previendo lo que podía pasar, las hermanas habían recogido documentos, cálices, copones..., en un cajón para sacarlos en el momento oportuno. En el momento de la salida, sólo pudieron llevarse consigo la imagen de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso. ¿Cómo lo hicieron? La introdujeron en un cesto de mimbre y la camuflaron entre verduras y ropas. La madre abadesa entregó las llaves del monasterio que fueron depositadas en el Ayuntamiento. La Comunidad se repartió por casas de bienhechores y familiares. Diecinueve días más tarde, el 21 de agosto, un total de 11 hermanas regresaron al convento"*⁽³⁶⁾. Al llegar, pudieron observar como todo estaba revuelto; varias imágenes del Niño Jesús tiradas por el suelo, mutiladas, al igual que crucifijos; otras, caso de la talla de San Buenaventura, ajadas a golpe de machete.

Por boca de sus hermanas, sor Celina se hizo eco del sufrimiento de muchas familias, del odio ciego que ocasionó el conflicto bélico. En el Monasterio se pasaron muchas vicisitudes, pero todas se solventaron con fe.

El 15 de abril de 1951, nuestra biografiada entró a formar parte de la Comunidad, desde entonces se encuentra ligada en cuerpo y alma a un proyecto ilusionante. Dos años más tarde, en 1953, pudo vivir el VII Centenario del Glorioso Tránsito de Santa Clara. " ... fue el primero que yo viví. ¡Cuánto disfruté en él! Aquí aprendí a querer con toda mi alma a esta bendita mujer"⁽³⁷⁾. El 12 de diciembre de dicho año se clausuraba este Centenario que tanto recuerda sor Celina y con el que, haciendo nuestras sus palabras " ... vibraron las Hermanas así como al pueblo de Badajoz". Curioso es el hecho

que nos refiere sor Celina "... pocos meses después de dicha clausura, nuestra Fraternidad llegó a 22 religiosas. El Señor nos bendecía".

El 10 de julio de 1958, el Papa Pío XII lanzaba un mensaje radiofónico desde el Vaticano para las religiosas españolas. Nos recuerda sor Celina que la Comunidad carecía de radio, así que decidió recurrir a Florencia Monsalve Gallardo, su madre, quien se la prestó. "Era la primera vez que entraba uno de estos aparatos en nuestra Clausura"⁽³⁸⁾. Nuestra biografiada trae a su memoria como toda la Comunidad se encontraba sentada en la sala de labor, alrededor de la radio escuchando los mensajes del Sumo Pontífice "...donde nos aleccionaba a saber y a amar lo que somos, también a vivir la vida contemplativa"⁽³⁹⁾.

Continuamos avanzando para adaptarnos a los tiempos y, en marzo de 1961, instalamos el teléfono. En este año, percibimos la necesidad de dejar de depender de nuestros bienhechores, había que buscar nuevas fuentes de financiación pues lavar la ropa para la catedral y otras parroquias era, económicamente, insuficiente.

En un curso de formación en nuestra Casa Federal, sito en el Monasterio de Santa María de Jesús, aprendí junto a dos hermanas, en los ratos de ocio que teníamos, a encuadernar libros. Convencimos a la hermana abadesa para adquirir la maquinaria esencial, para este fin, a la casa Roig. Rápidamente comenzaron a llover los encargos⁽⁴⁰⁾.

La confianza en la providencia de Dios nunca nos ha fallado.

3.2. El Real Monasterio de Santa Ana y su vinculación con el arte

"En los conventos de clarisas, la escultura desempeña un papel de primer orden, no sólo por su protagonismo como referente visual de la celebración litúrgica, sino también por ser vehículo de los programas iconográficos desplegados especialmente en los templos"⁽⁴¹⁾. En estos conventos se exalta a los santos vinculados a la orden de San Francisco (San Diego, San Buenaventura, Santa Isabel de Hungría...), destacando las figuras de San Francisco y Santa Clara. Con dichas imágenes se intentaba no solo una misión didáctica, sino también exaltar la piedad de los fieles y mantener la fe de la comunidad.

Actualmente se está llevando a cabo, gracias a una beca promovida por la Fundación CB, la catalogación del archivo y de los bienes que se pueden contemplar en el museo del Real Monasterio.

Sor Celina siempre ha sido una enamorada del arte. Recuerdo cuando entablábamos diálogo, en el archivo o en el museo del Real Monasterio, que siempre comentaba "... *el arte es una manera de llegar a Dios*". Y es que el Monasterio rebosa arte por sus cuatro costados, siendo ella, celosa guardiana de su archivo y de sus obras de arte. Desde su entrada en el Real Monasterio, como postulante, empezó a descubrir las pinturas del claustro y otras dependencias, las tallas, orfebrería... Nos recuerda cómo preguntaba continuamente a la Comunidad dónde se encontraba el archivo. Con el tiempo descubrió como los legajos se hallaban en baúles y armarios.

Sor Celina siempre quiso que se diese a conocer el patrimonio del Real Monasterio. Por tal motivo, en septiembre de 1981 facilitó la entrada de don Carmelo Solís Rodríguez, doña Cristina Estera Martín y don Francisco Tejada Vizuet para la elaboración de un catálogo de orfebrería, que debería formar parte de un amplio estudio que estaban realizando en la Baja Extremadura. Bien es cierto que gracias a este trabajo, en 1984, el obispo Monseñor Antonio Montero Moreno, con motivo de los actos que se estaban llevando a cabo para preparar el V Centenario del Descubrimiento de América, solicita, al cenobio, algunas piezas para la exposición que organiza el Secretariado Diocesano del Patrimonio Histórico Artístico, con el asesoramiento de doña Cristina Esteras Martín. Para tal fin, el Real Monasterio cedió una serie de piezas que llegaron desde Aeroquipa (Perú), el 22 de agosto de 1889, donadas por Fr. Francisco Bayón Campomanes.

La riqueza patrimonial del Monasterio motiva a don Salvador Andrés Ordax a realizar un estudio sobre lo que se atesora en él, con objeto de formar parte de su obra *Monumentos Artísticos de Extremadura*.

En 1986, se permite el acceso al archivo a doña Carmen Araya Iglesias y don Fernando Rubio García con el fin de llevar a cabo un trabajo de investigación que versa sobre el patrimonio artístico del Real Monasterio. Una labor que duró casi un año y en la que se pudo constatar la ausencia de gran parte de documentos, libros, cantorales... Lo que produjo enorme tristeza en nuestra biografiada. Aunque dicho trabajo no viese la luz, sirvió para dar vida a la ponencia *El Real Monasterio de Santa Ana, de Badajoz*, que tuvo lugar en el Real Monasterio de Guadalupe con motivo del Congreso Regional que se celebró del 28 al 31 de octubre del año mencionado.

El patrimonio inmueble que constituye el Real Monasterio motiva que el 5 de abril de 1988, la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Extre-

madura envíe resolución a favor de dicho edificio en el que se le comunica "... tener incoado expediente de Declaración como Bien de Interés Cultural con la categoría de Monumento"⁽⁴²⁾. Tres años después, el 19 de abril de 1991, se recibe comunicación oficial sobre la declaración como Bien de Interés Cultural, con categoría de Monumento. Este hecho ha tenido gran trascendencia para el futuro de edificio pues ha permitido que se acometieran importantes obras de restauración, a la vez que su legado fuera dado a conocer.

Sobresaliente es el patrimonio mueble, escultura, pintura, orfebrería..., que alberga el cenobio de Santa Ana. Este hecho motivó a sor Celina a seguir trabajando por la conservación "... de un pasado señero, del que nos consideramos, no las dueñas, sino las guardianas de tal. Tenemos conciencia clara de que el patrimonio no es exclusivo de un grupo sino que es patrimonio de todos"⁽⁴³⁾. Por tal motivo, el Real Monasterio colaboró con la Junta de Extremadura en la preparación del V Centenario del descubrimiento de América prestando una serie de obras.

El 17 de noviembre de 1991, mientras las hermanas celebraban el Novenario dedicado a Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso, encontrándose en plena oración, unas llamas cubrieron el retablo mayor donde se encontraban las imágenes de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso, Santa Ana, San Francisco y Santa Clara. La fe hace milagros y uno de ellos fue comprobar que el retablo quedó casi intacto. Pero como no hay mal que por bien no venga, las hermanas cerraron la iglesia, aunque no del todo, pues instalaron una capilla pública en el locutorio de San Francisco y, a finales de abril de 1992, se realiza un estudio de la situación del templo para las obras de restauración, además de reparar parte de los coros bajo y alto. La aportación económica de muchas personas de buena voluntad, de toda la geografía española, permitió que se llevasen a buen término. Gracias a ellas, se descubrió que el coro bajo tenía, en sus orígenes, dos arcos y no uno; que la entrada primitiva al púlpito era por la sacristía. Además, se recortó la mampostería de los retablos laterales, y las dos lápidas sepulcrales de los patriarcas de la Comunidad, que estaban en el suelo, se desplazaron, para su mayor conservación, a la pared del presbiterio⁽⁴⁴⁾.

El 29 de septiembre de 1992 daban comienzo las obras de restauración y consolidación de la bóveda y cubierta del templo, lucimiento de toda la fachada, restauración del mirador y campanario que son nuestros símbolos perennes. Para hacer frente a estos gastos, la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Extremadura les concedió una subvención⁽⁴⁵⁾.

Mientras los albañiles arreglaban la Iglesia, sor Celina decidió, un 13 de junio de 1992, en compañía de tres hermanas, sor María Bernarda Lorenzo Pérez, sor María Julia de San Francisco Romero Hernández y sor Isabel María de Santa Clara Rodríguez González, ponerse manos a la obra en la ardua tarea de restaurar toda la parte artística de la iglesia, empezando por el retablo mayor, con todas sus imágenes (Lámina 17). Eso sí, sin tocar la talla de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso.



Lámina 17

Nuestra biografiada había adquirido conocimientos de restauración gracias al impulso del obispo don José María Alcaraz y Alenda, quien la aconsejó, siendo madre abadesa, fuese al convento de clarisas de Cantalapiedra, en Salamanca, donde existía un museo y un taller de restauración. Aquí aprendí mucho de lo que pudimos aplicar a las restauraciones mencionadas, al igual que en el VI curso de Conservación y Restauración que se celebró en Trujillo, en 1979.

“Ahora lo veo claro, pero en aquellos momentos, no. Nos decidimos por la urgente necesidad que había de reparar retablos e imágenes. Tardamos dos años. Las cuatro nos levantábamos a las 4 de la madrugada y a las 4,30 horas nos poníamos a trabajar. No suspendíamos nuestros rezos. Tengo que decir que nuestra Comunidad nos dispensó de todos los trabajos que realizábamos. La prioridad era restaurar. Con gran entusiasmo, mis hermanas tallaban la madera, doraban con pan de oro... Servidora gozaba viendo la ilusión que mostraban”.



Lámina 18

Hoy día, sor Celina, cuando mira el retablo y las imágenes, no cree que fueran ellas quienes actuaron en la tarea de restauración, ¿cómo podían sostenerse en esos andamios? (Lámina 18).

Un hecho que las marcó y animó fue encontrar la talla de San Pedro, que había sido escondida por sus antecesoras hacía más de 300 años, para evitar el pillaje que se produjo durante la Guerra de Sucesión entre España y Portugal. La hallaron al restaurar el retablo colateral de la Inmaculada, ubicado junto al confesionario. Sólo le faltaba la mitad de las llaves que suele

portar dicha imagen. Lejos de amedentrarse, la limpiaron, la restauraron y esculpieron la mitad de las llaves que faltaban, "San Pedro nos miraba muy fijamente, propiamente nos parecía que con ello expresaba su agradecimiento por haberlo sacado de esa catacumba invisible en la que vivió encerrado y silencioso en contra de su voluntad durante tres siglos largos"⁽⁴⁶⁾.

Actualmente esta imagen se puede contemplar junto a la de San Pablo, debajo de las de San Francisco y Santa Clara. Aún hoy día sor Celina nos recuerda el enfado del arquitecto cuando vio donde se colocó dicha talla; por tal motivo se dirige a ella y le comenta:

- ¡Cómo se lleven ahora la talla que han puesto ahí tan placentera, Vd. será la culpable de todo ello!

Sor Celina, con mucha quietud y sonriendo, le respondió:

- Quien intente llevarse a San Pedro o a San Pablo, tendrá que cargar con todo el retablo, porque éste irá tras ellos.

Nuestra biografiada se llevará a la tumba un secreto bien guardado.

Un momento singular para toda la Comunidad fue la solemne reapertura de su iglesia, el 26 de octubre de 1993, después de haber estado dos años cerrada. Presidió la Eucaristía el obispo Monseñor Don Antonio Montero Moreno.

Dios nos seguía utilizando como sus instrumentos. Nosotras nos sentíamos felices por ello.

Y hablando de instrumentos, sor Celina no puede dejar de mencionar el ordenador e impresora que les regaló, don Mateo Blanco Cotano, confesor de las Hermanas del Real Monasterio, precisamente en 1994, cuando celebrábamos el VIII centenario del nacimiento de Santa Clara. *Bien es cierto que fue un regalo un poco envenenado, pues con él y con un pequeño empujoncito de don Mateo me puse manos a la obra para plasmar la Historia de nuestro Monasterio, dar a conocer nuestra vida contemplativa y, con ello, mostrar la felicidad de un alma que se siente atraída, cada vez más, por Dios.* Después de haber escrito tres tomos sobre la Historia del Real Monasterio de Santa Ana, mucha gente me pregunta:

¿Y ahora qué?

Mi respuesta siempre es la misma:

¡Lo que Dios quiera! Bien es cierto que mi cabeza está llena de grandes recuerdos. Es difícil no evocar algo que se asocie a cada pieza, pues cada una de ellas ha dejado, y sigue dejando, un hueco en mi corazón. El solo hecho de mirar un instrumento, una escultura, una pintura, un bordado... llena mi mente. La talla de San Francisco, situada en el coro alto, me trae a la memoria su llegada desde el Hospital Militar y lo difícil que nos resultó a las hermanas subirlo hasta el lugar que hoy ocupa; una Santa Clara me recuerda, con suma tristeza, el cierre de un convento; cada vez que miro el retablo mayor rememoro lo mucho que pasamos para restaurarlo, pero cómo consiguió unirnos a las hermanas. He pasado tantos años en el archivo y entre las piezas de arte que las puedo considerar parte de mi familia.

He de decir que continúo dando forma al IV tomo sobre la Historia de nuestro Real Monasterio.

CAPÍTULO IV.
SOBRE LA VIDA EN FRATERNIDAD.

4.1. La vida en clausura. El convento, la Orden, Constituciones...

Santa Clara fue la fundadora de las *Hermanas Clarisas Pobres*, a las que San Francisco cambió el nombre por el de *Hermanas Menores*. La Orden de Santa Clara fue fundada en 1212 y tuvo hasta cinco reglas en los primeros cincuenta años, terminándose de formar dos grandes observancias según la regla que siguieran: Clarisas, guardan la de Santa Clara; Urbanistas, acatan la otorgada por Urbano IV en 1263⁽⁴⁷⁾. Las principales diferencias esenciales estriban en que las Clarisas profesan tres votos solemnes, no permiten dote, muestran su obediencia al Papa a través de frailes menores, prohíbe tener propiedades y rentas; por su parte, la regla Urbanista introduce un 4º voto, el de clausura, impone dote, así como propiedades y rentas, la unión jurídica con un cardenal protector...

Es evidente que cada Orden tiene su Regla y Constituciones. La de Santa Clara, la primera escrita por una mujer y refrendada por la Iglesia, consta de 12 capítulos y sigue la Regla de San Francisco. Durante ocho siglos ha mantenido su esencia⁽⁴⁸⁾. En las Constituciones se explica la Regla, la naturaleza, la forma de la profesión y la finalidad de la Comunidad, adecuándola al Derecho Canónico. La Regla es inmutable. Las Constituciones se pueden revisar y adaptar a nuevas situaciones. Los cambios se someten a la aprobación de Roma.

En abril de 1940 el Sumo Pontífice, Pío XII aprobó las Constituciones Generales para todas las Clarisas de cualquier Regla, pertenezcan a la jurisdicción de obispos o franciscanos.

Mi familia, al igual que muchas personas se pueden plantear, me preguntaba ¿para qué sirve un monasterio de clausura? En un principio todos tenemos dudas, pero se van aclarando. En el convento "... *oramos y nos sacrificamos por todos los seres humanos, por todas las necesidades locales y universales de la Iglesia y de la sociedad, de quienes nos sabemos y sentimos miembros, compartiendo sus gozos y esperanzas, angustias y tristezas... De la oración pasamos al trabajo*"⁽⁴⁹⁾.

En mayor o menor medida la clausura implica el recogimiento; nos comprometemos a una vida de fraternidad en el monasterio y a sujetarnos a la obediencia de los superiores. En palabras de Santa Clara, "*Sean solícitas siempre de guardar unas con otras la unidad del amor recíproco, que es vínculo de perfección*"⁽⁵⁰⁾. Si hay alguna diferencia entre las hermanas, siguiendo los consejos de nuestra fundadora, buscamos la reconciliación antes de ir a presentar la ofrenda de la alabanza en el coro, para orar con un corazón puro.

La instrucción *Verbi Sposa*, de 1999, redactada por la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada del Vaticano, puntualiza lo siguiente, "Corresponde a la superiora del monasterio la custodia directa de la clausura, garantizar las condiciones concretas de la separación y promover, dentro del monasterio, el amor por el silencio, el recogimiento y la oración"⁽⁵¹⁾.

Si una hermana desea permanecer fuera del convento más tiempo del normal, deberá contar con permiso del obispo diocesano y, en caso de que la salida fuese por más de tres meses, excepto por motivos de salud, necesitará el visto bueno de la Santa Sede.

También se ha de pensar que una religiosa de vida contemplativa puede dejar de serlo cuando quiera, sólo debe acudir a la autoridad competente, según establece el derecho canónico, para ser dispensada de sus votos.

A día de hoy sólo puedo exclamar:

- ¡Qué hermosa es nuestra vida! Solo hay que comprenderla.

4.1.1. Razón de ser de un convento de clausura.

La formación y toma de votos.

Los monasterios dedicados a la vida contemplativa se componen de personas quienes defienden con firmeza su vocación. La Iglesia siempre ha insistido en la necesidad de mantener esta forma de vida, pues es una manera de buscar la santidad.

Al atravesar los muros de la clausura, todo cambia. Se trata de vivir con simplicidad, aprender a hacerlo en comunidad, saberse con un único corazón, una sola alma.

Clara estableció tres votos solemnes perpetuos: castidad, obediencia y pobreza.

Para sor Celina, no es fácil razonar la vocación de un alma para desarrollarla en un convento de clausura; entregarse al Señor es olvidarse totalmente de sí, pensar en los demás, sacrificarse sin interrupción por nuestro prójimo. Una comunidad contemplativa que no sienta compasión y ternura por las personas, siguiendo el ejemplo de Cristo, no evangelizará dentro de su forma de vivir contemplativa.

Nuestra biografiada rezuma gozo al comentar que Dios ama apasionadamente a cualquiera, la entiende, la acoge, la perdona, busca para ella un

futuro mejor; ante todo, desea su salvación. Y es entonces cuando se pregunta a sí misma, ¿qué hace la contemplativa? Para responder al instante:

- Saber imitar a Dios. Esta es nuestra verdadera vocación.

La vida contemplativa y la oración son pilares esenciales para una monja de clausura, quien ha renunciado al contacto externo, a las cosas, a tantos bienes que le oferta la sociedad, para dedicarse, en la soledad, a una vida intensa de oración. *"En la espera vigilante de la venida del Señor, la clausura se convierte así en una respuesta al amor absoluto de Dios por su criatura (...) Al don de Cristo-Esposo, que en la Cruz ofreció todo su cuerpo, la monja responde de igual modo con el don del cuerpo, ofreciéndose con Jesucristo al Padre y colaborando en la obra de la Redención"*⁽⁵²⁾.

Como bien nos comenta sor Celina, las monjas de clausura intentamos llevar a rajatabla el mandamiento que nos dio Jesucristo: *"Amarás al Señor tu Dios, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente"*⁽⁵³⁾. Este es el sentir pleno de nuestra vida. No se nos pide una presencia activa en la sociedad, sino orar por el pueblo de Dios. Además, entre nosotras, existe una comunión fraternal.

A continuación, sor Celina nos describe cómo se desarrolla y perfecciona la vocación dentro de la Clausura según los puntos establecidos por la Comunidad, sujetas a la Regla y bajo la atenta mirada de la madre abadesa. Todas tenemos que aceptar un horario. En el Monasterio reina el silencio, la paz. Todo ello se entiende desde la fe. Resulta normal que muchas personas no entiendan cómo se puede ayudar a los más desfavorecidos a través de la oración.

En virtud de la Regla y Constituciones, las monjas, novicias y postulantes han de vivir dentro de la clausura del monasterio.

La formación, de aquellas personas que son llamadas a la vida contemplativa, es, ante todo, formación en la fe, pues es la manera de descubrir la constante presencia de Cristo.

En los primeros años de aprendizaje se asigna una maestra a la novicia, quien le ayuda en la elección. Para ello, ésta debe sentirse llamada por Cristo y la Comunidad comprobarlo.

El postulante comienza mediante una solicitud explícita a la congregación, aceptando las exigencias de un periodo de contacto estrecho con la

Comunidad. Acaba cuando, pasado un año, la postulante manifiesta la libre decisión de iniciar su noviciado. La Comunidad, antes de ello, constatará la capacidad de ruptura con su estilo de vida anterior. Las obligaciones de la vida monacal tienen que ser conocidas, asimiladas y aceptadas por cada postulante en esta primera etapa. Además, *“El estudio de la Palabra de Dios, de la tradición de los Padres, de los documentos del Magisterio, de la liturgia, de la espiritualidad y de la teología, debe ser la base doctrinal de la formación, tratando de ofrecer los fundamentos del conocimiento del misterio de Dios que hay en la Revelación cristiana”*⁽⁵⁴⁾.

Durante el noviciado, que tiene una duración de, al menos, dos años, la maestra la ayudará a descubrir sus motivaciones, orientándola hacia una opción libre y responsable. La formación de la novicia abarca cuatro áreas: espiritual, psicológica, humana y afectiva. La novicia viste el santo hábito, cordón sin nudos y velo blanco. Actualmente contamos con tres novicias, una de Colombia, dos de Polonia.

Alcanzada esta formación, la neófito optará, con el beneplácito de toda la Comunidad, a profesar los votos simples, con una duración aproximada de tres años. Visten el santo hábito, cordón franciscano con sus nudos correspondientes aludiendo a la pobreza, obediencia, castidad y clausura. Posteriormente, los votos solemnes, de profesión perpetua, en los que se impone el anillo. Durante casi seis años se va adquiriendo una serie de actitudes, además de conocimientos, muy necesarios para la vida en el cenobio. En la actualidad se encuentran en este estadio dos profesas.

Uno de los días de nuestra entrevista, preguntamos a sor Celina si alguna vez había pensado dejar su Comunidad. La respuesta fue tajante, no. Bien es cierto que siempre hay momentos de crisis, pero lo resuelvo pensando en lo importante que ha sido para mí sentirme elegida, llamada por Dios.

4.2. ¿Cómo se elige a la madre abadesa y restos de cargos?

La madre abadesa es la madre de toda la Comunidad, encargada de emitir órdenes a sus hermanas de Fraternidad, quienes le deben santa obediencia, de acuerdo con la Regla y Estatutos de la Orden, así como hacer todo lo necesario para la correcta observancia de la Regla, la preservación de la paz y orden de la Comunidad que, al fin y al cabo, es su familia. Todo ello con el fin de favorecer el silencio, recogimiento y oración.

En la Regla de Santa Clara, de 1253, se lee: " ... y la elegida considere la carga sobre sí ha tomado, y a quien ha de dar cuenta de la grey que se ha encomendado. Esfuércese en presidir a las demás, antes con las virtudes y buenas costumbres que con el oficio, a fin de que las hermanas, movidas por su ejemplo, la obedezcan más por amor que por temor. No tenga amistades particulares, no sea que amando más a unas que a otras escandalice a todas. Consuele a las afligidas y sea el último refugio de las atribuladas"

En el proceso de elección, la madre abadesa saliente comunica al obispo la finalización de su Trienio y le solicita un presidente para presenciar y actuar en las nuevas elecciones de la Comunidad, con el fin de elegir abadesa, vicaria y discretas.

El obispado nos envía un sacerdote, quien presidirá la elección. La madre abadesa saliente designa a dos hermanas para que ayuden al presidente de la mesa. Sobre dicha mesa, la abadesa saliente deja el sello de la Comunidad y las llaves de la puerta reglar.

Antes de iniciar el acto, se invoca al Espíritu Santo. El presidente lee la lista de las hermanas con objeto de ver si están presentes. A continuación, cada una de ellas deposita su papeleta, con el nombre de la persona que desea para desempeñar el cargo que nos ocupa. Una vez han depositado su voto todas las hermanas, el presidente, junto a sus dos colaboradoras, leen en silencio, los tres a la vez, todas las papeletas y, posteriormente, el presidente, en voz alta las lee a la Comunidad. La hermana que consiga la mitad más uno de los votos, es la electa para el cargo. En acción de gracias se canta con toda solemnidad el *Te Deum*, mientras cada hermana se aproxima a la abadesa e, inclinándose, besa su mano en señal de obediencia.

Continúa el proceso para elegir las cuatro hermanas del Consejo, que son ayuda directa para la nueva abadesa. La Comunidad, de nuevo, escribe en papeletas el nombre de la hermana que, a su entender, debe ocupar el puesto de vicaria, mano derecha de la madre abadesa. El procedimiento es similar que el que se ha mencionado para elegir abadesa. En ausencia de ésta, la vicaria ocupa su lugar, quedando al frente de la Comunidad. Por último, se procede a la elección de tres hermanas discretas, que completarán el equipo de la nueva abadesa.

Estos cargos, de gran responsabilidad, son elegidos mediante votación secreta, utilizando una papeleta en la que hay que poner el nombre de la hermana que se desea ocupe ciertos cargos. Cada una deposita en la urna

su papeleta. La madre abadesa tiene una gran tarea, por tal motivo elige un grupo de hermanas sobre las que se apoya: secretaria, ecónoma, maestra y archivera.

Para los cuidados de la casa, comida, administración... juega un papel importante la ecónoma, quien da buen uso del dinero para las necesidades que van surgiendo.

La misión de la maestra, como ya se ha comentado, es la formación de las candidatas que entran en el noviciado, a las que va instruyendo con objeto de que sean unas verdaderas Clarisas.

La archivera, por su parte, es la responsable de todo lo concerniente al museo, biblioteca y archivo.

Para sor Celina es de vital importancia la buena organización que existe en el Monasterio, que se complementa con el cariño, hermandad y respeto que se procesan entre ellas.

4.3. Un día en el Real Monasterio de Santa Ana

Comienza el día para la Comunidad a las 5,30 de la mañana. Media hora más tarde nos reunimos en el coro para rezar. La madre abadesa expone el Santísimo con toda solemnidad. A continuación, la hermana, a quien le toca por semana, dirige el oficio divino, que se inicia con la siguiente invocación:

- ¡Señor, ábreme los labios!

En ese momento, se hace la señal de la cruz en su boca, momento que es aprovechado por el resto de la Comunidad para responder:

- Y mis labios proclamarán tu alabanza. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. ¡Amén! ¡Aleluya!

Seguidamente se canta un himno litúrgico, continuamos con tres salmos y dos lecturas que pertenecen a las Sagradas Escrituras, aunque a veces la segunda puede estar relacionada con la vida de algún santo. Si el rezo es

solamente ferial, se invoca el *Tedeum*, de lo contrario, éste es solemnizado. Posteriormente realizamos las peticiones que se nos indique en la liturgia, añadiendo las que creamos necesarias. Finalizamos el rezo con la oración que el culto nos señalice para ese día. Más tarde nos quedamos en meditación personal durante una hora. Para terminar, rezamos litúrgicamente tercia y, de lunes a viernes, asistimos a la Santa Misa.

Tras la eucaristía, desayunamos y la Comunidad se integra al trabajo que, al inicio de cada trienio, se haya asignado. Una labor que siempre se realiza con obediencia, servicio y gran unión. De hecho, cuando las hermanas encargadas de lavandería o de elaborar dulces necesitan ayuda, la piden y, fraternalmente, se las apoya.

Durante el desayuno, comida y cena, que siempre suelen tener un horario fijo, una de nuestras hermanas lee lo que se le asigne, extraído de algún libro o incluso de la prensa.

Sobre las 12,30 nos volvemos a juntar en el coro para rezar el Ángelus, la hora sexta y el rosario. A las 13,00, comemos. Se cuenta con un tiempo de descanso hasta las 15,00 horas.

Las tardes están dedicadas al estudio y a la reflexión. No obstante, si es necesario hacer algo, se realiza con toda naturalidad y si te pide alguna hermana ayuda, se le brinda, pues por encima de todo está la caridad fraterna.

A las 16,00 horas se reza nona y hasta las 17,00 horas hay tiempo de lectura espiritual. Hasta las 19,00, las profesas disponen de tiempo de labor, mientras que las novicias y postulantes se reúnen con su maestra para formarse. Llegada esa hora, toca rezar vísperas y el oficio de lecturas. A las 19,30, es el momento de oración personal.

La cena es a las 20,30 horas y después de recoger, se disfruta de una hora de recreo antes de rezar completas a las 22,30. Sobre las 23,00 horas nos recogemos para descansar.

4.4. Nuestro monasterio y la población de Badajoz

¿Es posible que un hijo hable mal de su madre? Esta fue la respuesta que nos dio sor Celina cuando le preguntamos la vinculación del Real Monasterio con la ciudad de Badajoz.

Retoma la palabra para comentarnos que desde los inicios del convento, Badajoz ha demostrado de muchas maneras el cariño sincero que tiene a las monjas de Santa Ana, un afecto que es recíproco.

Para la madre abadesa, sor María Teresa Domínguez Blanco, se hacen necesarias las oraciones, especialmente de los habitantes de Badajoz, con la finalidad de que " ... *sigamos siendo entre vosotros alabanza de la gloria de Dios, profetas creíbles que, no sólo con palabras, sino principalmente con obras, expresen de modo elocuente la íntima esencia sponsal de la Iglesia, y proclamen con la vida que Dios y sólo Él satisface y llena no sólo nuestras vidas sino toda vida(...)* como diría san Francisco, *mi Dios, mi todo*"⁽⁵⁵⁾.

Uno de los hechos que quedó grabado en la mente de Sor Celina fue los efectos devastadores de la riada que asoló Badajoz el 5 de noviembre de 1997, dejando 21 muertos en la capital pacense y donde más de 1.200 personas perdieron sus viviendas⁽⁵⁶⁾. Las clarisas colaboraron no solo con sus oraciones sino también, como se ha dicho en la Introducción de este libro, desprendiéndose de algunos de sus bienes materiales y donativo económico.

Pero si de algo puede presumir el Real Monasterio de Santa Ana es del legado documental que atesora en su Archivo, para disfrute de cualquier persona que desee investigar sobre la historia de Badajoz, y sobre los conventos de la Orden ya extinguidos en la provincia. Junto a ello, hay que admirar su Museo, con cuadros, tallas, piezas de orfebrería...

Tanto su archivo como las piezas referidas están siendo catalogadas, desde el año 2018, gracias a la aportación económica de la Fundación CB, concienciada del grandioso patrimonio que atesora el Real Monasterio entre sus muros.

CAPÍTULO V.
**¿CÓMO AFRONTA EL FUTURO LA
COMUNIDAD?**

5.1. Creación de la Federación de monjas contemplativas

En boca de sor Celina, "*Las Federaciones nos sirven para ayudarnos y coordinarnos, con el fin de custodiar y desarrollar la vida contemplativa*".

Hasta 1957, los conventos y monasterios de clarisas y franciscanas actuaban independientemente, aunque siempre sujetos a la obediencia de la Santa Sede y al obispo del lugar. Tras la publicación de la Constitución Apostólica *Sponsa Christi*, el papa Pío XII recomienda que estos conventos y monasterios se adapten a las necesidades de los nuevos tiempos y se creen federaciones para la ayuda mutua. Ante ello, las monjas de nuestro país ruegan al Sumo Pontífice que se aprueben, por la sede Apostólica, los estatutos que se habían redactado para las Federaciones españolas, lo que fue firmado el 5 de marzo de 1957, constituyéndose, entre otras la Federación Bética de Clarisas Nuestra Señora del Loreto. El 1 de agosto de mencionado año se reúnen en Sevilla todas las abadesas de esta Federación para elegir presidenta federal; otros cargos fueron los de vicarias, cuatro consejeras, secretaria, ecónoma, maestra de novicias y auxiliares. Se acordó que las elecciones de cargos de la Federación se realizarían cada 6 años. En las segundas votaciones, celebradas el 5 de agosto de 1969, sor Celina fue elegida como 2ª consejera; en las efectuadas en el sexenio 1975-1981, fue nombrada vicaria y primera consejera; para el período 1981-87, tercera consejera y ecónoma; en el sexenio 1987-92, como segunda consejera.

El Vaticano ha tratado de reformar la organización de los monasterios con la norma *Vultum dei Quaerere*, en el año 2016. Con ella se obliga a todos los conventos y monasterios a federarse, de forma que compartan una misma estructura. Estas federaciones no se configuran atendiendo a un criterio geográfico, aunque se establece que los conventos no deben estar muy distantes unos de otros. Con las federaciones se procura unir a todos aquellos conventos de la misma congregación, los que comparten una regla similar con el único fin de que se ayuden fraternalmente, se apoyen en la solicitud de ayuda a la hora de resolver problemas referidos a la reorganización de los monasterios. Por este motivo, aquellos monasterios que cuenten con menos de cinco profesas solemnes tienen que afiliarse a otros conventos y trasladarse, además se busca la formación inicial y permanente, sin olvidar el apoyo económico entre ellos.

En palabras de sor Celina, "*Tenemos que ser muy agradecidas a nuestra Santa Madre la Iglesia por la creación de las Federaciones, pues de ellas hemos recibido*

y seguimos recibiendo la totalidad de formación que Nuestra Santa Madre la Iglesia quiere y espera de nosotras”.

La Federación abarca los siguientes conventos:

En Badajoz: Real Monasterio de Santa Ana y convento de Nuestra Señora de la Merced; en la provincia de Badajoz los siguientes conventos: Nuestra Señora del Amparo (Almendralejo), Nuestra Señora de la Encarnación (Campanario), Nuestra Señora de la Purísima Concepción (Siruela), Nuestra Señora del Valle (Zafra), Santo Cristo del Pasma (Montijo) y el de Santa Clara (Llerena).

En Cáceres, los conventos de Santa Clara y de San Pablo.

En Sevilla: Santa María de Jesús y Real Convento de Santa Inés; en la provincia de Sevilla: los de Santa Clara de Carmona y Alcalá de Guadaira.

En Córdoba: el de Santa Cruz; en la provincia, los de Jesús atado a la columna(Belalcázar) y el de Santa Clara(Montilla).

En Tenerife: el de Santa Clara(La Laguna).

5.2. Problemas que afronta el Real Monasterio.

En la actualidad asistimos a una profunda crisis que afecta a todos los aspectos de nuestra vida: política, sociedad, economía, familia, Iglesia, a la vida monacal...

Dialogando con sor Celina nos damos cuenta de que no es fácil el poder razonar y describir la vocación de un alma para desarrollarla en un convento de clausura. Esto supone olvidarse totalmente de sí, pensar en los demás, sacrificarse por el prójimo. Notamos preocupación y cierta angustia en nuestra biografiada pues el futuro de muchos monasterios de hermanas contemplativas es incierto. En palabras del Arzobispo de Toledo “... *hemos dejado los católicos de Toledo muy solas a las Hermanas Contemplativas, sin caer en la cuenta del valor que tiene en la Iglesia esa hermosa vocación eclesial de monja contemplativa, como si nada ocurriera en nuestra diócesis cuando desaparece un monasterio*”⁽⁵⁷⁾. Él mismo se responde: “*Sí, sucede algo serio; desaparecen con este monasterio Hermanas que son signo del amor a Cristo, con el corazón indiviso y la entrega de las que están siempre orando por el resto del Pueblo de Dios*”⁽⁵⁸⁾.

Son muchos los que piensan que hoy día hay menos vocaciones; está claro que así es. En palabras de nuestra biografiada, su Comunidad, por la gracia de Dios, acoge a siete jóvenes extranjeras en formación: dos de votos

simples, tres novicias y dos aspirantes. Para sor Celina, " ... es muy difícil dejar una vida donde impera la comodidad, por otra donde domina todo lo contrario. No obstante, he de decir que cuando tienes verdadera vocación, no encuentras obstáculo para abrazar esta forma de vida.

La nuestra es una Comunidad que trata de evangelizar a través de su vivir contemplativo, al igual que hizo Jesucristo, quien amó apasionadamente a cada persona. Nosotras intentamos hacer lo mismo, imitarlo".

En palabras de sor María Teresa Domínguez Blanco, madre abadesa del Real Monasterio, "Nosotras, como decía San Juan Pablo II, tenemos no sólo una historia gloriosa que recordar y contar, como estamos haciendo esta tarde, sino una gran historia que construir. Necesitamos, hermanos, vuestra oración para que viviendo plenamente nuestra entrega a Dios, no falte a este mundo un rayo de la divina belleza que ilumine el camino de la existencia humana"⁽⁵⁹⁾.

Como se ha comentado, uno de los problemas fundamentales que afronta este tipo de convento es la profunda crisis de vocaciones, lo que ha llevado a muchos de ellos a su extinción. Otros se mantienen con la llegada de postulantes procedentes de África, América, Asia, y Centro Europa. Está claro que vivimos en un mundo en el que cuesta comprometerse. Bien es cierto que existe mucho voluntariado, pero no tantas personas dispuestas a desprenderse de todo para formar parte de un convento con votos de clausura.

Para sor Celina "A la gente le cuesta dejar tantas cosas, pero es que no son necesarias para ser feliz".

El papa Francisco siempre ha mostrado un gran aprecio por las hermanas contemplativas que se dedican al silencio y a la oración, pues como bien dice, " ... la Iglesia las necesita"⁽⁶⁰⁾. Pero también alude a uno de los graves problemas que afrontan todos los conventos de clausura, la elevada edad de sus miembros, en algunos casos superan los 70 años de media. Esto se ve compensado con la llegada de novicias que no son de España. Francisco muestra su preocupación por este último hecho, afirmando: " Hay que evitar, en modo absoluto, el reclutamiento de candidatas de otros países con el único fin de salvaguardar la supervivencia del monasterio"⁽⁶¹⁾.

En palabras del Arzobispo de Toledo, " No puede perderse algo tan grande en nuestra Iglesia como la vida contemplativa; sobre todo, sin haber luchado y peleado por encontrar soluciones, algunas soluciones"⁽⁶²⁾. Es por ello que propone

el proyecto *Con un solo corazón*, con el que pretende que cada parroquia de la Iglesia toledana se acerque a un monasterio de clausura para conocer su labor.

Otro de los objetivos del Santo Padre ha sido redactar una nueva Constitución, la *Vultum Dei Quaerere* (La búsqueda del rostro de Dios), de 29 de junio de 2016, que regula la vida contemplativa femenina. Esta Constitución es fruto de la necesidad de ajustar la vida contemplativa de las religiosas, consensuando con la sociedad actual. Francisco las invita a actualizarse, así como a que todos los Monasterios formen parte de una Federación. Como bien dice sor Celina, "*Con toda verdad y sinceridad, decimos y nos congratulamos con nuestro Santo Padre Francisco y le agradecemos el camino que nos abre en esta renovación de la vida religiosa. La lectura de esta Constitución es maravillosa*".

Grave problema es también la dificultad económica. Las donaciones han bajado y los trabajos que tradicionalmente realizaban las monjas no son rentables del todo. Se necesita dinero para mantener edificios antiguos, además de hacer frente a las cuotas de la Seguridad Social.

Todo ello precipita el cierre de conventos." *De los 800 conventos que hay en España, 2/3 tienen un futuro incierto*"⁽⁶³⁾. Por tal motivo, el papado ha dado un año de plazo para que "*todos los monasterios se federen o fusionen, es decir, se estructuren en una organización común que estará dirigida por una presidenta federal, que será covisitadora de los conventos y tendrá un papel relevante en temas de formación u organización de los monasterios*"⁽⁶⁴⁾.

CAPÍTULO VI.

ACTOS PARA CONMEMORAR EL V CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DEL CONVENTO.

Con gran gozo las hermanas del Real Monasterio de Santa Ana, en mayo de 2018, dieron comienzo a diferentes actos con objeto de conmemorar 500 años de su fundación, con los que desean proclamar las grandezas del Señor, a la vez que reconocer, sumamente agradecidas, la fidelidad divina. Estos se iniciaron el 12 de mayo con la celebración de una solemne eucaristía presidida por el Arzobispo de la Diócesis Mérida-Badajoz, Monseñor Celso Morga, y concelebrada por el padre asistente federal, Fray Isidro Moruno Blanco, junto a los sacerdotes Pedro Fernández y Gabriel Cruz. Fue un día de gran júbilo. Como dice sor Celina, *“Nos sentimos arropadas por las hermanas de nuestra Federación de Belalcázar, Siruela y Almendralejo, clara manifestación de los estrechos lazos que mantenemos, sin olvidarnos de la población de Badajoz”* (Lámina 19).



Lámina 19

Para la actual abadesa, sor María Teresa Domínguez Blanco, *“Celebrar 500 años de la fundación del Monasterio y 400 de la llegada de la imagen de Nuestra Señora de las Virtudes y Buen Suceso a esta casa, son acontecimientos excepcionales que se nos conceden vivir. Pero excepcionales, no tanto por la conservación del edificio y de la imagen, sino sobre todo, porque a lo largo de cinco siglos, Dios ha bendecido esta casa con hermanas que han mantenido encendido el fuego del amor al Señor Jesús y la llama de la vida contemplativa franciscana”*⁽⁶⁵⁾.

Al día siguiente de la eucaristía, presidida por el Arzobispo, tuvo lugar un concierto de música barroca a cargo del Aula de Música Antigua del Conservatorio Superior de Badajoz. El programa continuó con una conferencia sobre la celebración de las solemnidades de Santa Ana, titular del Real Monasterio, y Santa Clara, fundadora de la Orden. Mencionemos también las visitas guiadas que, a lo largo de 2018 y hasta el 12 de mayo de 2019, se realizaron al interior del edificio para dar a conocer lo que aquí se atesora.

“Un tesoro. Lo que tienen las Hermanas Clarisas en el Convento de Santa Ana es un inmenso tesoro. Por el edificio en sí, por las obras de arte de los siglos XVI y XVII que alberga, y por la paz que se respira tras sus muros”, palabras de Rocío Romero que dan fe del patrimonio cultura que en el Monasterio se guarda con celo⁽⁶⁶⁾.

En la visita, guiados por Paola Cortés Caballero, se puede admirar cada detalle. Comenzamos por la capilla, para contemplar la talla de la Virgen de las Virtudes y Buen Suceso, patrona de Badajoz antes que la Soledad. En el coro bajo existe una cripta donde se sepultan las hermanas; en ella estuvieron un tiempo los restos de la reina Ana de Austria, esposa de Felipe II; también se puede apreciar un cuadro atribuido a Luis de Morales.

A continuación se pasa al claustro y de aquí hasta el museo, donde se descubren bordados, casullas, tallas, orfebrería de diferentes siglos. Próximo a este espacio se encuentra el archivo que nos ayuda a entender su historia y, por tanto, la de Badajoz.

Para un mejor conocimiento de las actividades, así como de la vida en monasterio, se ha renovado la página web y se ha abierto una página en Facebook *“... intentamos hablar con las personas con el lenguaje de hoy(...) Web y Facebook son una manera de entrar en contacto con las personas con el lenguaje que ellas entienden. Nuestra intención es darnos a conocer, para hablar de nuestro trabajo y nuestra forma de vida”*⁽⁶⁷⁾. Las redes sociales nos permiten estar presentes en el mundo, pero de manera comedida, pues lo fundamental es salvaguar-

dar la contemplación y evitar ruidos y noticias que puedan afectar a la vida contemplativa. Una sola palabra puede estar cargada de mucha emotividad, haciendo más difícil el recogimiento.

Preguntando a sor Celina sobre un proyecto futuro en el que le gustaría que se viese inmerso el Real Monasterio, nos comenta: " *A día de hoy hemos hablado sobre la historia del convento(...), pero aún nos queda lo más importante, que no solo lo conozcamos nosotras sino el resto de la población; nosotras somos las guardianas de lo que aquí se atesora, pero no sus dueñas. Es nuestro deber salvaguardar estos tesoros, del mismo modo que se lleva haciendo desde hace 500 años. Esto es lo que me gustaría para el futuro, dar la oportunidad a todas las personas para que disfruten de lo que se guarda entre estas paredes, que caminen entre historia, que revivan el pasado. ¡Qué cada día puedan entrar nuevas personas y disfrutarlo!*".

AGRADECIMIENTOS DE SOR CELINA

Pese a su salud, algo quebrantada por la edad, con cuatro operaciones a su espalda, sor Celina sigue sintiendo en su interior la misma energía con la que atravesó, por primera vez, las puertas de su amada clausura.

En la actualidad sigue dando forma al IV tomo sobre la Historia del Real Monasterio. Con sorna nos comenta: "¡Qué clientela tan pesada tengo, con tanta escribanía!".

Enterada de que estamos dando vida a su biografía, nos solicitó le permitiéramos escribir unas palabras. Imposible negárselo.

Desde estas páginas que se me brindan, deseo mostrar nuestro agradecimiento a la Fundación CB por ayudar a catalogar nuestro archivo. Esta actividad me ha dado nuevos bríos, incluso el empuje definitivo para que viese la luz la biografía de esta pobre hermana Clarisa. Es por ello que me gustaría mencionar de nuevo a la Fundación CB por tenernos siempre presente, a la vez que haberme dado la oportunidad de conocer a Miguel Ángel Vallecillo Teodoro quien, en tan poco tiempo, se ha ganado mi corazón y respeto, al igual que a Paola Cortés Caballero. A ambos, gracias por haberme encendido de nuevo la chispa de las palabras, por darme la oportunidad de contar mi historia y ser capaz de redactarla incluso mejor que lo haría una servidora. A Miguel Ángel, por su labor desinteresada en la catalogación de nuestro Archivo, así como de las obras de arte de nuestro museo, por ser un apasionado del Arte y demostrarme, en cada visita, que hice un buen trabajo y que el reunir las obras y crear el Archivo no fue una locura.

Y como no, dar las gracias a la que ahora se ha convertido, para mí, en una hermana más, Paola, confidente, amiga y culpable de que cada día me levante con nuevos propósitos. ¡Nunca estamos paradas! Aprendemos la una de la otra. Gracias a la labor de Miguel Ángel y Paola, mi historia pueden comprenderla mejor aquellos que piensen que dejar una vida para seguir otra de oración y pobreza es una locura. ¡He sido y soy feliz entre estos muros!

No puedo terminar sin dar las gracias a mi Comunidad, por su apoyo continuo, por el acompañamiento en cada proyecto en el que sumergía a mis Hermanas de Fraternidad. Todo lo que se ha hecho es fruto de una Comunidad unida.

CONCLUSIÓN

A pesar de tener publicados libros y artículos, nunca nos habíamos encontrado con el reto de llevar a cabo la biografía de una persona que estuviese viva y, menos aún, monja de clausura. Siempre pensamos lo difícil que sería entrevistarla, sacar a relucir facetas de su vida... ¡Qué equivocados estábamos!

Hay mujeres y hombres que unen, otras y otros, siembran turbulencias. Sor Celina tiene el don de la conciliación, de la alegría; una mujer perseverante, audaz, comprometida en proyectos que la enriquecen como persona y, por ende, a su Comunidad. Una mujer que pone especial énfasis en la necesidad de dialogar, de escuchar y comprender, requisitos que une al concepto de fraternidad, tan presente en su corazón. Para ella la palabra apatía no existe. Su insistencia en escuchar al otro nos recuerda algunos versos de Antonio Machado, para quien la esencia de la vida se encuentra en el diálogo, en la comprensión.

Agradecemos la amabilidad de sor Celina y de sus hermanas de Fraternidad, como a ella le gusta llamarlas. Muchas fueron las facilidades para entrar en el Real Monasterio de Santa Ana y convivir con las Hermanas, con mayúscula; el carácter de nuestra entrevistada hacía el resto. A ello se une el hecho de que sor Celina es una enamorada de su tierra, de su cultura. Sus libros e investigaciones ponen en alza el caudal histórico que tiene Extremadura.

Aunque contaba, en el momento de iniciarse la entrevista, con 90 años, su vitalidad es tal que nos comentó: *"No os extrañéis si después de esta biografía, a mis 90 años, 91 dentro de muy poco, os sorprende con un nuevo libro"*. ¡Dios la conserve muchos años más! Continuamente de su boca salen algunas palabras de San Benito, *"La ociosidad es enemiga del alma"*.

Mucho es lo que tenemos que aprender de una mujer donde la palabra obediencia prima sobre cualquier otra. Obediencia a Dios y, por tanto, a su Congregación.

En 2019, son 68 los años que lleva en el cenobio, tras recibir la llamada de Jesucristo, dando un giro a toda su existencia.

Según nos comenta, cada día se siente más feliz de su decisión, de haber dejado atrás a tantas personas y cosas para consagrar su existencia a los votos de obediencia, castidad y pobreza. *"No podría decir que ha sido una vida fácil, pero puedo afirmar que si volviera la vista atrás, seguiría los mismos pasos. Una*

*senda que para el común de los mortales aún se le antoja llena de misterios". Sor Celina se desprendió de una forma de vida. Llegó a entender lo que exclamó Cristo cuando respondió sobre quiénes eran su madre y sus hermanos; extendiendo la mano dijo: *Estos son mi madre y mis hermanos*, refiriéndose a sus apóstoles. Insiste continuamente en que *he sido y soy feliz entre estos muros*.*

Benevolencia y humildad son otras dos grandes cualidades que nos ha enseñado sor Celina. La práctica de estas virtudes la han conducido hasta la perfección cristiana. Su pobreza de corazón es enorme.

A lo largo de este trabajo, nuestra biografiada, nos transmite su deseo de subsistencia futura para su Comunidad "*... la que tan hondamente llevo dentro de mi alma*"⁽⁶⁸⁾.

Sor Celina, como Santa Clara, ha sido para el Real Monasterio de Santa Ana, una mujer consagrada a hacer el bien, a crear un estilo de vida siguiendo el Evangelio, donde su objetivo principal es, en mayúsculas, SERVIR. Un servicio que ha mostrado y continúa haciendo en diferentes campos. Así, aparece como trabajadora incansable, perseverante en el estudio de las fuentes documentales, lo que le ha permitido publicar tres tomos dedicados a la historia del Real Monasterio de Santa Ana. El contacto directo con los legajos la ha convertido en celosa guardiana del archivo; un archivo que visita todos los días, como una madre a su retoño, y que es elemento imprescindible consultar para conocer parte de la historia de la capital pacense. Con frecuencia nos recuerda las disputas que ha mantenido con más de una persona que ha intentado tomar lo que no es suyo.

Junto a la recuperación del archivo del Monasterio, ahora en proceso de catalogación con ayuda de la Fundación CB, sor Celina ha sido una gran valedora del patrimonio artístico del Monasterio, restaurando por su cuenta, con ayuda de tres hermanas, el retablo mayor, al igual que muchas tallas y pinturas.

Pero además, intentamos que se conozca a una mujer que con sus libros y vivencias sólo ha querido transmitir cómo es la vida en Fraternidad de un grupo de mujeres, hermanas de Santa Clara, deseosas de seguir a Cristo a través del camino evangélico trazado por San Francisco y Santa Clara de Asís.

Mientras la entrevistábamos, siempre cerca de algún legajo, nos dijo unas palabras que aún resuenan en nuestra cabeza y corazón: "*Nuestra vida es como un libro. Cada día pasamos una hoja del mismo y en ella te encuentras con*

un nuevo acontecimiento. ¡Qué lástima si no hemos sabido vivir ese nuevo momento en plenitud! Esa hoja no volverá a pasar”.

Después de algunas jornadas en el Monasterio, entrevistando a sor Celina, conviviendo con las hermanas en la medida de lo posible, sólo podemos comentar que en este mundo hay una luz que nos nutre de vida y buena parte de ella surge de los conventos de clausura con su dedicación exclusiva a Dios, a través de la oración. Sin la menor duda, sor Celina es una mujer con luz propia que proyecta en su actitud ante la vida; su testimonio, al igual que el de su Monasterio, perdurará.

Solo nos queda dar las gracias a sor Celina de la Presentación Sosa Monsalve, trabajadora incansable, perseverante en el estudio de las fuentes documentales, enamorada de la investigación, celosa guardiana de los bienes del Real Monasterio de Santa Ana por la gran labor que ha realizado a lo largo de su vida, y que sigue llevando a cabo, permitiendo custodiar el archivo de la Comunidad, así como tanto arte como rebosa el convento por doquier. Gracias a ella se puede conocer un poco más de la historia de Badajoz, a la vez que la riqueza patrimonial que atesora el Real Monasterio. Sin duda la sociedad mantiene una deuda impagable con ella y su Fraternidad.

Pecellín Lancharro define a sor Celina como autora que rezuma naturalidad, pulcritud y gracia, por tal motivo *“No extraña que tenga tantos amigos. Estoy orgulloso de poder contarme entre ellos”*⁽⁶⁹⁾. Quienes escribimos esta biografía, y quienes nos invitaron a realizarla, también nos sentimos orgullosos de su entrañable amistad. Como dice sor Bernarda, sor Celina ha sido, y lo sigue siendo, un regalo de Dios para toda la Comunidad. Nosotros nos atrevemos a afirmar que es un regalo para la sociedad en general.

Casi concluida la redacción de este libro, traemos a colación aquella bella reflexión que nos propone Antoine de Saint Exupéry en *El Principito* y con la que se puede resumir la vida de Sor Celina: *“He aquí mi secreto que no puede ser más simple: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos”*.

Por último, queremos hacer público nuestro agradecimiento a la Fundación CB por esta apuesta, por hacer visible el testimonio de una gran mujer, cuyo espíritu libre le permitió elegir la mejor opción.

NOTAS

- (1) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Historia del Real Monasterio de Santa Ana de Badajoz(1518-2013). T.II, p. 13. Badajoz, 2014.
- (2) Idem, p. 15.
- (3) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Libreta manuscrita, en poder de nuestra biografiada, donde se recogen apuntes sobre ella; p. 1.
- (4) Idem, p. 2.
- (5) Idem.
- (6) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Historia del Real Monasterio de Santa Ana. T. I. p. 16. Badajoz, 1995.
- (7) Idem, Tomo II, p. 89.
- (8) Idem, p. 107.
- (9) Idem, Libreta manuscrita..., p. 4.
- (10) Idem, T III, p. 153.
- (11) Archivo del Real Monasterio de Santa Ana. Leg/Carp. 11/8.
- (12) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Historia del ..., T.I, p. 83.
- (13) Idem, T.III, p. 170.
- (14) Idem, T. I., p. 133.
- (15) Idem, T.I, p. 337.
- (16) Idem, T. I, p. 339.
- (17) Colosenses 3,3.
- (18) https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1982/november/documents/hf_jp-ii_spe_19821101_suore-clausura-avila.html
- (19) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Op. Cit. T.I. p. 353.
- (20) Idem, T.III, p. 229.
- (21) Idem,p. 259.
- (22) <https://noticiasfedebetica.blogspot.com/2018/05/noticias-desde-santa-ana-badajoz.html>)
- (23) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Op. Cit. T. III, p. 64.
- (24) Idem.
- (25) Idem, T.III, p. 65.
- (26) Idem, T.III, p. 72.
- (27) Idem, T.III, pp. 73 a 76.
- (28) Idem, T.I, p. 363.
- (29) Idem.
- (30) Evangelio de San Juan, cap. 9,24.
- (31) CARANDE, BERNARDO V. O legado sonoro. Nuevo Alor, nº 3, Badajoz, 1983, pág. 5.

- (32) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Op. Cit. T. III, pág. 23.
- (33) Idem, p. 40.
- (34) Idem, T.II, p. 25.
- (35) Idem, T. III, pág.158.
- (36) Idem, p.160.
- (37) Idem, p.170.
- (38) Idem, p.174.
- (39) Idem.
- (40) Idem, p.176.
- (41) RODRÍGUEZ BECERRA, S.; HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, S.; Las Clarisas en Andalucía: Historia, Arte y Antropología. Congreso Internacional *Las Clarisas: ocho siglos de vida religiosa y cultural*(1211-2011). Sevilla, 2014, p. 507.
- (42) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. Op. Cit. T.III,p. 223.
- (43) Idem, T.I. p. 397.
- (44) Idem, T, III, p. 240.
- (45) Idem, p. 242.
- (46) Idem, T.II, p. 79.
- (47) RODRÍGUEZ BECERRA, S; HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, S; Art. Cit.
- (48) TRIVIÑO MONRABAL, SOR MARÍA VICTORIA. El libro que da forma a la vida claustral: la Regla de Santa Clara, en los 800 años de la fundación de las clarisas <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3713971.pdf> 1212-2012).
- (49) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN; T.I, pág. 400.
- (50) <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3713971.pdf>).
- (51) DANIELE, LAURA. Así es la vida de clausura en España. (27/01/2016), ABC.
- (52) www.vatican.va/roman_curia/congregations
- (53) Evangelio de Lucas, 10,27.
- (54) www.vatican.va/roman_curia/congregations
- (55) <https://noticiasfedebetica.blogspot.com/2018/05/noticias-desde-santa-ana-badajoz.html>
- (56) <https://especial-riada.hoy.es>
- (57) <https://religion.elconfidencialdigital.com/artículo/católica/arzobispo-toledo-hemos-dejado-muy-solas-religiosas-contemplativas>.
- (58) Idem.
- (59) <https://noticiasfedebetica.blogspot.com/2018/05/noticias-desde-santa-ana-badajoz.html>
- (60) https://www.eldiario.es/sociedad/orden-conventos-clausura-nueva-Constitucion_0_539996353.html
- (61) Idem
- (62) [134](https://religion.elconfidencialdigital.com/artículo/católica/arzobis-</p>
</div>
<div data-bbox=)

- po-toledo-hemos-dejado-muy-solas-religiosas-contemplativas.
- (63) <https://www.elmundo.es/sociedad/2017/01/26/5889d37a268e3e76198b46b0.html>
- (64) ROS, M.: El Papa da un año de plazo para cerrar los conventos con menos de 5 monjas. (30/09/2018). *El País*.
- (65) <https://noticiasfedebetica.blogspot.com/2018/05/noticias-desde-santa-ana-badajoz.html>
- (66) ROMERO, R.; El convento de Santa Ana de Badajoz abre sus puertas para celebrar sus 500 años. (19/08/2018). Periódico Hoy.
- (67) <https://www.meridabadajoz.net/el-monasterio-de-santa-ana>
- (68) SOSA MONSALVE, SOR CELINA DE LA PRESENTACIÓN. T. I, p. 13.
- (69) Idem, T.III, p. 12 .

RELACIÓN DE LÁMINAS

- Lámina 1.- Ficha matrícula de sor Celina en Escuela de Artes y Oficios de Badajoz.
- Lámina 2.- Sor Celina visitando la Escuela de Artes y Oficios de Badajoz.
- Lámina 3.- Sor Celina en compañía de sus hermanos y sobrinos.
- Lámina 4.- Toma de hábitos. Noviciado.
- Láminas 5 y 6. Profesión solemne.
- Lámina 7.- Taller de encuadernación.
- Lámina 8.- Espacio dedicado a lavandería.
- Lámina 9.- Sor Celina en el taller de restauración.
- Lámina 10.- Restauración claustro y habitaciones.
- Lámina 11.- Claustro restaurado.
- Lámina 12.- Virgen de la Encarnación. Realizada por Celia Lozano Soto.
- Lámina 13.- Sor Celina, camarera de la Virgen del Buen Suceso.
- Lámina 14.- Hermanas del Real Monasterio de Santa Ana.
- Lámina 15.- Sor Celina en el archivo del Real Monasterio. Realizada por Celia Lozano Soto.
- Lámina 16.- Presentación del Tomo I sobre el Real Monasterio de Santa Ana.
- Lámina 17.- Retablo mayor del Real Monasterio de Santa Ana. Realizada por Celia Lozano Soto.
- Lámina 18.- Restauración de imágenes.
- Lámina 19.- Celebración del V Centenario de la fundación del Real Monasterio de Santa Ana.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
INTRODUCCIÓN.....	15
CAPÍTULO I.	
MI VIDA HASTA INGRESAR EN EL REAL MONASTERIO	
DE SANTA ANA DE BADAJOZ.....	19
1.1. Mis primeros años de vida.....	21
1.2. El despertar al arte.....	25
1.3. La llamada divina. La Virgen Blanca.....	31
1.4. En busca de un proyecto que no muriese.....	33
1.5. Dios mío, ¿qué quieres de mí?.....	37
1.6. Primeros contactos con las hermanas del Real Monasterio de Santa Ana. Comienzos de una vocación.....	39
1.7. ¡Señor, ayúdame a ser instrumento de tu fe! El aliento de don Rafael Sánchez García.....	42
1.8. Ingreso en el Real Monasterio de Santa Ana.....	44
CAPÍTULO II.	
EL SEÑOR GUÍA MIS PASOS.....	49
2.1. Aprendiendo a ser instrumento de Dios.....	51
2.2. Una historia de amor mariano. Camarera de la Virgen de las Virtudes y del Buen Suceso.....	68
2.3. Cada hermana es un don de Dios.....	70
2.3.1. Nuevas hermanas de Fraternidad.....	75
2.3.2. Sor Celina, un regalo de Dios.....	78
2.4. El encuentro final con Dios.....	89
CAPÍTULO III.	
HISTORIA DEL REAL MONASTERIO DE SANTA ANA.....	91
3.1. Historia del Real Monasterio.....	93
3.2. El Real Monasterio de Santa Ana y su vinculación con el arte.....	97

CAPÍTULO IV.	
SOBRE LA VIDA EN FRATERNIDAD.....	105
4.1. La vida en clausura.....	107
4.1.1. Razón de ser de un convento de clausura.	
La formación y la toma de votos.....	108
4.2. ¿Cómo se elige a la madre abadesa y restos de cargos?.....	110
4.3. Un día en el Real Monasterio de Santa Ana.....	112
4.4. Nuestro monasterio y la población de Badajoz.....	113
CAPÍTULO V.	
¿CÓMO AFRONTA EL FUTURO LA COMUNIDAD?.....	115
5.1. Creación de la Federación de monjas contemplativas.....	117
5.2. Problemas que afronta el Real Monasterio.....	118
CAPÍTULO VI.	
ACTOS PARA CONMEMORAR EL V CENTENARIO	
DE LA FUNDACIÓN DEL CONVENTO.....	121
AGRADECIMIENTOS.....	127
CONCLUSIONES.....	129
NOTAS.....	133
RELACIÓN DE LÁMINAS.....	135

COLECCIÓN
-PERSONAJES SINGULARES-

|FUNDACIÓN**CB**